

Karl Kohut (ed.)

**La recepción de la cultura alemana
en América Latina**

Cinco visiones

**MESA
REDONDA**

**Neue Folge
No. 11**

MESA REDONDA

erschien in den Jahren 1985 bis 1994 als Arbeitshefte des Instituts für Spanien- und Lateinamerikastudien der Universität Augsburg (ISLA). Eine Liste der bisher erschienenen Titel befindet sich am Ende dieses Heftes.

Seit Januar 1995 entsteht MESA REDONDA in Zusammenarbeit der drei folgenden Institute:



Institut für Spanien- und Lateinamerikastudien (ISLA)
Universität Augsburg
Universitätsstraße 2
D 86159 Augsburg



Zentralinstitut 06
Sektion Lateinamerika
Universität Erlangen-Nürnberg
Findelgasse 9
D 90402 Nürnberg



Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien
Katholische Universität Eichstätt
Ostenstraße 26-28
D 85071 Eichstätt

Die Deutsche Bibliothek - CIP-Einheitsaufnahme

ISSN 0946-5030

Das Werk und seine Teile sind urheberrechtlich geschützt. Jede Verwertung in anderen als den gesetzlich zugelassenen Fällen bedarf deshalb der vorherigen schriftlichen Einwilligung der Herausgeber.

Karl Kohut (ed.)

**LA RECEPCIÓN DE LA CULTURA
ALEMANA EN AMÉRICA LATINA**

Cinco visiones

Eichstätt 1998

Katholische Universität Eichstätt

Zentralinstitut für Lateinamerika-Studien

Februar 1998

BV 0118 365 31

Indice

A manera de prólogo	5
Guido Rodríguez Alcalá Paraguay — Alemania: Inmigración y relaciones culturales	7
Francisco Prieto Percepción de la cultura alemana en México	17
María Rosa Lojo "La música verbal de Alemania" en la literatura argentina	25
David Sobrevilla Presencia de la Cultura Alemana en la Literatura Peruana	43
Rafael Humberto Moreno-Durán La conexión alemana	73
Sobre los autores	91

A manera de prólogo

El intercambio cultural entre Alemania y América Latina es considerado a menudo como un fenómeno secundario: por un lado, parece nimio al lado del peso de las relaciones económicas y, por el otro, irrisorio en comparación con la presencia de las culturas hispana o francesa. Sin restar importancia ni a lo uno ni a lo otro, este intercambio es menos marginal de lo que puede parecer, como atestiguan algunas publicaciones recientes (ver la bibliografía).

El presente cuaderno reúne cinco ensayos sobre la visión de Alemania en América Latina en el campo cultural, y que constituyen otras tantas aproximaciones a la temática, en un espectro que va de la investigación científica a la reflexión (y ficción) personal. A pesar de estas diferencias (que, por lo demás, hacen amena la lectura de este cuaderno), los ensayos tienen en común una admiración profunda por la cultura alemana.

Los textos fueron leídos en una jornada dedicada a esta temática, organizada por el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Católica de Eichstätt en colaboración con la Oficina de Prensa e Información del Gobierno Federal de Alemania (*Presse- und Informationsamt der Bundesregierung*), el 17 de febrero de 1997.

Confío en que esta publicación constituya un aporte modesto a la investigación de las relaciones culturales entre nuestros países, documentando tanto el estado actual de estas relaciones como su variedad entre los diferentes países de América Latina. Finalmente, quiero agradecer al Director de la Oficina de Prensa e Información, Gerhard Kutzner, y a su institución por el apoyo prestado que hizo posible este cuaderno.

Eichstätt, en enero de 1998

Karl Kohut

Bibliografía

- Giusti, Miguel; Horst Nitschak (eds.). 1993. *Encuentros y desencuentros. Estudios sobre la recepción de la cultura alemana en América Latina*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- Kohut, Karl; Dietrich Briesemeister; Gustav Siebenmann (eds.). 1996. *Deutsche in Lateinamerika - Lateinamerika in Deutschland*. Frankfurt am Main: Vervuert (americana eystettensia, Serie B, 7).
- Schrader, Achim (ed.). 1991. *Deutsche Beziehungen zu Lateinamerika*. Münster: Lit (Regionalwissenschaft Lateinamerikas, 1).
- Schulze Schneider, Ingrid. 1995. *Alemania y América. La llamada del Nuevo Mundo: 500 años de presencia alemana en América*. Madrid: Mapfre.

Paraguay — Alemania: Inmigración y relaciones culturales

Guido Rodríguez Alcalá

Como país mediterráneo e históricamente bastante aislado, el Paraguay no ha recibido mucha inmigración; dentro de esas limitaciones, los alemanes constituyen la primera minoría europea y la segunda minoría extranjera, después de los brasileños. De una población de 5.000.000 de habitantes (asentados sobre 406.752 kilómetros cuadrados), unos 18.000 son alemanes y unos 100.000 de ascendencia alemana. Esto supera el número de aborígenes: según estadísticas oficiales, hay 50.000 indígenas; los antropólogos, sin embargo, hablan de 100.000. De cualquier manera, es una cifra reducida, considerando que se trata de un país donde la mayoría habla español y guaraní (30% de la población habla solo guaraní). La explicación sería un mestizaje muy intenso desde el inicio de la colonia, pero tampoco se trata de la fusión de solo dos culturas: en el país se hablan 15 idiomas y dialectos indígenas — los guaraníes no son el único grupo aborigen.

De la colonia a la guerra de la Triple Alianza

Quizás pueda decirse que las relaciones entre Alemania y Paraguay comenzaron como relaciones entre Baviera y Paraguay. Aquello fue en tiempos de las misiones jesuíticas, experimento comenzado a principios del siglo XVII y terminado en la segunda mitad del siglo XVIII con la expulsión de los misioneros. Aquella evangelización del Paraguay, que llamó la atención de Voltaire (léase el *Candide*), mereció diversas evaluaciones: el comunismo de las misiones; "das heilige Experiment"; el imperio jesuítico. Los indígenas residentes en las misiones (llegaron a ser unos 100.000) vivían relativamente mejor que los campesinos europeos de la época (los padres habían aportado el hierro y los animales domésticos); se hallaban protegidos de los encomenderos de Asunción, los bandeirantes de São Paulo y las tribus nómades del Chaco. Pero carecían de libertad y no podían gobernarse a sí mismos: disuelta la compañía de Jesús, terminó el "experimento sagrado". Evaluación aparte, las misiones son famosas por sus logros artísticos en la pintura y escultura, consideradas expresión de un "barroco hispano guaraní". También podría decirse barroco hispano bávaro, y la razón es que, entre los maestros de los talleres, figuraba una buena cantidad de sacerdotes de Baviera. Pero, como se trabajaba en equipo, y nadie firmaba sus obras, resulta difícil establecer qué hizo cada cual. Dejo la pregunta a los historiadores del arte.

En 1767, por decisión del Rey de España, se terminan las misiones jesuíticas; el Paraguay seguiría siendo colonia unos 40 años más, hasta 1811, cuando conquistó su independencia mediante un golpe de estado incruento. Aquel golpe se inspiraba en las ideas de las revoluciones francesa y americana, y fue acompañado de ideas filantrópicas (educación popular, liberación del indígena). Pero, aunque el Paraguay no debió luchar por su independencia, se vio afectado por las guerras de la independencia americana, que tuvieron un efecto calamitoso sobre la economía. En momentos de crisis, se busca la salvación en un gobierno fuerte; en el Paraguay de entonces, fue gobierno fuerte la dictadura de José Rodríguez de Francia, dueño del país entre 1814 y 1840. Elogiado por Carlyle y Comte, el dictador creó una poderosa maquinaria policial que habría de sobrevivirle. Su sucesor, Carlos López, llegó al gobierno con ánimo de realizar una *perestroika*, pero terminó aceptando los dictados de la burocracia. Murió en el poder en 1862, dejando como presidente a su hijo, Francisco López. General a los 18 años, y mariscal antes de haber hecho la guerra, este enfrentó las fuerzas combinadas del Brasil, el Uruguay y la Argentina (1864-1870) con el resultado previsible: el Paraguay quedó devastado.

Durante los gobiernos de Francia y López, el Paraguay no resultaba atractivo para la inmigración; por su aislamiento, se lo llamó la China de América. Era muy difícil entrar o salir del país sin permiso expreso del gobierno (las tentativas de "evasión" podían merecer la pena de muerte). Una víctima ilustre de aquella política aislacionista fue el sabio francés Aimé Bonpland. En 1821, Bonpland exploraba lo que entonces era territorio disputado por la Argentina y el Paraguay cuando fue secuestrado por soldados paraguayos y pasó 10 años como huésped forzado del dictador Francia. Como excepción, se fundó la colonia francesa de Nueva Burdeos en 1855 pero el experimento fracasó. En cuanto a la vida cultural, digamos que, durante toda la dictadura de Francia, no se publicó en el Paraguay ningún libro ni periódico. El primer periódico apareció recién durante el gobierno de Carlos López, propietario, redactor y poco dispuesto a tolerar la crítica. También durante su gobierno llegó a Asunción la primera imprenta (llegada a Buenos Aires hacia 1800). En líneas generales, aquella no fue una época de florecimiento cultural.

Los gobiernos de Francia & López (como las misiones jesuíticas) han sido materia de debate histórico. Unos vieron en Francia el Robespierre de América; otros, el precursor del Che Guevara; también se lo consideró un déspota puro y simple. Alfredo Stroessner se proclamó heredero espiritual de ellos y aquello iba en serio: un historiador, Benjamín Velilla, fue expulsado del Paraguay por poner en duda el talento militar del mariscal López. Por otra parte, el interés en la historia del siglo pasado ha sido el *hobby* nacional, como deben saber los estudiosos de la literatura del país.

De la posguerra a la recuperación

En 1870, muere el mariscal López, termina la guerra y se dicta la primera constitución, la llamada "constitución del 70". Esta establecía, como obligación del gobierno, el fomento de la inmigración. En base al mandato, se creó la Oficina de Inmigración, cuyo director fue el coronel austriaco Francisco Wisner von Morgenstern, que había servido en el ejército paraguayo durante la guerra. Tanto él como el gobierno tenían un deseo sincero de atraer la inmigración, por razones ideológicas y prácticas. Por aquel entonces, se aceptaba en todo el Río de la Plata el lema de Alberdi: "gobernar es poblar". Poblar era una necesidad: después de la guerra, el Paraguay tenía un poco más de 200.000 habitantes (antes de la guerra, habían sido unos 400.000). Aquello era muy poco en proporción al territorio, donde la producción agrícola y ganadera había sido totalmente destruida. El stock ganadero había bajado de unos 2.000.000 a 15.000 vacunos. El arroz y los porotos debían importarse, y la única agencia de crédito eran los comerciantes extranjeros proveedores del ejército de ocupación (el país estuvo ocupado militarmente hasta 1879); de ahí provenía parte del dinero destinado a los salarios públicos, pagados siempre con atraso. En tales condiciones, la inmigración era fundamental para una economía paralizada por falta de mano de obra, de inversiones, de crédito y de obras de infraestructura.

Hacia 1880, el gobierno proyectaba atraer unos 10.000 inmigrantes alemanes. (Una publicación oficiosa hacía el siguiente cálculo: si cada inmigrante, como promedio, llegaba con 1.000 pesos (\$ 200), ingresarían unos 10.000.000 de pesos, cifra astronómica para un momento en que el presupuesto nacional estaba muy por debajo del millón de pesos.) Por entonces, llegó el grupo de inmigrantes alemanes que fundó San Bernardino a orillas del lago de Ypacarai, hoy convertida en ciudad veraniega. También llegó, hacia mediados de la década, el grupo de alemanes fundador de Nueva Germania. Dirigía el grupo el Dr. Bernhard Förster, casado con Elisabeth Nietzsche, hermana del filósofo. El proyecto de Förster era, más que colonizador, mesiánico: quería fundar una ciudad para individuos de sangre y espíritu absolutamente germánicos, para preservarlos de la "contaminación" predominante en Alemania. Nueva Germania debía ser el centro a partir del cual se regeneraría el espíritu germánico. Förster compró 22.000 hectáreas para la colonia por 80.000 marcos, suma exagerada para la época. Las cosas no marcharon como se esperaba y Förster no pudo cumplir con sus compromisos económicos; desesperado, se suicidó en 1889 y fue enterrado en el cementerio de Altos, otra colonia alemana, situada cerca de San Bernardino. Nueva Germania no desapareció con la muerte de Förster, pero sí renunció a las pretensiones de su fundador: hoy es una tranquila localidad campesina.

Por lo general, las tentativas de establecer colonias agrícolas entre 1870 y 1900 fracasaron, y en gran medida por una simple razón: el Paraguay no era una nación agrícola. (San Bernardino y Altos sobrevivieron porque sus pobladores diversificaron sus actividades.) La falta de caminos y de mercado interno constituía una seria dificultad. Las actividades rentables eran la ganadería, la explotación de bosques y de yerba mate, empresas que requerían vastas extensiones de tierra, dinero y poder político. Inmigrante o no, el pequeño agricultor independiente tenía pocas posibilidades de éxito. Es cierto que existían leyes de inmigración muy generosas, redactadas sobre modelos norteamericanos, australianos o argentinos, pero el país real no coincidía con el país legal. Muchos alemanes tentados por el precio bajísimo de las tierras en el Paraguay, una vez en posesión de ellas, vieron que les resultaba difícil hacerlas producir. La historia se repitió 100 años después, bajo el gobierno de Stroessner, cuando llegaron inmigrantes con la idea de trabajar, solo trabajar y no meterse en política. La política se metió con ellos y pagaron las consecuencias.

Hacer una breve referencia a la política del siglo pasado obliga a mencionar lo siguiente: a partir de 1883, el gobierno decidió poner en venta las tierras fiscales, que ocupaban entre el 60 y el 80% de la superficie. Hubiera sido la ocasión de poner la tierra al alcance del trabajador agrícola, pero se optó por la especulación inmobiliaria. Así surgieron enormes latifundios, mientras la situación del campesino paraguayo empeoraba. Aunque los inmigrantes no intervenían en política y tenían protección del gobierno, debieron haber experimentado las consecuencias negativas de aquella situación. A pesar de ellas, y a pesar de las dificultades para llegar al país mediterráneo (Asunción queda a 1.500 kilómetros del puerto marítimo de Buenos Aires) los alemanes eran el grupo europeo más numeroso, y siguen siéndolo. En cifras, sin embargo, eso no dice mucho: sólo 40.000 inmigrantes llegaron entre 1870 y 1932; sin embargo, estas son cifras oficiales, y la cantidad real puede ser dos o tres veces superior.

La inmigración en el siglo XX

A principios de siglo, el Paraguay se hallaba recuperado de las consecuencias de la guerra. La población había llegado a 500.000 habitantes; la vida política se había estabilizado (después de las agitaciones de la posguerra) y el tendido de la vía férrea había mejorado las comunicaciones. Por entonces se fundaron colonias al sureste del país, en las inmediaciones de la ciudad de Encarnación, situada sobre el río Paraná. Los inmigrantes eran suizos, austríacos y alemanes que no venían directamente de Europa sino que habían vivido ya en el sur del Brasil o en las Misiones argentinas. Esto les daba la ventaja de conocer el tipo de agricultura adecuado para la región. La región, por otra parte, había conoci-

do una vieja integración de facto. Río Grande, Misiones y la zona de Encarnación habían tenido un intenso intercambio en tiempos precolombinos. Después hicieron parte de las misiones jesuíticas y más adelante, de la Liga Federal artiguista. La integración a veces tomó la forma del contrabando; de todos modos, el intercambio posibilitó a los colonos contar con caminos y mercados. Como resultado, las colonias fundadas a partir del final de siglo tuvieron éxito y lo tienen hasta hoy. Las poblaciones de Hohenau, Fram y Mayntzhusen son importantes centros de producción agrícola. Puede decirse que en aquella región existe una clase media rural. Este es un aspecto positivo de la inmigración alemana (o de habla alemana), complementada con el aporte ucraniano, ruso y polaco. (Cuando Juan Pablo II visitó la región, se encontró con un grupo de personas vestidas con trajes típicos polacos y que le hablaban en polaco.)

El éxito de estas colonias despertó el interés en fomentar la inmigración en Alemania y en el Paraguay. Hubo una intensa propaganda en los dos países, que quizás hubiera tenido resultados considerables de no ser por la primera guerra mundial, que interrumpió la migración. Después de la guerra, el gobierno paraguayo creó una oficina en Hamburgo, mientras en Asunción se fundaba el "Deutscher Volksbund für Paraguay" con el propósito de atraer colonos. En Berlín comenzó a publicarse *Paraguayana*, con el subtítulo de *Monatsschrift für germanisch-paraguayische Interessen*. La propaganda se veía ayudada por un hecho: a causa de la guerra, Alemania había perdido sus colonias de ultramar, y algunos de sus residentes optaron por migrar al Paraguay. Hacia 1920, llegaron alemanes de Samoa y del este de África. Parte de los recién llegados se instaló en la zona del Guairá, donde Colonia Independencia, Sudestia y Carlos Pfannl introdujeron como novedad la producción del vino, una novedad en el país. También suizos y austríacos integraron aquellas colonias agrícolas, que han podido prosperar hasta hoy.

Pero quizás la experiencia más exitosa haya sido la de los menonitas en el Chaco. Como se sabe, el río Paraguay divide al país en dos regiones: la oriental y la occidental o Chaco. Casi puede decirse que, durante la colonia y el siglo XIX, el Paraguay se limitaba a la región oriental. El Chaco era una zona desértica, y las tentativas de poblarlo no tenían éxito porque la gente no quería establecerse ahí. Precisamente por eso, los menonitas optaron por establecerse en el Chaco central, separados del resto del país por centenares de kilómetros de desierto. Recién en 1954, con la construcción de la ruta transchaco, tuvieron comunicación directa con Asunción, aunque no frecuente, porque la ruta no estaba pavimentada, y las lluvias la volvían intransitable. Hoy la ruta se encuentra asfaltada y hay más gente en el Chaco. Eso ha alterado forzosamente el estilo de vida de aquellos colonos, que habían comenzado a llegar a partir de 1928, provenientes de Europa del Este y Canadá. Muchos menonitas de la primera generación ni aprendían castellano ni conocían el

resto del país. Las cosas han cambiado y cambiarán más con la conclusión de la carretera transoceánica y el mejoramiento de los caminos entre el Chaco y la provincia de Salta. El mejoramiento de las comunicaciones dará salida a los productos agrícolas y ganaderos menonitas, fruto de un trabajo tenaz sobre las 950.000 hectáreas poseídas por las colonias, donde trabajan también unos 30.000 indios. Se ha cuestionado el tipo de relación establecida entre menonitas e indígenas con el argumento de que, al entrar en las misiones, estos pierden su identidad cultural. Por otro lado, empleándose como trabajadores agrícolas, los indígenas tienen mayores posibilidades de sobrevivir materialmente que siguiendo sus pautas culturales tradicionales. La ecología ha cambiado, la tierra se ha parcelado y queda muy poco espacio para los cazadores y recolectores de frutos silvestres. Algunos discípulos de Menno se establecieron en la región oriental, a partir de 1947 en Volendam, Friesland, Berghthal y otras localidades. Un grupo llegado no hace mucho abandonó el país el año pasado, debido a las dificultades creadas por la falta de seguridad, pero no se trató de un problema nacional ni étnico, sino del aumento de la tensión social en ciertas áreas del campo, cuestión que nos remite a lo siguiente.

En 1989, cayó el dictador Alfredo Stroessner, después de 34 años de abuso del poder. Durante su gobierno, la respuesta a los problemas sociales era simple: la represión. Las protestas de los campesinos eran acalladas de manera expeditiva y brutal. Hoy día, el gobierno ya no puede hacer lo mismo: la apertura política lo obliga a negociar. Los campesinos se organizan y protestan, y no sin razón, pues han sido los grandes marginados de las últimas décadas. Pero no es fácil atender sus reclamos: el descenso de los precios de ciertos productos agrícolas básicos ha golpeado la economía paraguaya, y faltan recursos para emprender una acción social eficaz. La situación económica se ve agravada por una tasa de crecimiento muy alto: 3% anual (promedio: en el campo llega al 5%). *Last but not least*: una burocracia corrupta ha sido la herencia funesta de Stroessner.

Sobre el dictador puede decirse que pertenece, por el lado paterno, a una familia de origen alemán establecida en el Brasil y luego emigrada al Paraguay. Por el lado materno, pertenece a una vieja familia paraguaya: los Matiauda. Sin embargo, se ha preferido insistir en su ascendencia alemana y, a partir de eso, se lo ha declarado nazi ortodoxo. Es cierto que el gobierno de Stroessner protegió a criminales de guerra nazis, pero aquella no fue una cuestión ideológica: quien tenía el dinero suficiente, se compraba una visa paraguaya. Stroessner no podía permitirse el lujo de ser un nazi: él era un dictador de la guerra fría, cuyos *sponsors* no estaban en Bonn sino en Washington. En todo caso, se lo podría comparar con el generalísimo Franco, otro dictador de derechas poco inclinado a la ortodoxia fascista.

Para seguir con el tema de la derecha en el Paraguay, debemos mencionar a un precursor del general Stroessner, el general Morínigo, presidente de facto

entre 1940 y 1948. Morínigo y los de su círculo sí tenían abiertas simpatías por el Eje — aunque quizás prefirieran al *Duce* antes que al *Führer*. En los últimos años de la guerra, sin embargo, era evidente quiénes ganaban. Morínigo cambió de bando y le declaró la guerra a Alemania, pero pocas semanas antes de terminar la guerra. Esto le permitió expropiar los bienes de muchos alemanes residentes en el Paraguay, medida injusta pero beneficiosa para quienes se los apropiaron.

Exceptuando algunos incidentes negativos debidos al gobierno (como el citado más arriba) o a individuos como "el bello cónsul" (estafador alemán que tenía en el Paraguay su centro de operaciones), las relaciones entre los dos países han sido positivas. Los inmigrantes poblaron territorios desiertos, incrementaron y modernizaron la producción agrícola y ganadera. En un sentido amplio, puede hablarse, de una influencia cultural positiva.

Sin embargo, si se reduce la extensión de la palabra cultura a las letras y las artes, el aporte alemán es inferior al francés o inglés. A principios de siglo, viajar a París era un imperativo para los paraguayos que se preciaban de cultos. Indirectamente, el espíritu parisino llegó mediante el modernismo, movimiento liderado por Rubén Darío y difundido por toda América. Los pintores formados en Europa volvían al país trayendo, algo tardíamente, el impresionismo. La vanguardia literaria se orientaba más bien hacia el surrealismo francés o español. Más tarde, la narrativa de Gabriel Casaccia y otros escritores prefiere un realismo de origen francés, cuando no las técnicas narrativas de Faulkner. El idioma constituía una barrera para el conocimiento de la literatura de lengua alemana. En las artes visuales, el expresionismo alemán llegó tarde pero con un buen maestro: el pintor Livio Abramo. Abramo, de nacionalidad brasilera, vivió y enseñó en el Paraguay muchos años. En su juventud, había recibido la influencia del expresionismo en el Brasil, que ahí sí tuvo una presencia evidente. Más tarde, y ya gracias al desarrollo de las comunicaciones, los pintores conocen y aprecian el posexpresionismo en la década del 1970. Por aquellos años, tenían influencia en los círculos universitarios las ideas de Marcuse y Adorno, influencia que hoy cede el lugar al positivismo. Debe agregarse que, a través de diversas fundaciones, un número considerable de jóvenes paraguayos ha estudiado y estudia en Alemania, aunque resulte difícil evaluar el impacto que eso tendrá. Y esto dice algo sobre el monto de la asistencia alemana al Paraguay, superior en los últimos años a la norteamericana.

Para concluir, el futuro de las relaciones binacionales se ve condicionado, en términos generales, por el fenómeno multinacional llamado globalización, que ofrece las bases tecnológicas para un acercamiento de todos los habitantes del planeta pero que, hasta el momento, no ha significado el surgimiento de una mentalidad cosmopolita (o de un punto de vista cosmopolita, como decía Kant). Pero tampoco deben ignorarse los factores locales, y me refiero a los para-

guayos. Desde 1989, el país ha conocido una apertura democrática, que necesita profundizarse mediante una apertura económica y social. Esto condicionará el futuro político y, por ende, el de las relaciones entre los dos países.

Bibliografía

Bürger, Otto. 1927. *Paraguay, der 'Garten Südamerikas'. Ein Wegweiser für Handel, Industrie und Einwanderung*. Leipzig: Dieterich'sche Verlagsbuchhandlung.

Förster, Bernhard. 1886. *Deutsche Colonien in dem oberen Laplata-Gebiete mit besonderer Berücksichtigung von Paraguay. Ergebnisse eingehender Prüfungen, praktischer Arbeiten und Reisen, 1883-1885*. Naumburg a/S.: Selbstverlag des Verfassers.

Förster-Nietzsche, Elisabeth. 1891. *Dr. Bernhard Försters Kolonie Neu-Germania in Paraguay*. Berlin: Commissions-Verlag der Actiengesellschaft Pionier.

Golze, Walter. 1926. *Paraguay vom Standpunkt der Wirtschaft und Wirtschaftspolitik unter besonderer Berücksichtigung der deutschen Einwanderung*. Hamburg. *Übersee Jahrbuch*. Auszug.

Hack, Henk. 1961. *Die Kolonisation der Mennoniten im Paragayischen Chaco*. Amsterdam: Königliches Tropeninstitut. Abteilung für kulturelle und physische Anthropologie, 65.

Kleinpenning, J.M.G. 1998. La inmigración alemana al Paraguay y su papel en el desarrollo económico desde 1870. En: Barbara Potthast y otros (eds.): *El espacio interior de América del Sur*. Frankfurt a.M.: Vervuert; Madrid: Iberoamericana (en prensa).

Kliwer, Friedrich. 1941. *Die Deutsche Volksgruppe in Paraguay. Eine siedlungsgeschichtliche, volkskundliche und volkspolitische Untersuchung*. Hamburg: Hans Christian Verlag (*Übersee Geschichte*, hrsg. von A. Rein, XII).

— et al. 1954. Die deutschsprachigen Siedlungen in Paraguay. En: *Mitteilungen des Instituts für Auslandsbeziehungen*, IV, no. 11-12: 293-296.

Klingbeil, Julius. 1889. *Enthüllungen über die Dr. Bernhard Förster'sche Ansiedelung Neu-Germanien in Paraguay. Ein Beitrag zur Geschichte unserer gegenwärtigen colonialen Bestrebungen. Nach eigenen Erfahrungen mitgetheilt.* Leipzig: Kommissionsverlag von Eduard Baldamus.

Schmieder, Oskar; Herbert Wilhelmy. 1938. *Deutsche Ackerbausiedlungen im südamerikanischen Grasland. Pampa und Gran Chaco.* Leipzig: Deutsches Museum für Länderkunde. Wissenschaftliche Veröffentlichungen des Deutschen Museums für Länderkunde, N.F., 6.

Struve, Jacob. 1925. *Die Kolonie Hohenau in Paraguay. Zum 25-jährigen Bestehen der Kolonie.* Buenos Aires: Imprenta Mercur.

Percepción de la cultura alemana en México

Francisco Prieto

Hablo desde mí mismo pero, también, desde una circunstancia. No puede ser de otra manera. Y esa circunstancia, en lo que atañe al tema de esta conferencia, es el grupo de escritores-filósofos, novelistas y poetas — con lo que comparto inquietudes y valores similares.

En efecto: Hace poco más de dos años, don Gaspar Elizondo, un empresario que ha procurado mantener viva la cultura católica en México, y el poeta y ensayista Gabriel Zaid, decidieron reunir a los escritores mexicanos que éramos, además, católicos. Se trataba, fundamentalmente, de tener una oportunidad de discutir sobre asuntos relativos a la religiosidad o bien, desde la fe, analizar problemas capitales del mundo contemporáneo en estos años de fin de siglo. Todos los que fuimos convocados — exceptuada la poetisa Dolores Castro, por problemas inherentes a la ciudad de México y sus distancias a veces insalvables para personas de edad — aceptamos con entusiasmo el proyecto porque en México, por razones históricas, es mal visto ser católico en los medios de intelectuales y de artistas, pesa un jacobinismo, presente aun en muchos católicos, y hay, de hecho, un divorcio entre la abrumadora mayoría del pueblo y la élite de la cultura. Desde entonces nos reunimos, cada dos o tres meses, Zaid, Ramón Xirau, Alvaro Mutis, Elsa Cecilia Frost, Vicente Leñero, Hugo Hiriart, Ignacio Solares, Jean Meyer, Javier Sicilia, Julio Hubbard, Mauricio Beuchot, Alberto Athié y yo. Dos generaciones, la de escritores que nos encontramos entre los cuarenta y cinco y los sesenta años y la de los que se encuentran entre los treinta y los cuarenta y cinco, y dos autores que han entrado ya a la última vuelta del camino, venimos, por tanto, dialogando desde hace más de dos años. No hay, por otra parte, intención alguna proselitista. Los que consideramos que uno no tiene por qué ocultar la fe y la pertenencia a la Iglesia, somos una franca minoría. Para la mayoría, la religión es asunto privado.

No es mi intención en este trabajo mostrar la percepción que de la cultura alemana actual tienen mis amigos. A la mayoría molestaría, incluso, que yo hiciera, como lo hago en este momento, una referencia a nuestras reuniones. Pero, como es natural, mis apreciaciones están marcadas por más de dos años de conversaciones y discusiones periódicas dentro de un marco de personas diversas a quienes une la pertenencia a la Iglesia de Cristo por encima de inclinaciones estéticas o partidistas en el terreno de la filosofía, la política, la economía ... Por lo pronto, mis puntos de vista se fincan en un segmento de la realidad, por demás compleja, de los hombres y las mujeres que escribimos en México.

Con frecuencia, Europa y Alemania están presentes en nuestras polémicas. Exceptuado Beuchot, filósofo, ninguno de nosotros se formó de un modo dominante, desde la lengua y la cultura alemanas. Beuchot, además, siguió, con especial atención, y en parte debido a su maestro Xirau, a Meister Eckhart y los lingüistas alemanes, así como el pensamiento de Kant y de Hegel. Xirau, por su parte, no sólo ha dedicado numerosas páginas a Eckardt sino también a Marx y a Wittgenstein. En todo caso, los filósofos mexicanos serios, en su inmensa mayoría, están formados en el pensamiento alemán ya que los principales discípulos de José Ortega y Gasset se exiliaron en México a consecuencia de la dictadura franquista. Ortega, hijo espiritual de Dilthey y espíritu próximo a Max Scheler, cuya obra filosófica más importante, por cierto, se intitula *La idea de principio en Leibnitz*, fue el introductor en España de numerosos pensadores alemanes y austriacos cuyas obras hizo traducir. El hecho es que sus discípulos continuaron en México la labor de difusión, en cuanto traducción y edición de libros del pensamiento alemán y a ellos se deben las traducciones publicadas por vez primera en México de obras de Cassirer, Dilthey, Hegel, Marx, Jaspers, Heidegger, Hartmann... Las facultades de filosofía en México están, por tanto, dominadas por los filósofos alemanes y, de hecho, el pensamiento neo-marxiano se ha alimentado, fundamentalmente, con los trabajos del instituto de Frankfurt, las obras de Karl Korsch y de Georg Lukács. En las escuelas filosóficas de inspiración cristiana, al lado de los franceses Maritain y Gilson, de los españoles García Morente, Xavier Zubiri y Aranguren, gozan de un seguimiento paralelo los alemanes Rahner, Pieper, Hans Urs von Balthasar, Emmerich Coreth entre otros. No sucede lo mismo en el terreno de la literatura, si bien es verdad que es raro el escritor mexicano que no haya leído el *Fausto* de Goethe en la traducción de Alfonso Reyes, las novelas de Hermann Hesse, *La montaña mágica* y *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, las *Opiniones de un payaso*, de Heinrich Böll, y tres o cuatro novelas de Günter Grass. Hay, además, fieles seguidores, admiradores fervorosos, de Robert Musil y de Ernst Jünger que han hecho esfuerzos denodados por dar a conocer su obra. Así, por ejemplo, el autor y director teatral Juan José Gurrola ha puesto en escena todos los dramas de Musil y el novelista Juan García Ponce — traductor de Marcuse — ha dedicado un volumen documentadísimo a la persona y la obra de Musil; por otra parte, su novela *El libro* está clara y abiertamente inspirada, hasta la intertextualidad, en *El hombre sin atributos*. En lo que toca a Jünger, cuando este escritor cumplió cien años, durante todo el año del centenario y el siguiente, el suplemento cultural "Sábado", del diario *Unomásuno*, publicó, en cada entrega, traducciones de artículos y narraciones suyas tanto como ensayos sobre su obra, debidos, en gran medida, a los escritores jóvenes José Antonio Hernández y Lorenza Fernández del Valle. Sin embargo, de los escritores mexicanos vivos, sólo dos de ellos han dedicado buena parte de su vida a la difusión de la literatura alemana y la influencia

alemana está presente en sus trabajos. Estos escritores son Juan García Ponce (Mérida, Yucatán, 1933) y José María Pérez Gay (México, D.F., 1946).

Ahora bien, volviendo al grupo de escritores católicos que nos reunimos periódicamente, exceptuados los filósofos, no hay una influencia dominante de la cultura en lengua alemana, aunque todos profesamos una admiración fervorosa por Thomas Mann, Franz Kafka y la poesía de Friedrich Hölderlin y de Rainer Maria Rilke. Asimismo, y desde la perspectiva social y económica, Alemania, percibida como el corazón de la Europa actual, de la Comunidad, es vista con el enorme interés que, por razones políticas e históricas, despierta en los mexicanos medianamente instruidos la esperanza de una presencia en nuestro escenario económico y financiero que pueda contribuir a disminuir la dependencia con los Estados Unidos. El Tratado de Libre Comercio con ese país puede significar, en los próximos años, una realidad estimulante para los empresarios alemanes. De cualquier manera, se es consciente de que la humanidad entra en una etapa que, entre otras cosas preocupantes, se caracterizará por el advenimiento del fin del trabajo — y no a la manera en que, con optimismo, lo entreveía Marx en aquella contradicción fundamental advertida por Hannah Arendt de explicar a la humanidad por el trabajo para prometer luego a los hombres el reino del ocio que los desnaturalizaría.

Se trata de otra cosa que, de hecho, se encuentra ya en nuestras sociedades: la abundancia de los llamados, por ejemplo, inempleables porque en la actual conformación tecnológica no hay lugar para ellos. He ahí una realidad que, ciertamente, no augura, para la segunda cuarta parte del siglo XXI inversiones norteamericanas en México. Sin embargo, es vital aprovechar los años que van desde ahora hasta entonces para rebasar, en la medida de lo posible, la situación deplorable de deseducación que cerca de setenta años de gobierno de un partido han procurado a la nación: el hecho de que sólo el 33,4% de la población haya concluido la escuela primaria habla por sí mismo. Deseducación y servilismo, esto último como consecuencia natural de un régimen de partido hegemónico. Entonces, si la inversión norteamericana es vital ahora y lo será mientras resulte más barato producir en México que en, por ejemplo, Beaumont, Texas; en virtud del Tratado de Libre Comercio, la inversión europea resultaría, con seguridad, más estable que la norteamericana. Aun en el caso de conflicto en las relaciones bilaterales entre México y los Estados Unidos, la red de libre comercio entre varias naciones de la América del Sur y México hace doblemente promisorias las inversiones europeas. Y, desde luego, nada suavizaría cualquier conflicto como la disminución sustantiva de la dependencia que, actualmente, tenemos con respecto a la economía norteamericana. Ahora bien, desde la perspectiva cultural, se advierte en Alemania una vitalidad que parece ausente de las demás naciones europeas. ¡Aún la literatura y el cine alemanes plantean problemas morales! Dicho de otro modo, se tiene la percepción de que los trágicos acontecimientos vividos en la nación alemana durante

el siglo XX, el horror incluso del pasado reciente, movieron a numerosos alemanes a una reconstrucción en vistas más a la edificación de un futuro que a rehacer el pasado. Sólo así, pienso, se explica la densidad de obras cinematográficas como las de Fassbinder, Herzog, Schlöndorff, Von Trotta, Dörrie, Wenders...; del trabajo novelístico de Heinrich Böll y de Günter Grass, Max Frisch, Uwe Johnson, Christa Wolf, Peter Weiss, Patrick Süskind y, entre otros, el entrañable Michael Ende. Obras, en fin, que no se inclinaron ni al formalismo ni a la ligereza sin consecuencias, tendencias que son hoy dominantes en buena parte de los autores de Occidente. Llama, asimismo, la atención que autores de la Europa del Este hayan reencontrado su camino en Alemania sin tener que abandonar, como ha sucedido a quienes emigraron a Estados Unidos, sus obsesiones y su voluntad de estilo.

Entonces, si, por una parte, es inevitable rememorar a François Guizot, porque fue aquel historiador y hombre de Estado francés quien vislumbró la vocación europea de pluralidad, flexibilidad, disponibilidad al cambio y, por lo mismo, capacidad para remontar las corrientes más adversas, de dar respuesta a los desafíos más inesperados, y uno no puede tampoco olvidar que Ortega y Gasset predijo antes de la mitad del siglo de que Europa sería consciente, más tarde o más temprano, que para volver a mandar en el mundo necesitaba unirse y que, por su mismísima vocación rebasaría todos los límites que la habían tenido regionalizada, si por una parte, digo, es inevitable plantearse estas cosas, por la otra es inevitable también percatarse, y de eso no somos insensibles los escritores en México, de que el mayor desafío para Alemania y el resto de Europa, como lo ha repetido una y otra vez Juan Pablo II, es el materialismo y el hedonismo dominantes. El cierre de escuelas primarias y el crecimiento de los asilos no puede augurar nada bueno. ¿O acaso, por ventura, podría suceder que los europeos cambiasen de piel pero no de vocación? ¿No fue Europa la continuadora y perfeccionadora del ecumenismo romano? Pero si tal fuere el caso, ¿hasta qué punto los nuevos europeos no sucumbirían ellos también, contaminados de ese mismo materialismo, presos en el hedonismo que, por cierto, terminara por destruir, en un pasado ya remoto, la muy sólida Pax Romana?

No se trata, en este escrito y en esta discusión de seminario, de presentar un estudio con pretensiones de definitivo. Se trata, hasta donde tengo entendido, de mostrar la percepción que se tiene de Alemania en los círculos o estamentos intelectuales y artísticos de nuestros países. Tengo, sin embargo, la impresión de que, a pesar del recorte de la realidad que significa mi amistad con un conjunto de personas que no conformamos un grupo y que, de hecho, algunas de ellas se encuentran ligadas a otros grupos literarios y de poder, a las que nos une, sin embargo, el hecho de ser católicos, estas inquietudes, exceptuadas las que tienen una relación directa con la moral, son comunes en los mexicanos cultivados. En otras palabras, la percepción de Alemania como el centro

neurálgico de la Europa unida y la esperanza de una mayor presencia alemana tanto en las actividades económicas como en las culturales. Es verdad que, en el plano de la difusión cultural, en la ciudad de México, la labor del Instituto Goethe ha sido notable, pero es un hecho que la ciudad de México es una ciudad difícil y que la mayoría de sus habitantes nos hemos encerrado en una especie de *ghetto* en lo que toca a la asistencia a espectáculos. A todos esos *ghettos*, por cierto, llega el cine norteamericano, las coproducciones europeas — cada vez más próximas a las norteamericanas en la forma y en el fondo —, de modo que muy pocos tienen acceso a lo que aún queda de un cine serio que encontrábamos, todavía en los setenta, en las diversas cinematografías europeas. El dominio absoluto del mercado y una población mayoritariamente inculta, han confinado a unos pocos centros el cine y el teatro de calidad. Del libro, las editoriales españolas, con una buena distribución en México, nos han puesto y nos siguen poniendo en contacto con la producción alemana, sin embargo, es un hecho que el mexicano medio lee muy poco. De hecho, el poeta y ensayista Gabriel Zaid ha hecho la siguiente observación:

Hay millones de personas con estudios universitarios. Por mal que estén económicamente, pertenecen a la capa superior de la población. Pues bien, estos millones de personas superiores en educación y en ingresos, no dan mercado para más que dos o tres mil ejemplares por título, o mucho menos. Y si las masas universitarias compran pocos libros, ¿para qué hablar de masas pobres, analfabetismo, poco poder adquisitivo, precios excesivos? El problema del libro no está en los millones de pobres que apenas saben leer y escribir, sino en los millones de universitarios que no quieren leer sino escribir. Lo cual implica (porque la lectura hace vicio, como fumar) que nunca le han dado el golpe a la lectura: que nunca han llegado a saber lo que es leer.¹

Si, como bien advirtiera San Pablo, la verdad entra por el oído, y como nos hiciera entender Simmel, quien oye sin ver es mucho menos infeliz que quien ve sin oír, la posibilidad de penetración de un cine o de una televisión de calidad que requieren de una mayor atención y de una capacidad de interpretación y de decodificación, es escasa. El mexicano medio — ni qué decir del mexicano humilde — pertenece a una cultura predominantemente visual y el nivel de calidad en la mayoría de las escuelas es bajísimo. Sin embargo, las cosas siguen como las dejó Humboldt, quien había constatado no haber visitado ningún país donde las diferencias y los contrastes sociales fueran tan grandes: como botón de muestra, México es un país donde cada periódico diario cuenta con un suplemento cultural (es verdad que sobran los dedos de una mano para

¹ Zaid, Gabriel. 1996. *Los demasiados libros*. México D.F.: Editorial Océano.

mencionar a los periódicos aun hasta la fecha no subsidiados por el gobierno) y en la capital se cuenta con dos televisoras de un altísimo nivel cultural — ambas financiadas por el Estado — donde pueden observarse excelentes programas y series de videoastas europeos, especialmente alemanes.

Entonces, la influencia de la cultura alemana incide sobre la escasa población que posee eso que se llama cultura general. Estamos hablando, pues, de un estamento y, dentro de ese círculo reducido, me he concretado a exponer la percepción de Alemania (y de Europa) de quienes tenemos una preocupación religiosa.

No quiero terminar este trabajo sin llamar la atención por algo que es reconocido dentro de "nuestro grupo" y que compartimos con la clase media mexicana: lo alemán es, sistemáticamente, ligado a lo serio, a lo bien hecho. Parte de ello se debe al Colegio Alemán Alexander von Humboldt. Los que hemos trabajado en universidades sabemos que los egresados de esa escuela pasan siempre, con altísimas calificaciones, los exámenes de admisión y reconocemos que una calificación de siete sobre diez en el colegio alemán es el diez o el nueve de cualquiera otra escuela. Todos compartimos la misma admiración por la música culta alemana y austriaca que sigue dominando los escenarios sinfónicos de todo el país. Por otra parte, hay un hecho que atañe a las clases medias y a las clases populares: una simpatía inexplicable hacia lo alemán. Esta simpatía se manifestó en tiempos de la guerra y no había, a fé mía, razones de índole ideológica, era pura y simple simpatía humana. Lo mismo sucedió en los dos mundiales de futbol: el público prefería mayoritariamente, abiertamente, al equipo alemán por sobre todos los equipos de Europa, Asia y Africa y aun en relación con los latinoamericanos si exceptuamos a Brasil y Perú. Nadie olvidará en el 70, la entrega del público a la selección alemana en la semi final frente a los italianos, lo que provocó el enojo de éstos quienes, airados, confesaron a los periodistas no poder entender cómo un pueblo en parte latino y nada germánico, podía entregarse de tal manera a los alemanes. Esto hubiera podido encontrar una explicación racional de haber habido torneos futbolísticos en los estados del sureste como Tabasco y, sobre todo, Chiapas, donde desde principios de siglo llegaron numerosos inmigrantes alemanes muchos de los cuales casaron con mujeres indias sin olvidar a los que protegieron, frente a las autoridades civiles y con éxito, a los más pobres de los indios de Chiapas, los lacandonos. La casa de la señora Gertrude Bloom y de su esposo, Franz, austriacos ambos, es conocida por los habitantes de San Cristóbal de las Casas y, para las comunidades indias que rodean la ciudad, fue lugar de asilo y de consuelo. Y en este terreno de las culturas autóctonas, en pleno siglo XX dos alemanes, von Hagen y von Wutthenau, dedicaron buena parte de su vida profesional al estudio de las culturas mayas, el primero, y al de las culturas olmeca y tolteca el segundo, quien, celosamente, rescató piezas valiosísimas de las culturas precortesianas que de otro modo, seguramente, se

hubieran perdido. Finalmente, los más prestigiados psicoanalistas mexicanos actuales fueron formados por Erich Fromm o por los primeros discípulos mexicanos de Fromm, quien pasó más de veinte años de su vida en la ciudad de Cuernavaca. Como la influencia de los pianistas Jörg Demus y Paul Badura Skoda así como del flautista y director de orquesta Kurt Redel han sido fundamentales en la formación de destacadísimos músicos mexicanos actuales tanto como Mathias Goertiz lo ha sido en la escultura y la arquitectura, creo que ya es hora de proceder a una investigación sobre la presencia germano-austriaca en México pues el único estudio que existe se refiere, exclusivamente, a cuestiones económicas y de censo.

"La música verbal de Alemania" en la literatura argentina

María Rosa Lojo

"Por la música verbal de Alemania, por el oro, que relumbra en los versos,..."

Jorge Luis Borges: "Otro poema de los dones"

Su inmensa música instrumental ha precedido a Alemania por los cuatro puntos cardinales, es indiscutible e irrefutable como el teorema de Pitágoras y no necesita de traducción. Pero la música verbal de la literatura alemana (inseparable del pensamiento alemán), es más secreta y su huella resulta a veces elusiva. En la literatura argentina (no sólo la de ficción y poesía sino también, especialmente, la ensayística) esa huella, aunque no ostentosa, ha sido profunda y penetrante.

1. Algunos ecos de la rebelión romántica en el siglo XIX

No puede olvidarse, en primer lugar, que desde Alemania se expandió principalmente una de esas grandes revoluciones culturales que cambian radicalmente la estructura de la sensibilidad. Me refiero, por supuesto, al movimiento romántico que transformó la concepción de la historia, así como la posición de la criatura humana en un mundo que a partir de allí se experimenta en tanto organismo vivo donde todo se comunica por ecos y afinidades misteriosas. Lo espiritual se percibe asimismo como un campo insondable y desconocido donde la razón juega apenas un mezquino papel. Es innegable, por otra parte, la incidencia de las ideas románticas en las revoluciones independentistas latino-americanas así como en la elaboración de sus proyectos nacionales, no menos que en los espacios estrictamente poéticos y literarios. De todas maneras, el ingreso del pensamiento romántico no se hace directamente a través de la literatura alemana, inaccesible de primera mano para la enorme mayoría de los intelectuales del Plata, sino más bien a través de los poetas e intelectuales franceses (Victor Hugo en particular) y por supuesto, de traducciones. Las citas y referencias generales a los románticos germanos salpican significativamente algunas obras clásicas argentinas del período decimonónico. No es casual que José Mármol, en *Amalia*, nombre más de una vez a Hoffmann. El narrador alemán funciona, en el texto de Mármol, como el artifice de una escritura modélica en la indagación de lo siniestro y de lo demoníaco, problemática preferida del Romanticismo, y que Mármol desarrolla especialmente aplicándola al campo de la "barbarie" federal:

Tres bultos, semejantes a otras visiones de la imaginación de Hoffmann, parecían de cuando en cuando rarificarse sobre el muro y las ventanas que separaban las habitaciones de la joven viuda de Barracas del gran patio de la quinta (431),

dice cuando se refiere a los espías enviados por el poder rosista, que acechan la quinta de la bella Amalia. La remisión a Hoffmann también aparece para calificar a la temible cuñada del gobernador Rosas, María Josefa Ezcurra:

[...] en la hermana política de Don Juan Manuel estaban refundidas muchas de las malas semillas que la mano del genio enemigo de la humanidad arrojó sobre la especie, en medio de las tinieblas de la noche, según la fantasía de Offmann [sic] (144)¹.

En las obras más difundidas de otro romántico argentino, Esteban Echeverría — que son *La Cautiva* y *El Matadero* — no hay citas en lengua alemana (sí en francés: Lamartine, en italiano: Manzoni, en inglés: Byron), pero se sabe que durante su estancia en París, Echeverría tomó contacto con la obra de poetas como Schiller y Goethe por intermedio de los románticos franceses, y que estas obras despertaron en él la mayor admiración.² También la filosofía de la historia de Herder atraviesa su obra, y en particular el *Facundo* de Sarmiento³. Este dedica allí extraordinarias páginas al influjo del medio geográfico en los "tipos" humanos que de él emanan, y llega a un ápice literario en la concepción, totalmente romántica, de Facundo Quiroga como héroe titánico, criatura de la Naturaleza donde se concentra el poder — amoral y asocial — de las fuerzas cósmicas. En verdad toda la generación de 1837⁴, la de los intelectuales argentinos — Sarmiento, Alberdi, Mitre, Gutiérrez, López — que se convertirían en "proscriptos" del rosismo, mantiene con las fuentes románticas alemanas una deuda matizada y reconocida.

No obstante ello, la lengua sigue siendo siempre un obstáculo, a la vez que una incitación. Incluso escritores posteriores, caracterizados por su políglotis-

¹ Cabe destacar el hecho que en el texto de Mármol el apellido "Hoffmann" aparece incorrectamente escrito, sin su "h" inicial. Esto enfatiza acaso el desconocimiento idiomático que no impidió al autor, empero, recordar muy bien el mundo imaginario del escritor.

² Dice en carta a un amigo, comentando sus lecturas de Schiller y de Goethe: "Quels trésors n'ai-je pas trouvé" (cf. Verdugo 1965, X).

³ Cf. para las corrientes de pensamiento que convergen en Sarmiento, Fernández 1961; Barrenechea 1959. Cita allí Barrenechea el trabajo de Lida 1940, y concluye, por su parte: "Sarmiento conoció desde muy temprano las teorías de Herder acerca del influjo geográfico, quizá por la traducción de Quinet, y sin duda alguna por la escuela de historiadores franceses que difundió su idea, pero se ve que tardó en elaborar este aspecto de su pensamiento, el cual sólo se presente rotunda y genialmente concluso en el *Facundo*" (207).

⁴ Hay sobre el tema abundante bibliografía. Entre otros textos Piossek Prebisch 1981 y Weinberg 1977.

mo, como Lucio Victorio Mansilla, el autor de *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), no llegaron a dominar el alemán. Pero Lucio sabía lo suficiente como para comparar a los aborígenes — de los que da una imagen plenamente cultural y cabalmente humana — con los orgullosos compatriotas de Schiller y de Goethe, y ello por la insólita afinidad de ambos sistemas de numeración: el alemán, y el araucano:

[...] su sistema de numeración es igual al teutónico, según se ve por el ejemplo de *quehú-mari*, que vale tanto como cincuenta, pero que gramaticalmente es *cinco-diez*.

Si hay quien se haya afligido porque nuestro sistema parlamentario se parece al de los ranqueles, ¡consuélese pues!

Los alemanes, justamente orgullosos de ser paisanos de Schiller y de Goethe, se parecen también a ellos. Bismarck, el gran hombre de Estado, contaría las águilas de las legiones vencedoras en Sadowa, lo mismo que el indio Mariano Rosas al regresar del malón (157).

Mansilla quizá confunde aquí *fünfzehn* (que es literalmente cinco-diez, y equivale a "quince") con *fünfzig* (cincuenta), aunque esto no parece haber molestado a los alemanes, ni tampoco el ser comparados a los ranqueles. Su libro pronto se conoció en las tierras de Bismarck. En 1877 fue publicado con éxito en Leipzig por la editorial Brockhaus, dentro de una colección de autores de lengua española. En *Una excursión...* Mansilla cita textualmente sólo a literatos de lengua inglesa (el infaltable Byron, Shakespeare y otros), francesa, e italiana, además del castellano. Pero hay una referencia elogiosísima a la obra *Cosmos*, de Alexander von Humboldt: "monumento imperecedero a la sapiencia del siglo XIX" (61), y otra a Goethe, donde coloca al poeta alemán junto a otros grandes clásicos, a la vez que se burla de sí mismo:

¿Quién se cansa de leer a Byron, a Goethe, a Juvenal, a Tácito?
Nadie.

¿Y a mí?
Cualquiera (182).

La voz de los románticos resuena sin duda en la literatura argentina del siglo XIX. Pero su máxima repercusión se produce, acaso paradójicamente, en la literatura argentina del siglo XX. No sólo por las relaciones más o menos mediatizadas que puedan establecerse entre el movimiento romántico y las obras de Rilke, Heidegger, Nietzsche, o Hesse, de amplia difusión e impronta duradera en la creación literaria contemporánea, o porque aumenta el número de intelectuales argentinos (filósofos, especialmente) que consideran necesario leer a los autores germánicos en su lengua original. Movimientos estéticos,

como el de la llamada generación neorromántica de los años 40, y figuras aisladas, pero de gravitación decisiva en el *corpus* literario argentino de este siglo, como Ernesto Sábato, se han remontado directamente a los orígenes del pensamiento romántico alemán, citando sus teorías y reafirmando su poética.

2. El "neorromanticismo fenomenológico" de Ernesto Sábato

Sábato en particular ha construido, a lo largo de sus numerosos ensayos y en forma no sistemática, una estética que podría llamarse "neorromántica". El mismo ha declarado adscribirse a un "neorromanticismo fenomenológico"⁵, que modera la subjetividad romántica, puramente personal, individual, con la intervención del análisis fenomenológico del yo y del mundo. Tanto en su obra ensayística (o "diurna") como en las novelas ("el mundo nocturno" del arte) se muestra nitidamente apegado a los postulados fundamentales que inspiraron la *Weltanschauung* original del romanticismo germano.

Recuperando la defensa romántica de la "novela total" frente al distante esteticismo de un Valéry, Sábato afirma la esencial *impureza* del quehacer novelístico que "resiste cualquier clarificación total y desborda toda limitación" (*El escritor y sus fantasmas*, 23), que se propone un buceo arriesgado en el "irracional misterio de la existencia" (*EF*, 16) y recurre para esa meta ultra estética a los instrumentos proporcionados por todas las técnicas y géneros.

Sábato destaca esa función del arte que superaría al arte mismo, y que también fue juzgada esencial por el pensamiento romántico alemán. Cuando A.W. Schlegel, alterando leve y significativamente la frase de Schelling afirmó que la Belleza "es la representación simbólica del Infinito", estaba indicando ya ese vuelco radical de todo lo artístico hacia la expresión enigmática y velada de lo que se considera inefable e inalcanzable por entero para el hombre, aunque no se halle en una trascendencia situada fuera del mundo, sino antes bien en la más profunda intimidad espiritual.

Para Sábato, la novela contemporánea en sus obras máximas ha logrado derivar "de la condición de mero documento a lo que podría denominarse un Poema Metafísico" (*EF*, 25). Se ha vuelto medio supremo de conocimiento sintético de la existencia, y une, como lo querían los románticos, "la narración y la epopeya, el mito y la poesía, las confesiones y el ensayo"; incorpora a sus dominios lo que antes estaba reservado a la magia y a la mitología" (*ibid.*). Así describe el paradigma deseable de la "novela total":

⁵ Una exposición más detallada de estas reflexiones puede hallarse en mi anterior trabajo de 1985.

[...] no hay algo más híbrido. En realidad sería necesario inventar un arte que mezclara las ideas puras con el baile, los alaridos con la geometría. Algo que se realizase en un recinto hermético y sagrado, un ritual en el que los gestos estuvieran unidos al más puro pensamiento y un discurso filosófico a danzas de guerreros zulúes. Una combinación de Kant con Jerónimo Bosch, de Picasso con Einstein, de Rilke con Gengis Khan (*Abaddón, el Exterminador*, 200).

Aquello que al escritor le es revelado en su aventura metafísica no podría excluir los aspectos más terribles o desagradables de lo humano. Esa realidad plena, develada por el arte también pleno que exaltara el romanticismo, incluiría — de manera privilegiada — los territorios secretos del Inconsciente, cuya hipóstasis mítica constituye uno de los pilares de la cosmovisión romántica.

Las coincidencias entre la concepción sabatiana del Inconsciente, y la del romanticismo, son notables. En primer término, Sábato recoge la herencia de Carl Gustav Carus reelaborada por Jung. Como Jung y los románticos, rescata el concepto de *alma*, a la que declara zona matriz de la creación, "fuerza que se halla en entrañable vinculación con la naturaleza viviente, creadora de símbolos y mitos, capaz de interpretar los enigmas que se presentan ante el hombre y que el espíritu no hace sino conjurar" (*EF*, 137). El escritor argentino hace suya la tesis que sitúa en lo que Jung llamó Inconsciente Colectivo, la revelación de lo numinoso (demoníaco o angélico) que es también fuente del arte, el cual, "como el sueño, incursiona en los territorios arcaicos de la raza humana" (*EF*, 144). Tanto Sábato como Jung y los románticos destacan el misterio de los símbolos que emergen de la profundidad y que serían irreductibles a cualquier explicación racionalista. Símbolos nacidos del Inconsciente, que forman el lenguaje del mito, del sueño, y de todo "arte auténtico".

A través del Inconsciente el arte se vincula también de manera parcial con la locura, la videncia y los estados paranormales. Sábato coincide en muchos aspectos con Novalis (cf. Béguin 1946, 207), que afirma la comunidad de poeta, místico, loco y vidente, y con Hoffmann, para quien la experiencia poética no puede desprenderse de la alucinación y los estados mórbidos (*ibid.*, 297s) que pondrían al poeta en contacto con el "mundo de los espíritus". Según Hoffmann (y ello es muy significativo si pensamos en personajes de Sábato como Juan Pablo Castel, o Fernando Vidal Olmos, y sus visiones de la Cloaca) los locos no son seres ajenos a nosotros, sino más bien aquellos sujetos donde están llevados a una acuidad extrema "los problemas de la condición humana", y se desencadenan fuerzas oscuras y ocultas en el hombre "normal".

Interesan sobremanera, asimismo, — si se tiene en cuenta la vinculación con el pensamiento romántico — las conexiones que el escritor marca entre el arte (la novela en particular) y el mito. Expulsado por el *Logos*, el *Mythos* se

refugiaria en el arte que a la vez "lo profana y lo reivindica" (*La cultura en la encrucijada nacional*, 115s; *AE*, 199), por ello la "gran literatura" constituye, como el mito, una revelación de la sacralidad, una *ontofanía*, una mostración de lo real en su esencia (*AE*, 180). Mito y literatura son un medio de "salvación del alma" (la propia y la de la comunidad). Así, el escritor de *Abaddón* vive su tarea como un arduo trabajo que puede afectar a la humanidad entera y servir "para encontrarle un sentido a la existencia" (*AE*, 16). Como el mito, que logra abolir la temporalidad profana y transportarse a un no-tiempo que es el Origen, la novela sería una búsqueda de eternidad y absoluto que perpetúa los instantes supremos de la vida, el amor y éxtasis (estético, religioso, etc.) donde el hombre supera la existencia ordinaria, sometida al devenir (*AE*, 472). El lenguaje del "arte metafísico" que Sábato exalta es, igual que el del mito, simbólico, "expresa una realidad del único modo en que esa realidad puede expresarse, y es irreducible a otro lenguaje" (*AE*, 201; *LCEN*, 114).

Esta revaloración del pensamiento mítico y su casi equiparación a la literatura ya había sido emprendida por los románticos, y así lo postula el autor argentino:

La rebelión romántica constituyó una reaproximación al mito (*LCEN*, 114s).

El desencantamiento de la cultura por obra del racionalismo provocó así el resurgimiento de lo mágico, que es el atributo central del movimiento romántico. Y ya se advierte esta peculiaridad en aquel Haman [*sic*] 'mago del Norte', para quien la poesía era una forma de la profecía. De él a su discípulo Herder y de éste al joven Goethe, los misterios de Eleusis fueron la clave de la nueva poesía (*EF*, 113s).

Los escritores y pensadores del romanticismo defendieron esa unidad primigenia de arte y mito que ya Vico — "genio protorromántico", como lo llama Sábato — había señalado. Para A.W. Schlegel (cf. Wellek 1962, 55), el hombre que poetiza no adopta una actitud filosófica mística, sino que crea *mitos*, respondiendo a las urgencias más profundas del alma humana: Jakob Grimm ve a la historia misma, "entendida como verdad de los hechos", "subordinada al mito y a la poesía", cuyos orígenes inmemoriales "acaban por confundirse" y confluyen en "la revelación divina" (*ibid.*, 319s); Wellek apunta, al comentar las teorías de ambos hermanos: "los patrones arquetípicos de Jung, que ha estudiado Maud Bodkin, no difieren en lo sustancial, de lo que los Grimm entendían por mito" (*ibid.*, 323). Friedrich Schelling consideraba a la mitología como factor determinante de la historia de los pueblos, y definió a los mitos como "asunto o tema propio del arte", pues "los dioses se nos hacen accesibles no por la razón, sino por la imaginación." Schelling concede al escritor moderno la capacidad de crear mitos originales: "Falstaff o Sancho Panza no son

dioses, sino verdaderos mitos: universales y concretos a un tiempo, caracteres significativos y tipos simbólicos eternos" (ibid., 93); Tiene fe en *la mitología del porvenir*, "cree que un hombre de gran fuerza creadora podrá dar forma a sus propios mitos". Esto es precisamente lo que ha hecho Sábato, así como otros escritores contemporáneos.⁶

También se halla íntimamente ligada al primer romanticismo la idea del escritor-mártir, del escritor-testigo, no tanto de acontecimientos exteriores cuanto de las más hondas conmociones del "alma" de un pueblo y un tiempo dado (el *Zeitgeist*). Mediante su creación el poeta exorcizaría los demonios que hostigan a todos los hombres, se ofrecería, diríamos, como un "emisario redentor o un "chivo expiatorio", en una misión sobrehumana de valor sagrado. Sábato parafrasea — interrogativamente — a von Arnim en *Abaddón*:

La fe del creador en algo todavía increado, en algo que debe sacar a luz después de hundirse en el abismo y entregar su alma al caos, era sagrada? — Y se responde: — Sí, debía serlo. Y nadie debía impugnarla. Ya bastante castigo le era impuesto por lanzarse a semejante horror [...] (AE, 262).

Como von Arnim, describe el drama existencial provocado por el nacimiento de personajes que se deslizan insensiblemente hacia una vida autónoma y llegan a ejercer "su influencia maléfica sobre su propio autor" (Béguin, 263). Así son también los personajes que hostigan al novelista de *Abaddón* situado en un mismo plano ontológico con respecto a ellos.

La lucha entre "el hombre y sus dioses, el hombre y sus demonios" corporizados en estas figuras novelísticas, constituiría el hecho central del arte, y acaso de la vida humana. Sólo el poeta se halla en condiciones de revelar ese combate, y sólo él, en realidad, se ve *obligado* a hacerlo. Como Hoffmann, como Hugo, como von Arnim, Sábato evalúa en tanto "carga ineludible" el "deber del artista", que sería a la vez una elección y una maldición, una gracia y una culpa, pero en todo caso, siempre implica asumir un destino trascendente, que contrasta, para Sábato y para Hoffmann, con la existencia inútil de las multitudes satisfechas que les parecen a ambos "pobres monos" (ibid., 306), pero monos de los *no se puede reír sin lágrimas en los ojos*.

La incidencia de la literatura en lengua alemana no concluye, en la obra sabatiana, con los autores citados. Versos de los poetas Hölderlin y Trakl recurren en sus textos. Particularmente Trakl se incorpora a su última novela, y su poesía desgarrada se proyecta sobre la pasión incestuosa de los dos her-

⁶ Para una discusión sobre la singular "mitopoiésis" de Sábato, ver la sección "La isotopía mítica" en mi libro de 1997.

manos, Nacho y Agustina, y se entrelaza con la del poeta argentino Enrique Molina. Kafka (cuya reverberación en otros autores argentinos como Martínez Estrada o Borges mismo resulta apreciable) es citado una y otra vez como ejemplo eximio de lenguaje simbólico cuya dificultad no está en la estructura lingüística — particularmente traslúcida en el alemán clásico, casi de "laboratorio" que utilizaba Kafka (cf. Modern 1994) — sino en el misterio existencial que articula. Thomas Mann — en particular *La montaña mágica* — es otro de los grandes nombres que retornan tanto en su ficción como en sus ensayos. Hermann Hesse aparece no ya sólo en la literatura de Sábato sino asimismo en su pintura. El extraño pensador Otto Weininger, casi un modelo de la culpa existencial, se une a esta cofradía de escritores de lengua alemana que se caracterizan por ser conciencias torturadas y complejas, abiertas hacia una transrealidad que excede lo inmediato.

3. Rodolfo Gunter Kusch: "estar aquí", y el *Dasein* heideggeriano

La irradiación del pensamiento alemán en la ensayística y la filosofía argentina fue obstinada y creciente. Si Hegel y Herder conformaron ya las concepciones históricas de la generación romántica, las más diversas orientaciones filosóficas alemanas encontraron representantes en la Argentina de este siglo. A través de España llegan las teorías de Krause que no formarán escuela, pero tendrán entre nosotros exponentes importantes y proporcionarán el trasfondo filosófico del radicalismo político.⁷ Por lo demás, el kantismo y el neokantismo, la fenomenología, el existencialismo heideggeriano, el marxismo y el freudismo, las corrientes hermenéuticas, matizarán el variado panorama del pensamiento argentino en nuestra centuria. A estas filosofías centrales, de expansión mundial, cabe agregar la ingerencia de pensadores germanos periféricos, como el pintoresco Conde de Keyserling invitado a las orillas del Plata por Victoria Ocampo, mecena y fundadora del Grupo Sur (cf. Villordo 1988 y 1994). Deslumbrada por el pensamiento de Keyserling, Victoria — que era entonces una mujer joven, admirada por su belleza — había mantenido con él una prolongada correspondencia que no desembocó, contra las esperanzas alentadas por el Conde, en una relación amorosa. Keyserling en persona parece haber constituido para la escritora argentina una desilusión atroz. Muy lejos de la espiritualidad soñada se hallaban los casi dos metros y los muchos kilos del noble germano, que además comía y bebía como un *viking*. Hay quien atribuye a esta frustración sentimental la acidez y negatividad de las *Meditaciones suramericanas* que el despechado Keyserling elaboró después. Hubiera o no una eventual

⁷ Cf. Biagini 1989, 160ss.: "Krausismo y democracia".

incidencia del narcisismo herido, lo cierto es que las poco simpáticas reflexiones del conde (quien describe a Sudamérica como un mundo pasivo y ciego, carente de espiritualidad, dominado por la "gana", y liderado por caudillos tiránicos) calaron hondo, y repercutieron en ensayistas argentinos de amplia difusión, como Ezequiel Martínez Estrada y Héctor Álvarez Murena. Se ha dicho también que ciertas apreciaciones de Keyserling respecto al irracionalismo, la indolencia y el peso de lo telúrico, que caracterizarían al sudamericano, son las que reelabora después Rodolfo Kusch, aunque en este caso, agregaría yo, el signo de valor es positivo, pues la presunta "pereza" se asocia a la idea del "estar" como actitud espiritual contemplativa e interiormente fecunda⁸, productora de una comprensión y una sabiduría que trasciende la voluntad a ultranza de "ser alguien" y de "hacer algo", el ostentoso "patio de los objetos" de la llamada "civilización" occidental.

Kusch (1922-1979) constituye un caso verdaderamente atípico en el marco del pensamiento argentino. Hijo de alemanes, formado en la eurocéntrica Universidad de Buenos Aires, terminó sus días en un rincón de la norteña provincia de Jujuy, en Maimará, empeñado en un diálogo extraacadémico con el sustrato aborigen del pensamiento popular, donde consideró que se podían hallar las bases para una auténtica filosofía latinoamericana. También resulta innegable en su pensamiento la herencia romántica: ecos de la *Naturphilosophie* goethiana-schellingiana, y también de la psicología profunda que tiene su claro antecedente en Carus y su culminación en Carl Gustav Jung, como ya dijéramos. Mucho más cerca ya, además de Keyserling, se hallarían las huellas de Nietzsche y de algunos irracionalistas alemanes (Spengler o Frobenius)⁹ y sobre todo, del pensamiento de Heidegger, con el que Kusch entabla una interacción profunda y decisiva, de atracción y de repulsión. Recientemente Gabriel Sada (1996) ha analizado los complejos vínculos entre el concepto kuschiano de "estar" (como propio del pensamiento indígena y popular americano, frente al "ser" occidental) y el *Dasein* heideggeriano. Si bien Kusch polemiza con Heidegger realiza, como apunta Sada, toda una analítica de la existencia americana a partir del concepto de estar-en-el-mundo (ibid., 102). En suma, concluye, "la presencia de Heidegger es constante en la obra de Kusch; hay una suerte de 'atmósfera' heideggeriana aún cuando el autor argentino lo utilice muchas veces como blanco de sus críticas" (ibid., 112, nota).

Kusch fue, cabe aclarar, no solamente un filósofo *sui generis*, voluntariamente herético dentro del marco académico vernáculo, sino que se manifiesta en algunos libros hondamente líricos, como *América profunda* (1962), en tanto prosista talentoso, capaz de una envolvente expresividad y seducción verbal.

⁸ Sobre la relación entre Kusch y Keyserling cf. Biagini 1989, 192, y el libro de Sada 1996, 141, nota 54, 174 nota 2 y Apéndice, nota IV.

⁹ Cf. Sada 1996, 96s, nota 10 al pie; 101, nota 18 al pie.

Tal vez porque en el mencionado libro se narra en cierto modo el proceso vivido de su "conversión" definitiva hacia lo original y originario de América. Una conversión que encuentra inequívocas resonancias en otro argentino autor de ficciones: Abel Posse, cuyos personajes, como el Lope de Aguirre de *Daimon*, o el Cristóbal Colón de *Los perros del Paraíso*, o el Alvar Núñez Cabeza de Vaca de *El largo atardecer del caminante*, se transforman en mestizos espirituales, gustosamente presos en el "estar", abiertos a otra experiencia del Cosmos y la sacralidad. Posse, a su vez, entabla su propio diálogo con Nietzsche y con Schopenhauer, y las figuras de la voluntad de poder, y el velo de Maia de la representación y de los avatares terrenales recurren, con diversos matices, en toda su obra.

4. El reverso esotérico del nazismo: Borges, Posse

Posse presenta, además, otra peculiaridad. Es acaso, junto con Borges, el único escritor argentino que ha logrado tratar filosóficamente, más allá del anatema político, la cuestión del nazismo.

Las relaciones de la Argentina con la Alemania nazi constituyen por cierto, aún hoy, un punto delicado y neurálgico. Salvo pequeños núcleos profascistas, nuestra intelectualidad, tanto la liberal como la de izquierda, se pronunció a favor de los aliados (en particular, de Francia, paradigma cultural desde los albores de la independencia), pero el gobierno de Juan Domingo Perón entonces en el poder mantuvo una sospechosa neutralidad. No es casual, por cierto, que tantos oficiales y jerarcas nazis fugitivos hayan encontrado en las orillas del Plata un refugio seguro. Como se sabe, Borges fue en cuanto a su posición política, furiosamente antiperonista y aliadófilo, pero también era un serio conocedor (y admirador) de la cultura alemana¹⁰, de sus raíces germánicas y de los filósofos contemporáneos. Por ello pudo, no justificar, pero sí comprender, la conjunción de corrientes filosóficas y de mitos pangermanos que, de una manera desviada y espuria, desembocaron en el nazismo, y en el terrible ejercicio de la crueldad que termina aniquilando al victimario junto con su víctima. *El Aleph* (1949)¹¹ incluye el relato "Deutsches Requiem", donde la Alemania nazi habla a través de Otto Dietrich zur Linde. Descendiente de militares y de un teólogo, formado tanto en un rígido sentido del deber, como en una refinada educación filosófica y estética, éste ha profesado especialmente dos pasiones alemanas por excelencia, "la música y la metafísica" (*OC*, 576).

¹⁰ Las referencias a Alemania como polo cultural, así como a autores alemanes, se hallan dispersas por doquier en la vasta obra borgeana, así como en múltiples entrevistas. Recordaré ahora en especial el poema "Al idioma alemán", de *El oro de los tigres* (1972).

¹¹ Todas las citas pertenecen a Borges 1974.

Ha sido devoto de Brahms, de Schopenhauer, de Shakespeare (devociones, sobre todo las dos últimas, indudablemente compartidas por el autor Borges); luego se incorporan a sus preferencias las filosofías de Nietzsche y de Spengler (que fueron manipuladas y descontextualizadas con el fin de apuntalar los fundamentos teóricos del nacionalsocialismo). Para convertirse en un perfecto soldado del Reich, zur Linde se obliga a destruir su ser verdadero y a construirse la máscara que concluye por devorarlo:

Poco diré de mis años de aprendizaje. Fueron más duros para mí que para muchos otros, ya que a pesar de no carecer de valor, me falta toda vocación de violencia. [...] Individualmente, mis camaradas me eran odiosos; en vano procuré razonar que para el alto fin que nos congregaba, no éramos individuos (577).

La guerra lo transformará en un mutilado físico y un mutilado espiritual, que sacrifica, en pro de la causa, hasta el último resto de su sensibilidad y su humanidad:

la piedad por el hombre superior es el último pecado de Zarathustra. Casi lo cometí (lo confieso) cuando nos remitieron en Breslau al insigne poeta David Jerusalem (578).

En ese *alter ego*, zur Linde, ya horriblemente metamorfoseado en torturador, destroza con saña sus propias sentimientos:

[...] si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad [...]. Yo agonicé con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable (579).

Su alienación final lo lleva a pensar que la derrota del Tercer Reich era necesaria, que Alemania debía ser borrada para que el mundo conociera la plenitud:

Se cierne ahora sobre el mundo una época implacable. Nosotros la forjamos, nosotros que ya somos su víctima [...]. Si la victoria y la injusticia y la felicidad no son para Alemania, que sean para otras naciones. Que el cielo exista, aunque nuestro lugar sea el infierno (581).

Zur Linde en la víspera de su ejecución se está despidiendo de la vida casi con las mismas palabras que el desdichado bibliotecario de Babel ("Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno", *Ficciones*, OC, 470) y como él añora

una justificación absoluta: el "libro total" al que aspira vanamente el hombre de Babel, es aquí el "sentido de la historia" que el militar alemán cree haber contribuido a forjar. En este relato estremecedor Borges logra plasmar y deplorar, mucho mejor que desde una tribuna específicamente política, la autoinmolación trágica de la alta cultura alemana y de sus mejores exponentes en aras del culto irracional de la violencia y la hipertrofia del poder.

Abel Posse, por su parte, que ya había indagado en *Los demonios ocultos* (1988) el costado menos conocido del nazismo, vuelve sobre el tema en *El viajero de Agatha* (1989), donde se narra el periplo de un SS, el orientalista Walther Werner (padre del héroe de la anterior novela), enviado al Tíbet en busca de un centro esotérico del Cosmos para consolidar a través de la captura de su fuerza inhumana y secreta, el poder alemán.¹² Como zur Linde, Werner es un hombre de inteligencia cultivada que se entrega a una causa perversa con fe patética, y con un peculiar ascetismo que lo lleva a todo tipo de luchas internas y de renunciaciones. Pero a diferencia de su compatriota borgeano, llega a comprender el error, e incluso, extremando su actitud, a renegar de toda la cultura de Occidente que le parece "una cultura rota", "una cultura histórica o de mitos muertos" (196). El nazismo se le revela así como el último avatar de la civilización judeo-cristiana, que corre frenéticamente por el camino erróneo en busca de una corriente vital perdida: "he sentido el *satori* de la banalidad del mal [...]. Todo lo nuestro no era más que una historia idiota. ¡El escándalo de un cretino borracho que corre pisoteando el jardín y gritando la palabra Renacimiento!" (219). Como en otros libros del autor, lo occidental es situado del lado de la "barbarie" y la alocada persecución del hacer y del poder, mientras que Oriente y América se hermanan en otra sabia *comprensión* posible: la experiencia del *estar* definida por Kusch: "Simplemente estar en el mundo: el ahorro de todos los daños y los dolores. La máxima incapacidad de nuestro temible 'Occidente'" (209).

5. Un "Infierno alemán" en el Buenos Aires de la vanguardia

No todas las evocaciones de Alemania y de los alemanes son en nuestra literatura tan graves y ominosas. En la novela *Adán Buenosayres* (1948)¹³ que constituye un hito en la narrativa argentina, Leopoldo Marechal, contemporáneo de Borges y de Oliverio Girondo, reconstruye la vida bohemia de los jóvenes vanguardistas en la década del veinte. Aparecen en ella, con otros nombres, sus compañeros de aventuras literarias, entre ellos un singularísimo personaje teutón, al que se denomina en el libro "el astrólogo Schultze". La

¹² Sobre este libro véase mi artículo de 1990.

¹³ Utilizo aquí la edición impresa en Buenos Aires, por Editorial Sudamericana, en 1970.

historia marechaliana le adjudica a este héroe todo tipo de hazañas físicas y metafísicas, artísticas y técnicas: desde la creación de un pentagrama de veintiocho notas, hasta la extravagancia de comerse un ramo de hortensias en una merienda, u olfatear a un verdulero dormido en el Mercado del Abasto, desde la visión anticipatoria del Neo-criollo (criatura con once sentidos, lengua de oso hormiguero y fosforescentes ojos giratorios) a la invención de unos ángeles cónicos que se dedicarían a "incubar" los barrios de la ciudad, y de un idioma adaptado a la idiosincrasia americana y pródigo en la creación de palabras nuevas con los restos de las viejas. Pero la obra cumbre del astrólogo alemán es sin duda un Infierno suburbano, parodia del Infierno dantesco, en cuyas espiras se dan cita todos los pecadores de Buenos Aires, incluidos los integrantes de la pandilla vanguardista. Schultze mismo, como "raro Virgilio" será el guía del penitente Adán en este Infierno que el astrólogo ubica exactamente debajo de un enorme ombú custodiado por una bruja en el campo de Saavedra, al Sur de la capital porteña. Recién en esta última parte de la novela, cuando Schultze se propone iniciar al joven Buenosayres en el periplo infernal, el narrador acomete un retrato del astrólogo, descripto entonces como "un cuerpo flaco de casi dos metros de talla, una cabeza de frente anchurosa y cabellos argentados, y un rostro severo que se resentía de cierta palidez terrosa comparable a la de los bulbos [...]" (407). Ni la edad, ni la naturaleza real o fingida de sus conocimientos o su virtud son calculables en puridad. La última conjetura apunta que acaso se trata del "humorista más luctuoso que hubiese respirado las brisas del Plata" (408).

Cabe señalar, por cierto, que este estrambótico demiurgo, mezcla de mago, de alquimista y de científico loco no fue sólo una ocurrencia graciosa y delirante de Leopoldo Marechal. El novelista se inspiró en un amigo de carne y hueso, que respondía al nombre de Alejandro Schultz Solari, exótico neocriollo él mismo, nacido en 1887, hijo de padre alemán y madre italiana, y que hoy día es considerado como uno de los pintores más importantes de nuestra vanguardia. Pero Schultz, o Schultze, que se dio a conocer en el terreno artístico con el seudónimo de Xul Solar (combinatoria de sus apellidos), no sólo se limitaba a pintar, y hasta la acusación de haberse comido un ramo de hortensias parece tener un fundamento cierto en su actitud durante un té en la casa de Borges, que le pareció demasiado frugal. Borges mismo, en un testimonio recogido por María Esther Vázquez, nos da de él una semblanza eficaz, que en poco o nada se diferencia de la que parece nacida de la fantasía marechaliana:

Podría decirse que Xul, místico, poeta y pintor, es nuestro William Blake. Fui a su casa — recuerdo — una tarde muy calurosa de verano y con muy poco tino le pregunté qué había hecho, como si en ese bochorno se pudiera hacer algo. Xul me contestó: 'Nada importante, después de almorzar, fundé doce religiones'. Xul era también un gran

filólogo y creó dos idiomas, la panlingua y el creol o neocriollo, que hacían innecesarias las demás lenguas [...]. Xul había ideado un piano circular y el Panajedrez, que era infinito y se jugaba combinando sonidos musicales y colores [...], le encantaba experimentar y como era un experimentador nato y había creado cosas espléndidas, trataba de hallar todas las combinaciones posibles entre los alimentos. Llegó a mezclar café negro con salsa de tomate (repugnante) o sardinas con chocolate (atroz). Quedaba perplejo al comprender que eran elementos incompatibles; las buenas combinaciones han sido ya inventadas. Nada podrá superar al café con leche [...] (Vázquez 1996, 106).

Y continúa por su cuenta María Esther Vázquez:

Xul aseguraba que era un ángel caído del cielo y que, por eso mismo, era inmortal y podía entrar en éxtasis y levitar en cualquier momento y lugar. [...] A tal punto había convencido a su mujer de su inmortalidad que cuando murió (tenía entre las manos un rosario de madera, hecho por él mismo) ésta, en medio de un mar de lágrimas, le susurró a Borges, en pleno velorio: "Se da cuenta qué papelón: morirse, él que decía que era inmortal" (ibid., 107).

En realidad, hoy podemos decir con justicia que Alejandro Schultz sí era inmortal. No sólo lo recordaremos siempre los argentinos como el pintor Xul Solar, numen de la vanguardia (que hasta inspiró otras empresas culturales recientes, como la revista literaria *XUL*), sino acaso sobre todo como su *alter ego* ficcional, el astrólogo Schultze, irónico y bondadoso, disparatado y sabio, que encarnó en su propia persona la originalidad de esa otra combinatoria de etnias y de culturas, de haceres y de saberes que constituye nuestra propia y múltiple identidad argentina, muy bien representada, entre otras figuras posibles, por este ingenioso "Neogogo" marechaliano capaz de trabarse en un duelo de coplas con una bruja criolla para abrir las puertas de nuestros cielos y de nuestros infiernos.

El itinerario recorrido nos llevó, pues, desde los ecos mediatizados de la literatura y el pensamiento alemanes en los primeros tiempos de la vida argentina independiente, hasta la impregnación esencial de nuestra propia literatura por poéticas y propuestas conceptuales de la cultura alemana. Esta encarnación deja de ser sólo virtual, literaria y metafórica, y se transforma en una realidad humana personal y viviente en figuras concretas y representativas de nuestro mundo cultural: Rodolfo Kusch, o Alejandro Schultz, hijos de alemanes, que también devolvieron a su tierra de nacimiento una mirada innovadora. No se limitaron a trasvasar, como asimilación pasiva, lo que seguramente traían en los genes y en su educación. No "germanizaron" el rincón de Latinoamérica

donde les tocó nacer. Dialogaron con él desde el bagaje recibido y escucharon la voz que se pronuncia por boca de ese Gliptodonte que en el *Adán Buenosayres* es la cómica representación del Espíritu de la Tierra. Un espíritu muy lúcido que desestima los *clichés* y los estereotipos, y mira más hacia el futuro que hacia el pasado, porque sabe que habita un espacio nacional a la vez antiguo y nuevo, un espacio humano diferente, construido — dice Marechal — "con elementos de destrucción, acarreados desde los ocho puntos del Globo hasta nuestras llanuras por el terrible y nunca dormido viento de la Historia" (*Adán Buenosayres*, 180).

Bibliografía

- Barrenechea, Ana María. 1959. Las ideas de Sarmiento antes de la publicación del *Facundo*. En: *Filología*. V, 3: 193-210.
- Béguin, Albert. 1946. *L'âme romantique et le rêve. Essai sur le romantisme allemand et la poésie française*. Paris: Corti.
- Biagini, Hugo. 1989. *Filosofía americana e identidad: El conflictivo caso argentino*. Buenos Aires: Universitaria.
- Borges, Jorge Luis. 1974. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé. [OC]
- Fernández, María Angela. 1961. El tema del hombre en Sarmiento. En: *Humanidades*. XXXVII, 2: 291-324.
- Keyserling, Hermann Alexander Graf von. 1933. *Meditaciones suramericanas*. Madrid: Espasa Calpe.
- Lida, Raimundo. 1940. Sarmiento y Herder. En: *Memoria del Segundo Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana*. Los Angeles, Cal.: 73-89.
- Lojo, María Rosa. 1985. *La poética neorromántica de Ernesto Sábato*. Buenos Aires: García Cambeiro.
- . 1990. El revés metafísico de la Historia. Notas sobre *El viajero de Agartha* de Abel Posse. En: *La Gaceta* (San Miguel de Tucumán), 18 de febrero.
- . 1997. *Sábato: en busca del original perdido*. Buenos Aires: Corregidor.
- Mansilla, Lucio Victorio. [1870] 1989. *Una excursión a los indios ranqueles*. Estudio posliminar de Julio Caillet-Bois. Buenos Aires: Emecé.
- Marechal, Leopoldo. [1948] 1970. *Adán Buenosayres*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana.
- Mármol, José. 1978. *Amalia*. Estudio preliminar de Alfredo Veiravé. Buenos Aires: Kapelusz.

- Modern, Rodolfo. 1994. *Franz Kafka: una búsqueda sin salida*. Buenos Aires: Almagesto.
- Piossek Prebisch, Lucía. 1981. Pensamiento filosófico de la Generación del '37. En: *Documentos de Trabajo*. Serie II. Centro de Historia y Pensamiento Argentino: UNT.
- Posse, Abel. 1988. *Los demonios ocultos*. Barcelona: Plaza & Janés.
- . 1989. *El viajero de Agartha*. Buenos Aires: Emecé.
- Sábato, Ernesto. 1970. *El escritor y sus fantasmas*. Buenos Aires: Emecé. [EF]
- . 1980. *Abbadón, el Exterminador*. Barcelona: Seix Barral. [AE]
- . 1980. *La cultura en la encrucijada nacional*. Buenos Aires: Sudamericana. [LCEN]
- Sada, Gabriel. 1996. *Los caminos de la filosofía en Rodolfo Kusch*. Buenos Aires: García Cambeiro.
- Vázquez, María Esther. 1996. *Borges: esplendor y derrota*. Barcelona: Tusquets.
- Verdugo, Iber. 1965. Introducción a *La Cautiva. El Matadero*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Villordo, Oscar H. 1988. Victoria Ocampo diez años después. En: *Cultura de la Argentina Contemporánea*. Año V, no. 30: 9-47.
- . 1994. *El grupo sur. Una biografía colectiva*. Buenos Aires: Planeta.
- Weinberg, Félix. 1977. *El Salón Literario de 1837*. Buenos Aires: Hachette.
- Wellek, René. 1962. *Historia de la crítica moderna (1750-1950): El Romanticismo*. Tomo II. Madrid: Gredos.

Presencia de la Cultura Alemana en la Literatura Peruana*

David Sobrevilla

A Rosa Helena Santos y Tony Ihlau

Escribir sobre la presencia de la cultura alemana en la literatura peruana exigiría una extensa monografía o un amplio libro. De allí que en esta exposición sólo podamos ocuparnos de los inicios de esta relación (1) y de algunos de sus momentos saltantes: la influencia de la cultura alemana en el Romanticismo peruano y sobre dos autores posteriores: Manuel González Prada y Manuel Nemesio Vargas (2), la relación de la cultura alemana con los fundadores de la tradición literaria peruana: José María Eguren y César Vallejo (3), con el destacado narrador indigenista José María Arguedas (4), con cuatro connotados escritores de la generación del 50: Jorge Eduardo Eielson y Manuel Scorza (5), Julio Ramón Ribeyro (6) y con Mario Vargas Llosa (7) y, finalmente, con un miembro sobresaliente de la generación del 60: Antonio Cisneros (8). Por último, realizamos una consideración final (9).

1. Los inicios

En América Latina y en el Perú no se tuvo mayor noticia de la cultura y literatura alemanas en la época de la Colonia sino sólo en la República, tal como escribe Estuardo Núñez:

En América Latina sólo empezaron a prosperar los gérmenes culturales no hispánicos después de la independencia, a través de las fuentes y versiones francesas. De este huerto cerrado que era Alema-

* Advertimos expresamente que en este artículo sólo trataremos de la presencia de la cultura alemana en la literatura peruana y no en la filosofía (tema que hemos estudiado en nuestro artículo "Relaciones entre la filosofía alemana y peruana", 1978) o en las ciencias sociales del Perú (por ejemplo en la crítica literaria). Además, que hemos concentrado nuestra atención en la presencia de la cultura alemana en algunas figuras fundamentales de la literatura peruana y no en todos sus actores esenciales o en otros menos importantes. En algunas de estas figuras de segundo orden incide el artículo de Núñez de 1976; así por ejemplo sobre la influencia de Thomas Mann sobre las novelas de Carlos Parra del Riego, *Sanatorio* (Lima 1938) o de A. Wagner de Reyna, *Como todo en la tierra — Los Villalta* (Lima 1962). Figuras esenciales a las que Núñez menciona, pero que aquí no hemos podido tratar son por ejemplo Sebastián Salazar Bondy y Alonso Alegría — en su teatro cree reconocer Núñez la impronta de Brecht. Núñez se refiere también a la influencia indirecta que habría tenido el expresionismo alemán sobre algunos indigenistas peruanos. Fuera de las figuras y movimientos estudiados por Núñez y por nosotros mismos se podría examinar muchos otros casos, como por ejemplo los de Juan Ojeda y José Morales Saravia.

nia para estos países, sólo llegaron los frutos a los que la crítica francesa daba paso con forzada condescendencia. Por eso sólo muy entrada la República, adquirimos la noción de lo que es la Alemania cultural o sea cuando la madurez de nuestros intelectuales permitió ver más allá y más dilatadamente el recortado panorama de cosas alemanas ofrecidas desde Lutecia, desde París. Por 1850 aparecen ya en revistas y periódicos de Lima y provincias, las primeras transcripciones de poesías y relatos alemanes. Son traducciones, anónimas a veces, o expresiones de literatura (como se llamaba entonces) "al estilo alemán", la balada alemana, cuentos, algunos de los cuales eran meras imitaciones un tanto convencionales, lo cual sucedía también con las expresiones de la literatura rusa o "a la manera de" los escritores rusos (1976, 215s).

Mas, escribe Núñez, la victoria de Prusia sobre Francia en la guerra de 1870/71 y la unificación subsiguiente de Alemania por obra de Bismarck, mediante la fundación del Segundo Imperio germano, hicieron crecer el prestigio de lo alemán en todo el mundo y, por cierto, en América Latina y con ello el de su literatura. Fue así como se produjo el fenómeno de su gran influencia en la literatura peruana más o menos desde esta época y hasta fines de siglo.

2. La influencia de la literatura alemana sobre el Romanticismo peruano: Manuel González Prada y Manuel Nemesio Vargas¹

El Romanticismo peruano está representado por una generación nacida más o menos hacia 1830. Entre sus miembros se hallan Carlos Augusto Salaverry (1830-1891), Ricardo Palma (1833-1919) y "Juan de Arona" (seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unánue, 1839-1895).

La gran figura de la literatura alemana que influyó sobre el Romanticismo peruano fue Heinrich Heine. Se lo puede comprobar del hecho de que el primer libro de versos del más importante de los románticos peruanos, Carlos Augusto Salaverry, se llamara precisamente *Diamantes y perlas* (1869), título que proviene de una línea del poema "Heimkehr" de Heine:

Du hast Diamanten und Perlen,
Hast alles, was Menschenbegehrt
Und hast die schönsten Augen —

¹ Muchos de los datos de esta sección proceden de los trabajos de Núñez de 1953 y 1976.

Mein Liebchen, was willst Du mehr?
(Heine 1972, 135)

Palma tradujo a Heine, pero, como desconocía el alemán, se sirvió de las versiones francesas de Gérard de Nerval. Así resulta que sus traducciones son más bien "Nachdichtungen" que se alejan notablemente del original, como se puede comprobar de su versión de "Doña Clara" del *Buch der Lieder*. En cambio, Juan de Arona conocía bastante el alemán, y además tuvo la ayuda de dos docentes germanos — Leopold Contzen y August Herz, quienes habían llegado al Perú para colaborar en la reforma de la educación. Arona tradujo no sólo a Heine sino también a Goethe, Schiller, Bürger y a Freiligrath. Las traducciones de Palma aparecieron reunidas en 1870 y las de Juan de Arona se publicaron en diferentes medios de expresión. Pero no sólo ellos traducían por entonces del alemán sino muchos otros escritores como José Mendiguren, Eugenio Larrabure y Alarco, Federico Flórez-Galindo y Modesto Molina.

No obstante, el gran traductor y promotor de la poesía alemana en el Perú fue un escritor posterior: Manuel González Prada (1848-1918). Prada provenía de una familia de rancia alcurnia. Como su padre estuvo con su familia desterrado en Chile, estudió en el colegio inglés de Valparaíso, donde aprendió bastante inglés y alemán. Luego de regresar a Lima en 1857, su progenitor tomó la decisión de que estudiara para seminarista. Pero Prada se fugó matriculándose en el Colegio de San Carlos. El año 1863 falleció su padre y al año siguiente abandonó el colegio, dedicándose a estudiar y a traducir por su cuenta. Luego de la derrota del Perú en la Guerra con Chile se encerró en una hacienda de su familia en Mala entre 1871-79, época en que siguió traduciendo y puliendo sus versiones. Tradujo muchos poemas del alemán; entre las versiones conservadas se encuentran: ocho de Goethe, trece de Uhland, cinco de Heine, tres de Kerner, tres de Chamisso, y poemas aislados de Schiller, Herder, Platen, Mörike etc.

Prada trabajó bastante sus versiones. No quería ofrecer traducciones literales sino congeniales, teniendo en cuenta la peculiaridad del verso español. Se lo puede comprobar comparando su versión eneasílaba de la balada del comienzo del tercer libro de los *Wilhelm Meisters Lehrjahre* ("Kennst du das Land, wo die Zitronen blühn..."):

¿Conoces, díme, la comarca
Donde florece el limonero?
(González Prada 1986, III, 6: 443s)

con la versión octosílaba, menos literal, pero mucho más hermosa:

¿Conoces, díme, la tierra
Donde crece el limonero? (Ibid., 337s)

Y se lo puede establecer también examinando su polémica con Juan de Arona sobre la traducción de la balada de Goethe "Erlkönig". Como resultado de la discusión corrigió su propia versión inicial, la de Juan de Arona, a Goethe y hasta a Herder². La lograda versión final de Prada comienza así:

¿Quién galopa a rienda suelta
Entre la sombra y el viento?
Es el padre que en sus brazos
Va llevando al hijo enfermo
Y en la angustiada carrera
le ciñe contra su pecho. (Ibid., 443s)

Pero Prada no sólo fue quien realizó las mejores versiones de poemas alemanes entre sus contemporáneos, sino que al hacerlas tenía una segunda intención. Se la advierte en su discurso en El Ateneo de Lima de 1885, en el que elogia exageradamente a Heine a la vez que critica con dureza a Palma — aunque sin nombrarlo — refiriéndose a quienes "traducen al Heine de las traducciones francesas". Y pregunta retóricamente a continuación y se responde:

[dichos traductores] ¿se penetran del espíritu germánico? Caminan a tientas, imitan i calcan por imitar; no merecen el calificativo de jermanistas o jermanizantes, sino de teutomaniacos. Sustituyen mal por mal: cambian el intimismo lacrimoso, degeneración d'Espronceda i Zorrilla, con el individualismo nebuloso, degeneración de Schiller i Heine (González Prada 1985, I, 1: 46).

Pero, ¿por qué tendría uno que compenetrarse del espíritu germánico y traducir por ejemplo baladas alemanas como Prada recomendaba? Del texto de este discurso se puede colegir la siguiente argumentación: el romanticismo peruano es una mala copia del español y éste del alemán. La única excepción es Becquer, que también imita el modelo germánico, pero sin perder su individualidad. Se debe traducir e imitar las baladas alemanas, porque contienen un elemento objetivo que puede compensar el elemento subjetivo del romanticismo. En este sentido Prada recomendaba:

² La Balada de Goethe se remite a la de Herder "Erlkönigs Tochter". Herder había confundido la palabra danesa "ellerkone" (Elfenweib) del original en que se apoyó con "ellerkonge" (Elfenkönig). Los detalles se los puede leer en Núñez 1976, 221ss.

¿Por qué los germanistas castellanos no aclimatan en su idioma el objetivismo alemán? ¿Por qué no toman el elemento dramático que predomina en las baladas de Bürger, Schiller, Uhland i muchas del mismo Heine? Ya que nuestra poesía carece de perspectiva, relieve, claroscuro ¿por qué los poetas no estudian la forma arquitectónica, escultural, pictórica i musical de Goethe? Sí, Goethe, a pesar de su frialdad marmórea (frialdad explicable por el dominio del ingenio sobre la inspiración), tiene la avasalladora fuerza del ritmo, i en sus versos parece realizar imposibles, como una arquitectura en movimiento, como una música petrificada, como una pintura con palabras (ibid. I, 1: 46s).

Pasando del dicho al hecho, Prada se esforzó por incorporar las baladas alemanas a la literatura peruana: las escribió con temas peruanos y además con otros temas generales. No obstante, no tuvo suerte con su propuesta: la balada es un género literario que no se ha integrado a la literatura peruana haciendo allí el efecto de un cuerpo extraño.

Otro intelectual peruano que tradujo del alemán por aquella época fue el historiador Manuel Nemesio Vargas (1849-1921). Vertió el *Laokoon* de Lessing (traducción publicada en Lima en 1895) y *Emilia Galotti* (Lima, 1896). Una peculiaridad de la primera traducción, que es bastante fiel al original, es que, como el original alemán lleva numerosas citas en griego, latín, francés, inglés e italiano, Vargas empleó para las citas versiones españoles ya existentes (como las de Ignacio Luzán de Safo y la de Gómez Hermosilla de Homero), e hizo traducir otras citas a renombrados intelectuales peruanos de la época. La versión fue pues un verdadero *teamwork* de la época. Que sepamos estas versiones realizadas por Vargas de Lessing son casi las únicas hechas en América Latina de este autor en el siglo XIX.

3. La irradiación de la literatura y cultura alemanas en los fundadores de la tradición literaria peruana: José María Eguren y César Vallejo

A principios de siglo aminoró en Perú el interés por traducir de la literatura alemana. Y, sin embargo, la semilla arrojada dió sus frutos: las traducciones y propuestas realizadas proporcionaron a la poesía y literatura peruanas un impulso considerable. Se lo puede comprobar examinando el caso de José María Eguren (1874-1942).

Eguren es — junto con César Vallejo — uno de los fundadores de la literatura peruana contemporánea. Su poesía representa el inicio de una expresión propia y el final de la mera repetición. Fue el instaurador de una línea del lenguaje poético en el Perú: la tradición de la así llamada *poesía pura* — la

otra, la de la *poesía social* se encuentra representada paradigmáticamente por César Vallejo — quien también hizo poesía pura con *Trilce*.

Eguren se construye un mundo propio y personal empleando diversos medios, por ejemplo algunas figuras de la mitología germánica y, en general, de la mitología nórdica: ondinas, valquirias, Odín etc. La cultura alemana lo proveía así de símbolos para su poesía. Este es el caso del poema "La Walkyria" de su primer libro *Simbólicas* (1911):

LA WALKYRIA

Yo soy la walkyria que, en tiempos guerreros,
cantaba la muerte de los caballeros.

Mis voces oscuras, mi suerte lontana
mis sueños recorren la arena germana.

[...]

Soy flor venenosa de pétalo rubio,
brotada en la orilla del negro Danubio.

Y no desventuras mi faz manifiesta;
mi origen no saben los cantos de gesta.

Y sé las ideas funestas y vagas;
y el signo descubro que ocultan las sagas.

Yo soy la que vuelvo contino las fojas
del mal: las azules, las blancas, las rojas.

Sin tregua contemplo la noche infinita;
me inclino en la curva de ciencia maldita.

Y dando a mi cielo tristísima suerte,
camino en el bayo corcel de la muerte.

(Eguren 1974, 22s)

Valquiria significa en las primitivas lenguas germánicas "la que elige a los muertos". En la mitología germánica y escandinava su función es escoger a los caídos en los combates y llevar sus almas al paraíso de Odín (Borges). Eguren es un poeta simbolista que emplea diferentes aspectos de la imagen de esta

figura mitológica, para representar mediante la valquiria, que tiene una faz muy hermosa, a la enviada de la muerte. Logra esta representación mediante algunas alusiones y un lenguaje que en este libro todavía conserva muchos elementos modernistas.

Eguren es uno de los pocos poetas peruanos que siguió los consejos de González Prada en su discurso del Ateneo de Lima: compuso baladas. En su obra posterior rechazó el lenguaje y la musicalidad del modernismo ensayando reemplazarlos con una rítmica muy pensada y sobria.

La otra gran figura tutelar de la poesía peruana es César Vallejo (1892-1938). Vallejo sólo estuvo de paso en Alemania y visiblemente no hay en su obra (última) una influencia de la literatura sino del pensamiento alemán: de Marx con su filosofía y su idea de la dialéctica y, en sus textos últimos, de Feuerbach.

La presencia de Marx y Feuerbach en Vallejo es evidente en el poema "En el momento en que el tenista", donde el poeta los menciona nominalmente:

En el momento en que el tenista lanza magistralmente
su bala, le posee una inocencia totalmente animal;
en el momento
en que el filósofo sorprende una nueva verdad,
es una bestia completa.
Anatole France afirmaba
que el sentimiento religioso
es la función de un órgano especial del cuerpo humano,
hasta ahora ignorado y se podría
decir también, entonces,
que, en el momento exacto en que un tal órgano
funciona plenamente,
tan puro de malicia está el creyente,
que se diría casi un vegetal,
¡Oh alma! ¡Oh pensamiento! ¡Oh Marx! ¡Oh Feuerbach!

(Vallejo 1991, 488)

Aunque en detalle existen diversas dificultades para la interpretación de este poema, su sentido parece ser claro: actos como los deportivos (el lanzamiento de su bola/bala por un tenista), intelectuales (el descubrimiento de una nueva verdad por un filósofo) o religiosos (la percepción de lo santo) no tienen en sí nada de "espiritual" (¡Oh alma! ¡Oh pensamiento!) sino que son el producto de una función puramente material (animal o vegetal) como sostuvieron Feuerbach y Marx.

Como he tratado de mostrar en mi amplio artículo "César Vallejo y el marxismo" (1994a), el poeta peruano se aproximó al marxismo entre 1926 y 1927, y luego su adhesión se produjo en varias etapas (trotskysta: 1928 — set. de 1929, estalinista: set. de 1929 y enero de 1932, distanciamiento del estalinismo: feb. de 1932 y julio de 1936; y período de la formulación de una de las grandes "nebulosas políticas en la naturaleza humana"). Vallejo llegó a hacer un estudio bastante detallado del marxismo y hasta a dictar clases al respecto en España en 1931 (cf. Meneses 1988).

El acercamiento y adhesión de Vallejo al marxismo dió lugar a que concibiera el proyecto de elaborar una poesía genuinamente marxista, lo que trató de realizar en *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*: una poesía nacida de una experiencia directa del socialismo y con el claro empeño de construir una poesía antihedonista, matérica y profundamente humana, es decir, que no concibe más al ser humano como tradicionalmente se lo había hecho: como un compuesto de alma y cuerpo, sino como un conjunto de funciones físicas y necesidades.

En cuanto al papel de la dialéctica en la vida en general y en su propia poesía, Vallejo escribe este apunte hacia el final de sus días:

Una visita al cementerio el domingo 7 de noviembre de 1937, con Georgette. Conversación empieza con el egoísmo de G. — dialéctica del egoísmo-altruísmo. — Pasamos a la dialéctica en general. Aludo a Trilce y su eje dialéctico de orden matemático -1-2-0- "Escalas": o instrumento y conocimiento: el rigor dialéctico del mundo objetivo y subjetivo. Su grandeza y su misterio o impotencia.

Me refiero a Hegel y Marx, que no hicieron sino descubrir la ley dialéctica. Paso a mí mismo cuya posición rebasa la simple observancia de esta ley y llega a cabrearse contra ella y llega a tomar una actitud crítica y revolucionaria delante de este determinismo dialéctico. [...]

Llegamos al cementerio recitando mi verso: "Ser poeta hasta el punto de dejar de serlo" y el otro "la cantidad enorme de dinero que cuesta ser pobre" (Vallejo 1973, 99s).

Por lo demás, en la última poesía vallejjiana hay una dialéctica sin síntesis, como en su poema "Yuntas":

Completamente. Además, ¡vida!
Completamente. Además, ¡muerte!

Completamente. Además, ¡todo!
Completamente. Además, ¡nada!

Completamente. Además, ¡mundo!
Completamente. Además, ¡polvo!

Completamente. Además, ¡Dios!
Completamente. Además, ¡nadie!

Completamente. Además, ¡nunca!
Completamente. Además, ¡siempre!

Completamente. Además, ¡oro!
Completamente. Además, ¡humo!

Completamente. Además, ¡lágrimas!
Completamente. Además, ¡risas!

¡Completamente!

(Vallejo 1991, 687)

Una excepción es el "Himno a los voluntarios de la República" de *España, aparta de mí este cáliz*, donde la oposición "vida/muerte" se supera a través del "matar a la muerte" que genera la vida verdadera.

La influencia de Feuerbach sobre Vallejo se la puede notar en sus cuentos últimos (1935-36) y en sus artículos finales. Los cuentos últimos han sido estudiados por Eduardo Neale-Silva, quien encuentra en ellos no una historia tradicional con una cierta trama argumental, sino estampas en las que el cuentista busca colocar al hombre y a la naturaleza en el centro de las narraciones. Por ejemplo en "El niño del carrizo" Vallejo configura una estampa con un claro sabor secularizador, por analogía a como en el pasado se pintaban cuadros con el título de "La virgen de la paloma" o con títulos semejantes. Eduardo Neale-Silva escribe sobre el particular:

Ninguna duda cabe de que en la estampa se esboza un mundo religioso natural, entretejido con datos antropológicos, botánicos, zoológicos y geográficos. Ya hemos dicho que el título recuerda a composiciones de temas religiosos, pero esta vez no hay Virgen sino un ser humano primitivo y, en lugar de una paloma eucarística, hay sólo un producto de la tierra, un carrizo. En el cuerpo de la estampa se entrevé una especie de catedral selvática hecha de *verdes vertientes* y

jirones de pálida niebla en que resuenan valiosas oraciones. Allí crece un carrizo de mística unción, ante el cual la fauna permanece en un éxtasis subconciente. La espesura misma es, según el poeta, un cañaveral sagrado (1987, 313).

La influencia de Feuerbach sobre Vallejo también se pone de manifiesto en sus artículos finales como en "El hombre y Dios en la escultura incaica" (1936). En él Vallejo trata de la escultura incaica (en realidad, de la precolombina) como habiéndose producido en ella una evolución histórica que iría de la representación teomórfica dominante en sus inicios a la autonomización de la representación humana al final. El proceso histórico de la escultura precolombina peruana la parece testimoniar al poeta peruano el paso de realizaciones plásticas dominadas por la imagen de Dios a otras en las que poco a poco va apareciendo la figura humana en forma cada vez más independiente. Se trata de un proceso paulatino de creciente hominización de la escultura precolombina. Pues bien, con independencia de los errores arqueológicos en los detalles de este artículo, nos parece evidente que para escribir este ensayo Vallejo tuvo presente el conocido planteamiento de Ludwig Feuerbach según el cual la religión va cediendo lentamente su lugar a la antropología dentro de la historia humana (cf. Sobrevilla 1994a y 1994b, esp. 300s y 324-327).

Mediante la influencia de estas ideas de Marx y Feuerbach, Vallejo trató de constituir una literatura genuinamente marxista, atravesada por la dialéctica, materialista y centrada en el hombre.

Pero, más allá de estas ideas hay entre la literatura de Vallejo y una parte de la literatura alemana, un parentesco sorprendente: ambas son de carácter expresionista. El primero en advertir claramente el expresionismo de la poesía vallejiiana y su parentesco con la poesía alemana fue Estuardo Núñez en una fecha tan lejana como 1938:

Vallejo capta una inquietud cósmica que tiende a lo expresivo, a recoger y ofrecer de la realidad circundante el sentido humano de las cosas. En él se sustituye la anécdota pensada por la experiencia humana, la satisfacción de la dulce confidencia por el retrato del dolor ajeno. Coincidía pues perfectamente con los lineamientos generales del movimiento germano [...]. La de Vallejo resultó [...] verdadera poesía expresionista. Descubre los colores de la paleta para ofrecer sólo los tonos grises y gredosos. Desdénaba la palabra auditivamente agradable, para ofrendarnos las que tajan, conmueven y definen. Su desgarrado acento humano, su tácita protesta contra la injusticia de los explotadores del indio, su realismo intenso, el patetismo intencionado, la enunciación simple y sencilla de sus palabras liberadas definitivamente de la tiranía del período ampuloso, el senti-

do mágico y humanitario que comunica a la palabra, lo encuadra a mi parecer en esa corriente literaria (Núñez [1938] 1994, 95s).

Posteriormente Roberto Paoli ha insistido en el carácter expresionista de la poesía vallejana.

4. José María Arguedas

La investigadora Carmen María Pinilla ha sostenido que en el gran narrador indigenista José María Arguedas (1911-1969) no sólo que se puede acreditar una notable influencia de Wilhelm Dilthey, sino que ella permite comprender mucha de su narrativa y hasta el fundamento de su proyecto de escritor (cf. Pinilla 1994).

Según Pinilla Arguedas habría llegado a Dilthey a través del arqueólogo peruano Jorge C. Muelle (1903-1974). Muelle había estudiado en Berlín con Max Uhle (entre 1936-1938) y tenía comprensiblemente un gran aprecio por la cultura alemana. Muelle fue Director del Museo Nacional, cargo que sería ocupado posteriormente por Arguedas. La biblioteca del Museo adquirió en 1946 casi todas las obras de Dilthey traducidas y publicadas por el Fondo de Cultura Económica de México. Pues bien, dichos libros han sido cuidadosamente leídos y subrayados, y Pinilla no excluye que haya sido el mismo Arguedas quien los subrayó (87). En todo caso, el año 1953 Arguedas escribió el artículo "La sierra en el proceso de la cultura peruana" en el que, apoyándose en Dilthey y Linton, el autor argumentaba la necesidad de "mirar lo indio y lo andino para enriquecer la cultura peruana y dirigir hacia ello el destino del país" (92).

Resumiendo sus puntos de vista sobre la influencia de Dilthey sobre Arguedas Pinilla escribe:

Sucede que nuestro escritor encontró en Dilthey la fundamentación de todos sus puntos de vista acerca de la correspondencia entre él y su pueblo, entre sus vivencias y las de su mundo social. Encontró la fundamentación respecto al valor de su experiencia individual, experiencia que es a la vez un conocimiento profundo de la realidad objetiva, y que tiene, por lo tanto, valor objetivo. Resulta así que Arguedas encuentra los fundamentos para sostener que la realidad de sus recuerdos es, ni más ni menos, que la realidad exterior. Esto significaba que todo lo ya expresado en sus obras era la misma realidad exterior de la que hablaba Dilthey. Con tal constatación, su testimonio de vida alcanzaba un valor objetivo y universal. Pero encontró también, en Dilthey, la fundamentación de la importancia

de su proyecto de escritor. Dilthey destacaba las "repercusiones" que la obra artística ejercía en la sociedad (a través de la creación y de la expresión), modificando y configurando el mundo exterior. Ya vimos que precisamente, era ese el objetivo perseguido por Arguedas al escribir: "golpear" en la conciencia del lector y modificar la sociedad (94).

Añadamos que el año 1962 Arguedas viajó a Alemania para participar en el "Primer coloquio de escritores latinoamericanos y alemanes" de Berlín organizado por la revista *Humboldt*. Sobre las vivencias del viaje en Alemania misma le escribe, probablemente en setiembre de ese año, a su psicoanalista Lola Hoffmann:

Ayer navegué sobre el Rhin. Hubiera deseado hacerlo de rodillas. Era un dios, un dios grande. Todo lo que la civilización ha hecho por encubrir su divinidad no ha logrado sino exaltar su aire, su profundidad mítica. Es tan dios como el Apurímac o el Wilcamayo. Después he visto esta ciudad³. Y ahora le escribo de Rottenburgo. — Anoche ensayaba el organista en la catedral. No sé que me reveló más estéticamente, si Dios o la santidad del ser humano (Arguedas 1996, 90).

5. Rilke, Brecht y Enzensberger en Eielson y Scorza

A mediados de los años 50, Mario Vargas Llosa realizó una serie de entrevistas a narradores peruanos. Estudiando sus respuestas se puede llegar a determinar que por entonces los autores en lengua alemana preferidos en el Perú eran Kafka y Rilke, y que luego venían Goethe, Heine, Thomas Mann y otros más (cf. Rodríguez Rea 1996, 54s).

En este apartado quisiéramos referirnos a la influencia alemana sobre dos escritores de la generación del 50. Consideremos en primer lugar la de Rilke sobre el temprano poemario *Reinos* (1945) del más importante de los poetas de la generación del 50, Jorge Eduardo Eielson (Lima, 1924). Nos apoyaremos en parte en el artículo de Ricardo González Vigil: "Eielson: doble reino" (1974).

A partir de las *Elegías Duinesas* Rilke consideró que el poeta no debía separar el reino de la vida del de la muerte sino moverse en ambos como lo hacen los ángeles:

³ Los editores de las cartas coligen que debe tratarse de Wurzburg.

La afirmación de la vida y la afirmación de la muerte se muestran como una sola cosa en las "Elegías". Admitir la una sin la otra, sería, como aquí se hace la experiencia y celebra, una limitación que, finalmente, excluiría todo lo infinito. La muerte es el lado de la vida que no da hacia nosotros, el lado que no nos está iluminado: debemos intentar la máxima conciencia de nuestro existir, que mora en ambos dominios ilimitados y se nutre inagotablemente de ambos. [...] La verdadera forma de la vida cruza a través de ambos dominios, y la sangre de la circulación máxima se abre paso a través de ambos: no hay ni un aquende ni un allende, sino la gran unidad, en que tienen su morada los seres que nos sobrepujan, "los ángeles" (Rilke 1971, 1451s).

Rilke prosiguió estas ideas en los *Sonetos a Orfeo* donde el cantor aparece como ensalzando y glorificando este mundo, pero a la vez como enlazándolo con el otro, el de la muerte, ya que "De ambos reinos creció su ancha naturaleza" (Soneto VI de la Primera Parte, *ibid.*, 833). Por ello Rilke manifiesta:

Sólo en el doble reino
se volverán las voces
eternas y suaves.
(Soneto IX de la Primera Parte, *ibid.*, 837)

El joven Eielson recogió esta idea de los dos reinos, aunque elaborándola a su manera:

Amo cierta sombra y cierta luz que muy juntas, creo yo, azulan
Las casas profundas de los muertos, amo la llama
Y el cabo de la sangre, porque juntas son el mundo
Y hacen de mí un muro que separa la noche del día.

Este es el inicio del poema "Nocturno terrenal", que no en vano lleva un epígrafe de Rilke: "Te he buscado, Tesoro,/ he cavado en las noches profundas" (cf. Eielson 1976, 25).

Las diferencias entre Rilke y Eielson en este poemario, estriban en que en éste el poeta peruano daba más importancia al reino de los muertos que al de los vivos, acogía elementos de la Biblia y realizaba una serie de elecciones personales peculiares (cf. González Vigil 1974).

Otro miembro de la generación del 50 que muestra una apreciable cercanía a la literatura alemana en algunos de sus poemas es Manuel Scorza (1928-1983), quien pertenece a la línea social de la poesía peruana. En sus primeros

poemas hay una clara influencia de Brecht en el tono, así por ejemplo en "Epístola a los poetas que vendrán" de su libro *Las imprecaciones*:

Tal vez mañana los poetas pregunten
por qué no celebramos la gracia de las muchachas
tal vez mañana los poetas pregunten
por qué nuestros poemas
eran anchas avenidas
por donde venía la ardiente cólera.

Yo respondo:
por todas partes oíamos el llanto,
por todas partes nos sitiaba un muro de olas negras.
¿Iba a ser la Poesía
una solitaria columna de rocío?
Tenía que ser un relámpago perpetuo.

Mientras alguien padezca,
la rosa no podrá ser bella; [...]

(Scorza 1990, 17)

En sus últimos años Scorza anudó una amistad con Hans Magnus Enzensberger, muy admirado en el Perú no sólo por su calidad poética sino por su versión de Vallejo al alemán. Al poeta y traductor alemán le dedicó Scorza su poema "Lástima que Hans Magnus Enzensberger no esté en Collobrieres" (1973), que concluye así:

Lástima, Hans Magnus,
que no estés con nosotros
mordiendo no duraznos sino enigmas,
o recorriendo tu infancia
o mi infancia
o simplemente oyendo el viento
el viento que se llevará las murallas, los
hombres, las bestias, las palabras, los sueños.

(Ibid., 185)

Con el verso "mordiendo no duraznos sino enigmas" Scorza apunta a la conocida agudeza del pensamiento de Enzensberger.

6. Julio Ramón Ribeyro

Julio Ramón Ribeyro (1929-1994), miembro conspícuo de la generación del cincuenta y el mayor cuentista peruano contemporáneo, pasó dos largas temporadas en la República Federal de Alemania: en Munich (1955-56) y en Berlín — y fugazmente en Hamburgo y Francfort del Meno (1957-58). Asimismo asistió a un encuentro de escritores en Berlín en 1965.

Durante su temporada muniquesa, Ribeyro gozó de una beca para estudiar filología románica e intentó aprender alemán, lo que al parecer sólo logró muy imperfectamente. En cualquier caso, el 14 de diciembre de 1955 anota que cada vez se interesa menos por el alemán, pues lo encuentra muy complicado; y que le parece excesivo que para aproximarse a los escritores germanos que lo atraen pretenda leerlos en su idioma, cuando lo puede hacer en las excelentes traducciones francesas⁴. Por esa época no había definido todavía su vocación de escritor, por lo que una vez se pregunta si no sería más bien su destino ser un crítico (*TF.DP* I, 104), pregunta a la que lo llevan sus lecturas de críticos renombrados y la influencia del crítico peruano Alberto Escobar, por entonces en Berlín (*ibid.*, 114). No obstante, en esta temporada Ribeyro empieza su primera novela *Crónica de San Gabriel* — que por entonces se llamaba *Crónica de un reino perdido* — y redacta algunos cuentos, con lo que su vocación de escritor se iba a afirmar.

En Berlín estuvo Ribeyro desde noviembre de 1957 a abril de 1958 aprendiendo en la casa Rotaprint fotomecánica a color — oficio que había iniciado en Bélgica en abril de 1957 en la fábrica Gevaert, a sugerencia de su amigo Paul Schneidewind.

La estadía del autor en Munich fue bastante más feliz que en Berlín, aunque escribe que hacia 1957 ésta era "una de las ciudades más interesantes del mundo" (*CJA* I, 149), pese a las huellas de la destrucción que todavía exhibía. Las razones son fáciles de colegir: en Munich disponía Ribeyro de una beca y gozó de la compañía de Alberto y Betty Escobar, de Wolfgang A. Luchting y su esposa — Ribeyro había conocido a Luchting en París en 1954 y en Munich se reencontraron y decidieron intercambiar clases de español y alemán (cf. Ribeyro 1975a, 55s); posteriormente Luchting ha escrito crítica literaria sobre la obra ribeyriana (1971), — de Lucho Loli, de José García Bryce, y del apoyo económico y/o moral de viajeros de paso como su tío Carlos Ferreyros o sus amigos Paul Schneidewind (*TF.DP* I, 126) y Paco Pinilla (*ibid.*, 132). Además los patrones de su primera casa fueron muy acogedores con él y tenía una buena habitación (*CJA* I, 83 y 90; *TF.DP* I, 106 y 124). En cambio, en Berlín

⁴ Cf. Ribeyro 1992, 110 (en adelante *TF.DP*, I); también 1996, 84 y 99 (en adelante *CJA* I). El segundo tomo de *TF.DP* comprende los años 1960-1974 y apareció en 1993 y el tercer tomo va de 1975 a 1978 y salió en 1995.

se encontraba cansado, aburrido y muy solitario (TF.DP I, 195) — pese a su *affaire* con una alemana gorda de nombre Gisela (TF.DP I, 195), que evoca con toda claridad veinte años después (TF.DP III, 173-176).

La imagen personal que de Alemania y los alemanes ofrece Ribeyro entre 1955 y 1958 es la siguiente: aunque a veces aprecia el orden alemán (CJA I, 84), otras lo encuentra intolerable (TF.DP I, 108); ignora totalmente el "alegre carnaval de Munich" (TF.DP I, 116); estima que la reconstrucción de Berlín es en 1957 todavía un mito, por la cantidad de ruinas que aún existen (CJA I, 149); contrapesa las ventajas y desventajas del sector norteamericano y soviético de Berlín (CJA I, 150); reflexiona sobre cómo la lengua alemana configura el carácter que atribuye a los alemanes (seco, reservado, tímido, orgulloso, económico, (TF.DP I, 198s)); se sorprende de cómo hay alemanes que conjugan el fascismo, militarismo, admiración por Hitler y una opción por las dictaduras con la erudición y el amor a los pájaros (TF.DP I, 200s).

Cuando en 1978 Ribeyro confecciona una lista de libros que se llevaría a una isla desierta — una suerte de canon de la cultura universal —, consigna a los siguientes alemanes por géneros: novela: Musil, Kafka; teatro: Brecht, Goethe; filosofía: Heidegger; diario, autobiografía o memorias: Jünger, Kafka; ciencias sociales: Marx, Freud; marginalia: Jünger (TF.DP III: 195s). Refirámonos sólo a la admiración del escritor peruano por Goethe, Kafka, Brecht, Musil y Jünger, y agreguemos a estos nombres el de Thomas Mann.

En relación a Goethe, Ribeyro le recomienda a su hermano Juan Antonio en marzo de 1956 que se compre las *Conversaciones con Eckermann*; y deplora que alguien se haya llevado y no le haya devuelto su edición española del *Fausto*. Leyendo a Eckermann sostiene que se puede llegar a la conclusión de que Goethe no escribió su tragedia con una idea preconcebida, y propone dos investigaciones posibles sobre el *Fausto*: 1) genética, y 2) la de la tradición hermenéutica sobre el *Fausto*. No obstante, afirma que no le interesan ni Goethe ni los temas faústicos (CJA I, 97s).

Años después, en 1961, sostiene que hay pocos que, como Goethe, soportan con grandeza, serenidad y optimismo la vejez (TF.DP I: 26).

Desde el punto de vista del teatro, el autor alemán que probablemente más le interesaba a Ribeyro fue Brecht. De hecho, el escritor peruano le comentaba a W. A. Luchting en una carta de 1969, que el sueño del personaje principal de su obra *Santiago, el pajarero* ([1958] 1975) de poder volar forma parte de una vieja tradición, que se la puede encontrar por ejemplo en el sastre de Ulm del poema de Brecht de este título ("Der Schneider von Ulm", 1934). E irónicamente le preguntaba: "¿no te parece una extraña coincidencia?" (cf. la carta en Luchting 1971, 136).

Pero los autores de lengua alemana que más han dejado su huella en Ribeyro son los narradores Franz Kafka y Robert Musil (quien como se sabe es aus-

tríaco), y Ernst Jünger — por sus diarios. La influencia general de Kafka es muy visible en los cuentos del peruano: en ambos los personajes son perdedores, desarraigados, *outsiders* — palabra que usa Luchting. Pero además hay una lección de Kafka sabiamente asimilada por Ribeyro: la de la "lógica del absurdo" que enseña muchos de sus relatos — según Luis F. Vidal la cuentística ribeyriana se puede dividir en tres géneros: relatos evocadores de su infancia, relatos fantásticos con influencia kafkiana y borgeana y relatos sociales. Un caso prototípico de cuento de tipo kafkiano es "La insignia" (1951 ó 1952)⁵, donde el protagonista llega a convertirse en el Presidente de una sociedad cuyo sentido y funcionamiento no comprende.

Por lo demás Ribeyro era plenamente conciente de que, a despecho de todas las evidentes diferencias culturales, tenía con Kafka un parentesco espiritual innegable:

Con Kafka, a pesar de las cosas superficiales que han dicho algunos críticos, y que versan sobre asuntos formales o ambientales, hay otro canal de contacto, que va mucho más lejos y que debe anotarse en el capítulo de una misma hermandad espiritual, esa hermandad de la que habla Proust y que no tiene nada que ver ni con la ideología ni con la biografía, una hermandad en suma que se integra en el orden de la sensibilidad, sin que para expresarse esa hermandad utilice los mismos símbolos. Kafka es mi hermano, siempre lo he sentido, pero el hermano esquimal, con el cual me comunico a través de señas y ademanes, pero entendiéndonos (*TF.DP* II, 172).

Sobre su toma de conocimiento de Musil escribe en 1964:

La lectura de Musil me ha hecho un poco de daño, pues me reconcilia con el "estilo literario" del cual había tomado la resolución, cuando terminé mi novela, de apartarme. Pero como le decía a mi hermano en mi última carta, ese camino es el más difícil, puede sólo ser justificado por la "perfección" (*TF.DP* II, 79).

Lamentablemente, la carta a la que Ribeyro se refiere aún no ha sido publicada.

Los *Diarios 1939-40* de Ernst Jünger los leyó el escritor peruano tempranamente, en 1957, quedando de inmediato fascinado, porque en ellos el autor alemán no habla de sí mismo, o lo hace sin coquetería, observando el mundo con la frialdad de un entomólogo, tomando la guerra como inevitable e in-

⁵ Actualmente en: Ribeyro 1993, 101-108.

cluyendo escenas deliciosas — como leer a Herodoto mientras las bombas estallan a su alrededor (*TF.DP* I, 180). Posteriormente, Ribeyro releyó los *Diarios* mencionados o, probablemente, su continuación, en 1961 y 1977, comparándolos en esta última oportunidad con los de Paul Léautaud y comprobando las comunidades (falta de rencor hacia el pueblo antagonista y amor a los animales) y diferencias (Jünger es un humanista, un hombre de mundo, un aventurero y un soldado, mientras que a Léautaud sólo le interesaba su estrecha vida de escritor). La conclusión lapidaria es: "Superioridad de Jünger" (*TF.DP* III, 114s).

Por lo demás, de Jünger proviene la expresión "caza sutil" — que el escritor alemán empleaba para designar la caza de insectos — con la que Ribeyro designó su recopilación de ensayos y artículos de crítica literaria (cf. *La caza sutil*, 1975a) — característicamente este libro no contiene un solo artículo sobre ningún escritor alemán sino sólo sobre un eminente crítico germano, "Ernst Robert Curtius y la literatura francesa" (33-39) y un epílogo al libro de Wolfgang A. Luchting *Pasos a desnivel* (55-61).

Finalmente, sobre Thomas Mann escribió Ribeyro en Munich en 1955 un artículo (*TF.DP* I, 104), que envió a Lima con una foto del novelista alemán a la revista *El Mundo*, pero que no fue publicado por ésta (*CJA* I, 91s). Ribeyro le pidió a su hermano recogerlo y entregarlo al "Suplemento Dominical" del diario *El Comercio*, pero se debe haber perdido, pues no figura en los "Apuntes para una bibliografía de Julio Ramón Ribeyro" de Luis Fernando Vidal (en Ribeyro 1975a, 159-167).

Por cierto, además de estos autores alemanes Ribeyro menciona en su *Diario personal* a otros que lo atraían: Hölderlin (*TF.DP* I, 110 y 197), Nietzsche, Hofmannsthal (110), Rilke (233), Hesse (110) — del que en 1977 quería conseguir todas sus obras principales (*TF.DP* III, 139) —, Broch (*TF.DP* II, 147), entre otros — esta lista puede ampliarse o variar conforme vayan apareciendo los tomos faltantes del *Diario personal* del escritor peruano.

Me parece interesante mencionar dos conversaciones con el joven alemán Jan Hartmann, aprendiz de escritor, en la Agencia France Press en agosto y noviembre de 1969, que Ribeyro registra. Nuestro autor encontraba que los jóvenes europeos y norteamericanos entre los 25 y 35 años menospreciaban precisamente aquellas cualidades que los escritores de unos 40 años, como el mismo Ribeyro en ese momento, estimaban: la ironía, una prosa cuidada, el distanciamiento frente al mundo, el humanismo entendido como una cierta tolerancia. Y que además tenían a menos a autores como a Mann, Musil, Hofmannsthal, Broch, y hasta a escritores más jóvenes como a Peter Weiss, Enzensberger o Grass, criticando a éstos como a figuras "establecidas":

En el fondo, lo que estos jóvenes admiran es una literatura aliteraria, que no reconozca géneros, ni estilos, ni cuidado, ni inteligencia. Su obsesión es el lenguaje *parlé*, viviente, es la ruptura de toda convención [...]. Aman lo directo, concreto, espontáneo e *imagé*. En realidad esta reacción me parece saludable, válida y fecunda [...]. Sólo veo una objeción a su manera de concebir la literatura: que dejan de lado el talento, el temperamento, la autenticidad. Cualidades que en realidad están por encima de toda doctrina, programa o toma de posición (TF.DP II, 148).

Estos jóvenes cometen además el error de pensar que toda la cultura europea en bloque está en crisis y tratan de buscar modelos colectivos más simples de vida, atribuyéndoselos al Tercer Mundo:

Como si entre nosotros, seamos chinos, africanos o sudamericanos, seamos pueblo o peor aún, clase media, no existieran ya todas las taras del individualismo, egoísmo, sentido de la propiedad, etc., que hacen ilusorio todo colectivismo extremo (TF.DP III, 153).

Además de admirar la literatura germana Ribeyro tenía un gran amor por la música alemana, en especial por Bach, Mozart y por algunos fragmentos de Wagner.

7. Mario Vargas Llosa

También Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936) pertenece a la generación del 50, pero en los campos de la narrativa, del ensayo y del teatro. En el gran novelista la relación con la literatura alemana es sin duda menor que con la literatura francesa o norteamericana, pero sin embargo muy perceptible.

Inicialmente Vargas Llosa escribió en 1964-66 artículos sobre *El Vicario* de Rolf Hochhuth, los inéditos de Kafka, Peter Weiss y Bertolt Brecht (cf. las referencias en Oviedo 1970, 257ss). Además en algunos textos suyos hay menciones a muchos otros autores alemanes.

En su libro muy posterior conteniendo artículos sobre algunas obras de los más destacados novelistas de nuestro siglo, *La verdad de las mentiras* (1990), hay seis artículos sobre autores en lengua alemana: sobre *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, *El Lobo Estepario* de Hermann Hesse, *Auto de fe* de Elías Canetti, *No soy Stiller* de Max Frisch, *El Tambor de Hojalata* de Günter Grass y *Opiniones de un payaso* de Heinrich Böll. Tenemos la impresión de que se trata de prólogos que Vargas Llosa escribió para una editorial española y

después ha reunido, por lo que esta selección no refleja sus preferencias últimas sobre autores y obras de la literatura alemana.

En opinión del novelista peruano, *La muerte en Venecia* es una obra maestra en el género de la novela corta, perfectamente equiparable a *La metamorfosis* de Kafka o a *La muerte de Iván Illich* de Tolstoy. Aprecia en ella que tiene un fondo oscuro y violento que es inapresable. Esta subterránea presencia cree que se podría definir mediante lo que Freud llamó instinto de muerte, Sade deseo en libertad y Bataille el mal. Y agrega que le parece admirable el logro por Thomas Mann del relato con una gran economía de medios y con una extraordinaria perfección artística.

En el caso de *El Lobo Estepario*, Vargas Llosa sostiene que no es sin duda la mejor novela de Hesse, pero sí la que más muestra "la densa singularidad de... [su] mundo" (71). Con Harry Heller, prisionero del intelecto y de la abstracción, Hesse habría conseguido plasmar un personaje emblemático de un tipo de hombre característico de nuestro siglo, que pierde el sentido de lo cotidiano, el don de la comunicación y de la sociabilidad y el goce de los sentidos.

Auto de fe del Premio Nobel austriaco Elías Canetti le parece ser a Vargas Llosa una obra árdua que exige un gran esfuerzo intelectual al lector antes de revelarle su sentido profundo. Se trata de un libro que presenta un mundo desintegrado, una alegoría ideológica y moral de la sociedad de la entreguerra que abdica convirtiéndose en "masa". Pero se trata también de una obra de ficción en la que el creador expresa sus caprichos y fantasías. En ella los demonios de cada cual se exhiben sin disfraces provocando desviaciones y apocalipsis sociales, pero constituyendo a la vez el sustento de una obra maestra.

¿Es tan terrible ser suizo, vivir en una civilización en apariencia tan lograda, pero en el fondo tan castradora? Esta es — según Vargas Llosa — la problemática que expone la novela del escritor suizo Max Frisch *No soy Stiller*, que narra cómo el escultor Anatol Stiller huye de Zurich y su pasado, refugiándose en una vida vagabunda y primitiva en los Estados Unidos y México. ¿Por qué lo hace?, ¿se trata de una reacción personal ante el fracaso de su relación matrimonial; o está en juego el rechazo de una cultura? Esto último parece ser lo cierto; mas en todo caso la novela constituye un gran logro al mostrar cómo la civilización moderna enajena el amor.

El Tambor de Hojalata de Günter Grass le parece ser a Vargas Llosa un ejemplo paradigmático de lo que llama la "novela total": una que incluya todos los niveles de la realidad. De allí que pueda ser vista como la primera novela alemana de postguerra que encara el pasado alemán inmediato (cf. G. Steiner), pero a la vez como una obra magnífica por su lenguaje creador y chisporroteante.

A Heinrich Böll lo ve el escritor peruano como cumpliendo de manera ejemplar la función de un intelectual en una sociedad democrática de contribuir a mantener a la opinión pública alerta e informada, de modo que los poderes políticos y económicos no se extralimiten ni desborden el marco de la ley y del bien común. En *Opiniones de un payaso* Böll habría pintado por ello el mundo del "milagro alemán" con trazos muy negros, no salvándose casi nadie del descrédito moral, excepto uno que otro marginado. Con su literatura, Böll habría contribuido a mantener viva la insatisfacción humana y a impedir que se anquilosen el espíritu y la historia.

El año 1992 Vargas Llosa fue invitado a realizar una estadía como Fellow en el Wissenschaftskolleg de Berlín. En una entrevista que concedió a Jan Ross de la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* señaló que tres de los escritores alemanes de nuestro siglo a los que más admira son a Thomas Mann, sobre todo por su obra *La Montaña Mágica*; a Alfred Döblin, por cierto por su libro *Berlin Alexanderplatz*; y, por último, al austriaco Joseph Roth. En este lo impresionan "el apasionado contemporáneo que, sin embargo, conserva su independencia"; y, al mismo tiempo, el artista realista en cuyos textos, a veces sin embargo, rezuma "si no locura, sí cierta clarividencia visionaria" (Ross 1992, 11).

En su discurso de aceptación del Premio de la Paz de los Libreros y Editores Alemanes, "Dinosaurios en tiempos difíciles", pronunciado el 6 de octubre de 1996, Vargas Llosa volvió a referirse al papel del intelectual que se compromete con la libertad de la sociedad en que vive, criticando los desarrollos que la parecen peligrosos. Dos ejemplos señeros de tales intelectuales le parecen ser Walter Benjamin, quien en sus trabajos últimos sobre Baudelaire trató de diagnosticar la situación del individuo en una sociedad masificada, y el filósofo austriaco Karl R. Popper, quien con su libro *La sociedad abierta y sus enemigos* ensayó oponerse al fascismo. Y ambos textos los escribieron los dos en tiempos muy difíciles. Vargas Llosa concluye:

Benjamin y Popper, el marxista y el liberal, heterodoxos y originales dentro de las grandes corrientes de pensamiento que renovaron e impulsaron, son dos ejemplos de cómo escribiendo se puede resistir la adversidad, actuar, influir en la historia (1977, 22).

Quisiera también mencionar que a Vargas Llosa le ha interesado mucho el pintor George Grosz, sobre quien escribió inicialmente algunos textos cortos — así "La paradoja de Grosz" (1992) — y finalmente el prólogo a un libro sobre el artista. En la óptica del novelista peruano, la paradoja de Grosz consiste en el desfase entre el pintor que atacó ferozmente al nazismo en su época prehitlerista y el artista que, al exiliarse en los Estados Unidos y hacer un arte menos agresivo y obsesivo, fracasó. Para Vargas Llosa Grosz mostraría la

situación peculiar del artista moderno que antes de servir de vehículo de expresión a la sociedad se expresa a sí mismo:

la obra de Grosz nació de la pura autenticidad, en el ejercicio de una libertad que no aceptaba bridas, que erigió sus fantasías revolviendo las sentinas de la sociedad y el corazón humano y que a esta imperecedera impostura el tiempo terminó por dar más fuerza y verosimilitud que a su extinto modelo. Los 'Años de Berlín' no son hoy los que padeció y gozó Alemania sino los que Grosz inventó (ibid.).

Vargas Llosa también ha escrito sobre el "caso Heidegger", criticando su adhesión al nazismo (cf. su artículo "Führer Heidegger", 1994). Apoyándose en los libros de Víctor Farías y de Hugo Ott sobre dicho caso, el autor peruano escribe que Heidegger no fue un oportunista que abrazara el nazismo para hacer carrera, sino que su adhesión se debió a que, pese al carácter simplista de la ideología política del nacional-socialismo, el pensador alemán creía en ella y, más en especial, en el "Führerprinzip". En opinión de Vargas Llosa, las contadísimas explicaciones de Heidegger en la postguerra sobre su actitud frente al exterminio judío, son más acusatorias todavía que el silencio ominoso que guardó en la época del nazismo. Seguramente Heidegger pensaba que impermeabilizando su filosofía frente a la moral le garantizaba su libertad; pero, a la larga, lo que hizo es devaluar sus propias ideas, contribuyendo así a que hoy poco signifique la filosofía para el común de las gentes.

No puedo dejar de referirme aquí a la larga polémica que sostuvo Vargas Llosa con Günter Grass. Se retrotrae a febrero de 1983 cuando en Lima se publicó el artículo de Grass "En el patio trasero. Crónica de Nicaragua". En él Grass hacía una crónica de un viaje suyo a Nicaragua y expresaba su simpatía por la revolución sandinista. Vargas Llosa lo leyó como si en su texto Grass recomendase para América Latina una revolución de un tipo que nunca aceptaría para Alemania; y comentó así el texto de su colega alemán en su artículo "¿Libertad para los libres?" en un periódico limeño:

Günter Grass [...] sufre una esquizofrenia moral e ideológica. [...] Para Alemania Occidental [...] el ideal [que propone] es un sistema político democrático y reformista, con elecciones e instituciones representativas, libertad de expresión y derecho de organizar partidos políticos, en una sociedad igualmente respetuosa de la soberanía individual, alerta y libre de censura y paternalismo cultural. Para América Latina, por otro lado, el ideal [que defiende] es la revolución, la violenta toma del poder, el establecimiento de un único partido gubernamental, colectivización forzada, la burocratización de la cultura y campos de concentración para los disidentes. A lo que se

debe añadir: subordinación a los intereses de la Unión Soviética (cit. por Zapata de Polensky 1987, 42).

El 8 de noviembre de 1983 entrevisté a Grass en Wewelsfleth y él negó haber dado consejos a los países latinoamericanos — lo que era cierto (la entrevista fue publicada por el Suplemento Dominical del diario *El Comercio*, 1983). A mediados de enero del año siguiente Grass me pidió por carta que le solicitara a Vargas Llosa una rectificación — lo que hice —, indicándome que los diarios conservadores de Alemania aprovecharían el incidente para atacarlo. Pero entretanto el artículo de Vargas Llosa había aparecido traducido al inglés en *The Atlantic Monthly* (1984a). Grass envió entonces el 24 de febrero de 1984 una airada respuesta a *The Atlantic* en la que negaba las atribuciones que le hacía Vargas Llosa, en especial que estuviera en favor de una solución influenciada por la Unión Soviética a los problemas latinoamericanos. A esta carta el escritor peruano respondió en *El Comercio* el 8 de abril, señalando que celebraba que Grass no perteneciera a aquel grupo de intelectuales occidentales que justifican soluciones para América Latina que no admitirían para su propio país. Y agregaba que había aceptado una invitación para dialogar con Grass en setiembre de ese año (1984b) en Barcelona. Grass se negó entonces a participar en esta discusión en una carta que me envió el 8 de mayo de 1984, señalando que no podía debatir sobre falsedades ni en Barcelona ni en Lima — lugar alternativo que yo le había propuesto —, pero que si Vargas Llosa quería podían polemizar en la República Federal de Alemania — aunque bajo la condición de que se retractara de las atribuciones que le había hecho. Aquí concluyó la primera parte de este malentendido.

La segunda fase tuvo lugar en el 48° Congreso Internacional del PEN Club en Nueva York a principios de 1986, reunión en la que tomaron parte Grass y Vargas Llosa. En su exposición este último sostuvo que el talento literario y la brillantez no son garantía de lucidez en materias literarias, y que por ello se podía dividir a los escritores en disidentes y cortesanos. Y que si en América Latina se hiciera una encuesta, quizás se encontraría que hay una mayoría de escritores que son adversarios de la democracia. En ese momento se levantó Grass para objetarlo, manifestando que una afirmación semejante era inaceptable, si se tiene en cuenta el papel y riesgos de los escritores disidentes en sus países de origen y de los numerosos escritores latinoamericanos que vivían en el exilio. Protestó además, porque Vargas Llosa hubiera llamado a García Márquez "cortesano" de Fidel Castro.

La coda tuvo lugar en los meses siguientes. En Alemania Grass atacó públicamente a Vargas Llosa por sus declaraciones en la reunión neoyorkina, y lo hizo en especial en el Congreso del PEN Club alemán. Indignado, el escritor peruano escribió una "Respuesta [final] a Günter Grass" en *El País* del 29 de julio de 1986. Manifestaba que había sido una humorada suya lo de la encuesta

de escritores en favor o en contra de la democracia en América Latina, y que retiraba la esquemática distinción entre escritores disidentes y cortesanos. Pero que mantenía su crítica al sistema comunista por no permitir la independencia de los escritores, y su afirmación de que hay escritores cortesanos como García Márquez. Que lamentaba que Grass y él combatieran en frentes distintos, ya que admiraba su obra. Así se cerró esta polémica llena de malentendidos y arrogancia.

8. Antonio Cisneros

Antonio Cisneros Campoy (Lima, 1942) es el poeta más notable de la así llamada generación del 60. Aunque a veces ha pretendido cuestionar la influencia de Brecht sobre sus poemas posteriores a *Destierro* (1961), en otras ocasiones la ha admitido:

[En *David*] sí está Brecht, pero no tanto Brecht poeta, al que creo haber leído poco después, sino Brecht dramaturgo. Lo que me interesó es básicamente ese *raconto* de la historia desde la perspectiva dialéctica, que es ver el halo popular anónimo, de la Historia. Yo creo que el elemento fundamental de Brecht — que también tenía mucho que ver conmigo, porque esas cosas tampoco se aprenden, tiene que ver con los temperamentos — es el humor. Lo irónico en Brecht, que creo haber asimilado bastante bien en mis primeros libros, es lo que va a amalgamar esta visión "revisionista" de la Historia, antiburguesa, antiheroica (Cisneros 1990a, 58).

Esto último se refiere sin duda a la revisión de la historia del Perú que realiza Cisneros en *Comentarios Reales* (1964). El efecto de distanciamiento y la ironía brechtiana se advierten bien por ejemplo en este poema:

TUPAC AMARU RELEGADO

Hay Libertadores
de grandes patillas sobre el rostro,
que vieron regresar muertos y heridos
después de los combates. Pronto su nombre
fue histórico, y las patillas
creciendo entre sus viejos uniformes
los anunciaban como padres de la patria.

Otros sin tanta fortuna, han ocupado
dos páginas de texto
con los cuatro caballos y su muerte.

(Cisneros 1989, 49)

Que Cisneros conocía en efecto muy bien a Brecht el dramaturgo, se comprueba de la conferencia que ofreció en 1976 sobre "Brecht, la excepción y la regla". Allí el poeta peruano se refiere a los inicios de Brecht, a su teatro épico posterior y, finalmente, presenta "La excepción y la regla". En su exposición Cisneros muestra que en verdad tenía una muy buena información sobre el efecto de distanciamiento. En su opinión, de él depende el éxito del teatro brechtiano (185).

Cisneros afirma que sus libros posteriores a *Comentarios Reales* se alejaron de Brecht, aunque lo siga admirando como poeta y dramaturgo.

El año 1985 el autor peruano obtuvo una beca del Berliner Künstlerprogramm del Deutscher Akademischer Austauschdienst. Al concluir la beca publicó algunas crónicas sobre su estadía berlinesa y el libro *Monólogo de la casta Susana y otros poemas* (1986). En sus crónicas da a conocer sus impresiones sobre Berlín, su atmósfera y, sobre todo, la del barrio en que vivió — tenía un departamento en la Calle Innsbruck. Sobre el modo de ser de los berlineses relata por ejemplo:

No hay ciudadano que no posea su perro (y viceversa). No hay vía peatonal o bucólico sendero de los parques que no exhiba, casi orgulloso, el vil producto de sus necesidades bien alimentadas. Son intocables, como las vacas en la India, pero mucho más violentos.

Los hay para todos los gustos y estados del alma. El buen señor burgués luce discreto con su boxer lustroso, tan burgués como él. La muchacha deslumbrante, que parece propaganda del bronceador Nivea, hace juego con su estirado lebel. La menos favorecida luce graciosa con su gracioso cocker-spaniel. Los mozos matonescos, de casaca de cuero remachada y pelo al rapé, se acompañan con nerviosos mastines. Los ancianos dulces tienen perros pekinéses o chihuahuas. La muchacha punk se adorna con caninos de pelambre indefinible y las orejas mochas. Todos felices al fin.

Los perros (ya lo dije) eran fundamentales. Los ladridos, casi murmullos, entre los pisos prusianos y el gran patio trasero del

inmuable fueron, desde la hora crepuscular de mi llegada, una amenaza vaga e impalpable. Me habían olfateado (Cisneros 1985)⁶.

El libro tiene dos partes germanas: "Historias casi alemanas" y "Monólogo del falso J.W. Goethe" — además de un pequeño poemilla a la memoria de Heinrich Böll. Sin embargo, los poemas de las "Historias" no son todos alemanes. Los que lo son describen ambientes o los sentimientos del poeta con el humor de siempre, pero a veces con una gran nostalgia como el siguiente:

DÄMMERUNG

A veces el crepúsculo de Berlín
es un gran viento rojo revolviendo
los trapos de tocuyo en mi ventana

y una vieja balada de Bob Dylan
anodina y tristona que (en la radio
de las tropas inglesas) me recuerda

los años que no quiero recordar.

(Cisneros 1989, 262)

El "Monólogo del falso J.W. Goethe" se inicia con esta cita libre de las *Conversaciones con Goethe* de Eckermann:

Lo que no he vivido, lo que no
me atormenta ni me preocupa, no lo
he tomado como tema de mis obras.
Sólo he escrito poemas de amor cuando
he amado. ¿Cómo, entonces, podría escribir
cantos de odio sin odiar?

J.W.G. (14.3.1830)

En el primer poema, "1. Entonces (mediados del siglo XVIII) pensé", presenta a un Goethe/Cisneros en Leipzig/Arequipa, lleno de ansias por Annete, pero cohibido por los otros pretendientes y por su propia timidez. El segundo poema, "2. De vuelta a la Casona (Papi y Mami)", muestra a Goethe luego de

⁶ La crónica ha sido recogida y ligeramente reelaborada en *El arte de envolver pescado* (1990b).

su regreso a Francfort del Meno, refunfuñando y subido de peso, pero siempre escribiendo gracias a la inspiración de una muchacha bellísima. El tercer poema, "3. Heme aquí, el perfil de mi cabeza en" (sombra recortada), viene a continuación de una silueta recortada de un Goethe/(Cisneros) pensando en Italia y en "esa vida que flota (a duras penas) en las aguas del Tíber imperial/ (o en los cantiles del malecón Cisneros)". El poema final, "4. No puede ser. La felicidad" (una buena taza de chocolate luego del cumplido amor) exhibe a Goethe revelando que lo que más le importa no son los estudios científicos, ni su conversación con los grandes políticos como Napoleón o con sus pares como Schiller, sino sólo la pasión:

Sólo por la pasión me reconozco. Ningún otro animal que me
recorre es parte de mi alma.
Celebro mis amores y estos muslos elásticos y fuertes (según yo
los recuerdo).
Me apeno con mis llantos por Ulrike (muchacha de 18) a los 74
de mi edad.
Corazón mío, latiendo como el ala recortada de un canario.
Sólo por la pasión me reconozco. Que así me reconozcan y celebren.
(Cisneros 1989, 275)

De esta manera ofrece Antonio Cisneros su propia imagen de Goethe (y de sí mismo como Goethe): un Goethe que no tiene mucho que ver con el Goethe histórico y donde el momento verdadero de esta imagen es la reivindicación de la pasión.

9. Consideración final

La presencia de la literatura alemana en la literatura peruana se inicia hacia mediados del siglo XIX. Luego se va a incrementar considerablemente hacia 1870 a raíz de la victoria de Prusia sobre Francia y de la unificación alemana, hechos que prestigiaron notablemente la cultura alemana a los ojos de todo el mundo. Ello explica que la época de la gran influencia de la literatura alemana sobre la peruana caiga probablemente entre 1870 y 1900. Con posterioridad, y luego de este período inicial de imitación de la literatura alemana por la literatura peruana, se ha dado paso a una asimilación mucho más creativa de algunos elementos de la cultura y literatura alemanas por parte de la literatura peruana.

Probablemente, los autores alemanes con más presencia en la literatura peruana sean: Heine, Brecht, Kafka, Rilke y Thomas Mann. Otros autores que también han concitado mucho interés son Goethe, Hesse, Lessing, Enzens-

berger y Hölderlin, aunque no hayamos tratado aquí al respecto. Por cierto, una investigación y presentación más detallada seguramente agregará muchos nombres a los mencionados e introducirá otro orden.

En cualquier caso, pensamos que, en contra de lo que pudiera pensarse, hay una fuerte presencia de la cultura y literatura alemanas en la literatura peruana, en la que, por cierto, son mucho más obvias e importantes sus relaciones con otras tradiciones culturales y literaturas, como con la francesa o la norteamericana. Estas presencias prueban que, como Goethe vió con toda claridad, cada vez menos se mantienen las literaturas dentro de los estrechos límites nacionales y cada vez más van ellas avanzando hacia una literatura genuinamente universal.

Bibliografía

- Arguedas, José María. 1996. *Las cartas de Arguedas*. Ed. de John V. Murra y Mercedes López Baralt. Lima: PUC.
- Cisneros, Antonio. 1976. Brecht, la excepción y la regla. En: Sobrevilla, David (ed.). *Introducción a la literatura alemana*. Lima: C. Heredia, 175-192.
- . 1985. En: *Lima-Kurier* (Lima). Diciembre. 60: 11-12.
- . 1986. *Monólogo de la casta Susana y otros poemas*. Lima: INC.
- . 1989. *Por la noche los gatos. Poesía 1961-1986*. México: FCE.
- . 1990a. En: *Moneda* (Lima). 21 de marzo: 58.
- . 1990b. El arte de envolver pescado. En: *El Caballo Rojo*. Suplemento dominical de *Marka* (Lima), 53-58.
- Eguren, José María. 1974. *Obras completas*. Lima: Mosca Azul.
- Eielson, Jorge Eduardo. 1976. *Poesía escrita*. México: Vuelta.
- González Prada, Manuel. 1985s. *Obras*. 4 vols. Lima: Petroperú.
- González Vigil, Ricardo. 1974. Eielson: doble reino. En: *Postdata* (Lima). Marzo/abril. III: 33s.
- Grass, Günter. 1983. En el patio trasero. Crónica de Nicaragua. En: *El Caballo Rojo*. Suplemento dominical de *Marka* (Lima). 20 de febrero: 6s.
- Heine, Heinrich. 1972. *Werke und Briefe*. Band I. Berlin/Weimar: Aufbau Verlag.
- Luchting, Wolfgang A. 1971. *J. R. Ribeyro y sus dobles*. Lima: INC.

- Oviedo, José Miguel. 1970. *Mario Vargas Llosa. La invención de una realidad*. Barcelona: Seix Barral.
- Meneses, Carlos. 1988. El Madrid de Vallejo. En: *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), nos. 456-457, II: 1050-1052.
- Neale-Silva, Eduardo. 1987. *César Vallejo, cuentista*. Barcelona: Salvat.
- Núñez, Estuardo. 1953. *Autores germanos en el Perú*. Lima.
- . 1976. Las Relaciones entre la literatura alemana y peruana. En: David Sobrevilla (ed.). *Introducción a la literatura alemana*. Lima: Cayetano Heredia, 215-229.
- . [1938] 1994. *Panorama actual de la poesía peruana*. Lima: Antena.
- Pinilla, Carmen María. 1994. *Arguedas. Conocimiento y vida*. Lima: PUC.
- Ribeyro, Julio Ramón. 1975a. *La caza sutil*. Lima: Milla Batres.
- . 1975b. Santiago, el pajarero. En: Id. *Teatro*. Lima: INC, 9-70.
- . 1992-95. *La tentación del fracaso. Diario personal 1950-1960*. Lima: Campodónico. [TF.DP]
- . 1993. *La palabra de mudo*. Lima: Milla Batres.
- . 1996. *Cartas a Juan Antonio*. I: 1953-1958. Lima: Campodónico. [CJA]
- Rilke, Rainer Maria. 1971. *Obras*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Rodríguez Rea, Miguel Angel. 1996. *Tras las huellas de un crítico: Mario Vargas Llosa*. Lima: PUC.
- Ross, Jan. 1992. [Entrevista a Mario Vargas Llosa]. En: *Tribuna Alemana*. No. 1958, 24 de agosto: 11.
- Scorza, Manuel. 1990. *Obra poética*. Lima: Peisa.
- Sobrevilla, David. 1978. Relaciones entre la filosofía alemana y peruana. En: Id. (ed.). *La filosofía alemana desde Nicolás de Cusa hasta nuestros días*. Lima: Cayetano Heredia, 439-454.
- . 1983. [Entrevista a Günter Grass]. En: *El Comercio* (Lima). 15 de enero: 12s.
- . 1994a. César Vallejo y el marxismo. En: Id. *César Vallejo poeta nacional y universal y otros trabajos vallejianos*. Lima: Amaru, 209-314.
- . 1994b. El redescubrimiento por Vallejo del pasado incaico peruano. En: Id. (ed.). *César Vallejo poeta nacional y universal y otros trabajos vallejianos*. Lima: Amaru, 209-335.
- Vallejo, César. 1991. *Obras completas*. Tomo I: *Obra poética*. Lima: Banco de Crédito.

- . 1973. *Contra el secreto profesional*. Lima: Mosca Azul.
- Vargas Llosa, Mario. 1977. Dinosaurios en tiempos difíciles. En: *Boletín del Instituto del Ciudadano* (Lima). 22: 22.
- . 1984a. A media stereotype. En: *The Atlantic Monthly* (Boston). Febrero.
- . 1984b. En: *El Comercio* (Lima). 8 de abril: 2.
- . 1986. Respuesta a Günter Grass. En: *El País*. 29 de julio.
- . 1990. *La verdad de las mentiras*. Barcelona: Seix Barral.
- . 1992. La paradoja de Grosz. En: *El Comercio* (Lima). 10 de agosto.
- . 1994. Führer Heidegger. En: *Desafíos de la libertad*. Lima: Peisa, 266-271.
- Zapata de Polensky, M.R. 1987. La polémica entre Mario Vargas Llosa y Günter Grass. En: *Khipu* (München). 19:42.

La conexión alemana

Rafael Humberto Moreno-Durán

¿Y qué quiere usted que yo le diga? Sobre ese asunto sólo sé lo que los diarios han publicado sin cesar. Y encima la televisión y sus colegas de la radio insisten todos los días sobre el mismo tema. Una novela de intriga no lo haría mejor. Y como si tal confusión no fuera suficiente, nuestro país se ha convertido ante los ojos del mundo en lo que la prosa sensacionalista llama un nido de espías. Una densa red de agentes privados y de los otros, de mercenarios y sicofantes, de francotiradores del más diverso calibre. Lo que le dije: estamos metidos en una trama policíaca espectacular. O si no, a los hechos: hace unas semanas atraparon a un aventurero llamado Heinz Söldner, en compañía de su mujer, Gertrud Füchsin, mientras hacían las veces de enlace con algunos grupos alzados en armas. Fuentes autorizadas afirman que la pareja actuaba de común acuerdo con nuestro gobierno y un tal Werner Seidel, un individuo que es algo así como una pieza suelta en el complejo engranaje de la policía secreta alemana. Otras versiones aducen, en cambio, contactos de alto nivel, relaciones de Estado a Estado que intentan por todos los medios acordar un plan de paz, tan urgente como necesario. En este sentido, se han exhumado viejos y entrañables vínculos entre los dos países, pues la presencia alemana en nuestra historia no se limita, como creen algunos, a la producción de la magnífica cerveza que ha hecho célebres a factorías como *Germania* y *Bavaria*. De mis años de infancia recuerdo un aviso de prensa en el que el filólogo y luego presidente, Marco Fidel Suárez, alababa públicamente las bondades de la cerveza *Bavaria*, que según él lo había curado de una "dispepsia crónica". Al lado del aviso, una fotografía mostraba al cervecero Leo Sigfried Kopp, quien no cabía en sí de la satisfacción. Y a propósito de la dispepsia, son numerosos los médicos alemanes que se han establecido en nuestro país. Así mismo, legiones enteras de pedagogos y asesores militares, ya se sabe, la disciplina prusiana es la más férrea del mundo. Pero no hay que ser tan severos, pues la farándula germana también nos ha honrado con algunas visitas ilustres. Recuerdo, por ejemplo, las de Marlene Dietrich a fines de los años treinta y Claudia Schiffer hace unos meses. Dicen que cuando la Dietrich filmó *The devil is a woman*, una película de ambiente hispánico, se enamoró de un colombiano, un actor secundario que encarnaba a un guardia civil. España protestó por lo que consideró un ataque contra la Benemérita y la película fue retirada de la cartelera. La diva siguió a su amante por distintos puntos del Caribe hasta que llegaron a Barranquilla y allí se perdió la pista. Del colombiano, por supuesto, pues el Ángel Azul regresó a Hollywood, donde era conocida como una insaciable devoradora de hombres. Sobre esto de los amoríos entre alemanas y colombianos hay una historia muy succulenta, que si usted me

lo permite evocaré brevemente. A propósito, cuando usted quiera interrumpirme, hágame una seña, pues ya sabe, mi sordera es algo terrible. Le decía que la más grande pasión que un colombiano desató en una alemana fue la que José Asunción Silva registró en su libro *De Sobremesa*. Olga, una baronesa rubia, cayó en los brazos de Fernández y Andrade de Sotomayor, un galán muy *fin-de-siècle* que recorría los casinos y balnearios europeos en pos de apetitosas presas femeninas. Pero la baronesa era tan especial que, entre coito y coito, hablaba de Hauptmann y Hermann Bahr, de alta filosofía y los más oscuros misterios de la lógica. Tras la última copulación, Olga le dijo a su amante: "Lo que me ha fascinado en usted es su desprecio por la moral corriente. Los dos nacimos para entendernos. Usted es el Sobrehombre, el *Übermensch* con que yo soñaba...". Creo que, gracias a este precedente, y atraída por tan celebrados atributos del intelectual colombiano, la editora Michi Strausfeld se radicó por un tiempo en Colombia, con el fin de comprobar si lo que la baronesa Olga decía era verdad o no. En todo caso, nuestras relaciones con Alemania no se reducen solo a la cerveza ni a esporádicos lances pasionales, sino que se remontan al siglo XVI, cuando los banqueros de la casa Welser, interesados en sacar beneficios de la conquista de América, decidieron apoyar al Emperador Carlos — Quinto de Alemania y Primero de España. ¿Por qué todo lo hispánico, incluso lo que afecta a los reyes, está siempre tan devaluado? Porque algo va de quinto a primero, ¿no lo cree usted así?

Decía que los Welser enviaron a sus agentes por iniciativa imperial a conquistar y poblar una zona de Tierra Firme de Indias pero, ya se sabe, toda gestión teutona que se respete siempre va más lejos. Y la cuestión es que, mientras algunos de esos emisarios, como Ambrosio Alfinger y Jorge Spira, murieron en el intento por encontrar El Dorado, otros, al mando de Nicolás de Federmann, lo consiguieron. El Dorado es el nombre del más desprestigiado de nuestros aeropuertos, aunque no fue ahí donde detuvieron a Söldner y a su atractiva mujer, sino en Ríonegro, allá en el ojo del huracán. Y entonces fue cuando algunos colegas suyos decidieron entrevistarme. Que diera mi opinión al respecto, alegaban ante mis iniciales negativas, pero ellos insistían, apoyándose en el hecho de ser yo uno de quienes, modestia aparte, más ha investigado sobre los alemanes en la historia de América. ¿Por qué tengo que hablar cada vez que algún nibelungo se nos cruza en el camino? Ni que yo tuviera la culpa de todo lo que sucede con los alemanes en este país. Pero, como afirman algunos, a lo mejor eso forma parte de mis obligaciones por ser el más viejo de la tribu. De acuerdo, concedí finalmente, pero sólo hablaré de aspectos históricos más o menos conocidos y no de los sucesos que tienen que ver con los espías, pues la novela de intriga no es mi fuerte. Y es verdad. O si no, dígame, ¿qué tengo yo que ver con eso que llaman *La conexión alemana*? *Die deutsche Verbindung* también ha monopolizado la atención de la prensa de ese país. Y tras la captura del espía y su mujer las preguntas se multiplican, tanto

allá como acá. ¿Es Söldner un agente de los grupos subversivos? ¿Acaso un vulgar traficante de armas? ¿O, más bien, el gestor de una rentable red de secuestros? ¿Es cierta la especie difundida según la cual Söldner rescata o compra rehenes para venderlos luego a otras organizaciones criminales? ¿Qué papel desempeña en todo esto su mujer, a quien ni siquiera la Interpol ha podido identificar plenamente? ¿Por qué una de las multinacionales alemanas de más prestigio en el mundo ha salido a relucir en el escándalo? En las fotografías que publican los diarios, Söldner aparece tranquilo, como un obispo en vacaciones, con la dignidad de sus canas expuesta a las cavilaciones del prójimo. A su lado permanece una mujer más o menos bonita, con los ojos escondidos tras unas gafas negras y cuya edad contrasta con la de Söldner, quien evidentemente es mucho mayor. Ambos parecen ignorar el lío en que se han metido. Al comienzo se decía que la mujer era la secretaria del espía o algo así, después la llamaron Mata-Hari y por último precisaron que era la esposa del detenido. En fin, por lo que parece, se trata de una pareja de curtidos agentes al servicio de vaya usted a saber qué oscuros intereses internacionales. Confieso que mi curiosidad creció con los días hasta que, una semana después de desatado el escándalo, la intervención diplomática alemana se hizo más ostensible. En medio de las fotografías publicadas por la prensa una llamó mi atención y al leer el pie de foto no me quedó duda alguna. Petulante, altivo, un tal Rudolf Kohmes, que en la fotografía parecía mirar por encima de varios continentes y dos o tres escuelas de pensamiento, formaba parte de los detenidos. Como si la cosa no fuera con él, alegaba haber sido contratado por la embajada para asesorar a Söldner y a su mujer. Recordé entonces que Kohmes, años atrás, cuando era corresponsal de la revista *Der Sturm*, me había involucrado en un escándalo que tenía como pretexto mi amistad con Stefan Zweig. Pero vamos por partes.

Al cumplirse hace unos años cuatro décadas del suicidio de Zweig y su esposa, en Petrópolis, todo el mundo me pidió declaraciones para la radio, artículos de prensa, entrevistas para la televisión, ni que yo fuera una estrella de cine. Fue entonces cuando ese desaprensivo de Kohmes sugirió de forma por lo demás sinuosa que yo había tenido algo que ver con la muerte de Zweig. Imagínese la bromita. Lo triste de tal imputación es que yo fui uno de los mejores amigos que el autor de *La lucha contra el demonio* tuvo en América. Todo comenzó en el momento en que, a bordo del barco que lo trasladaba hacia el exilio, Zweig leyó uno de mis libros y le manifestó su complacencia a un amigo mío. Como lo he repetido en innumerables oportunidades, ese amigo me dio inmediatamente la agradable noticia: Stefan Zweig había opinado de manera elogiosa sobre mi obra y eso, como usted comprenderá, no es moco de pavo. Claro está que nunca supe cómo se las arregló para leer mi libro, modestamente escrito en bogotano, pues él y yo siempre nos entendimos en francés. Pero esto no importa. Semanas más tarde, cuando Zweig se encon-

traba de paso en Buenos Aires, donde yo vivía, decidí visitarlo y el maestro me acogió calurosamente. Le obsequié un ejemplar de *El Conquistador Letrado*, otro de mis libros, y desde ese día iniciamos una amistad que con el tiempo creció y se afianzó. Aunque su edad siempre me resultó imprecisa, lo recuerdo como un hombre elegante y amable, con una sonrisa que en todo momento destacaba bajo su cuidado y negro bigote. Tenía un gran parecido físico con Adolphe Menjou, uno de esos actores de cine que inundaban las pantallas de la época pero, a diferencia del galán, no tenía ni un ápice de frivolidad. En todo caso, su aspecto contrastaba evidentemente con el de Lotte, como cariñosamente llamaba a Charlotte Elizabeth Altmann, su segunda mujer, una polaca que, a su lado, parecía una secretaria, una enfermera en asueto, alguien muy poquita cosa. Una noche Victoria Ocampo nos invitó a un concierto en el Teatro Colón y luego a cenar. Pero la cena casi se convirtió en desayuno, pues la pieza central del concierto fue la *Octava Sinfonía*, de Gustav Mahler, tan larga que los críticos todavía la llaman "La Sinfonía de los Mil". Duró noventa minutos aunque eso no es lo que aquí cuenta, pues esa noche la admiración de Zweig por Mahler se vio enriquecida gracias a un hecho curioso, algo que no se ve todos los días. El concierto fue dirigido por una mujer, muy hábil con la batuta y bastante atractiva. Debía tener unos cuarenta años y lucía como todo director que se respete: frac impecable, corbatín blanco, ni más ni menos que un von Karajan al ataque. Zweig parecía conocer muy bien la partitura y yo veía cómo seguía la obra con los dedos, tamborileando suavemente sobre sus piernas. Sus labios se movían como si rezara y luego supe que se sabía de memoria el himno *Veni Creator spiritus* y la escena final de la segunda parte del *Fausto*, de Goethe, piezas que Mahler intercaló en su obra y cuya letra Zweig musitaba en silencio. Adoraba al compositor y durante la cena recordó lo desgraciada que había sido su vida sentimental. Nos dijo que a veces era fácil rastrear las huellas de su dolor en sus partituras, como sucede con la de su inconclusa *Décima Sinfonía*, donde se podían leer frases al margen, escritas con mano temblorosa, y que exclamaban: "¡Tén piedad de nosotros!" o "¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?" Si no hubiera sido por un chisme maligno que contó Victoria sobre la pareja Bustos Domecq, todos nos habríamos puesto a llorar.

Como le decía, Zweig era un hombre sencillo, cordial, sin ostentación ni vanidad alguna, de una cortesía subyugante y que hacía gala de la más grande generosidad. De no ser así, ¿cree usted que él habría podido interesarse por un principiante como yo, un cronista que intentaba hacerse un lugar en el denso ambiente de la academia criolla? Un día, sin yo saber cómo presentarme ante uno de sus amigos, creyéndome a medio camino entre el historiador y el periodista, se me ocurrió emplear la palabra historicista, entonces de moda. Al cabo de un rato, todavía enojado, Zweig me llevó aparte y me dijo con un tono que parecía acentuar aún más las comillas:

— "¿Qué es un historicista? Alguien que escribe demasiado mal para poder colaborar en un periódico" — Y tras mirar a todos lados, como si temiera ser oído, agregó —: "El periodismo haapestado al mundo con cierto talento; el historicismo sin ninguno" — Y a continuación aclaró —: "Estas dos sentencias se las escuché a quien más sabe de todo esto, el gran Karl Kraus. No las olvide usted jamás".

Desde entonces sólo me presento con mi nombre y cuando es menester, en los hoteles, por ejemplo, me registro como Protomártir, aunque todavía no sé por qué.

Bueno, lo cierto es que tras leer el libro Zweig me dijo que *El Conquistador Letrado* debía traducirse al inglés y me prometió toda su colaboración para convencer a su editor en Nueva York. Y como si él fuera el autor de inmediato le escribió al gringo y le remitió los originales. Tras vencer algunas reservas en el comité de lectura el libro fue aprobado y meses después tuve en mis manos la edición norteamericana. Pero quiero comentarle a usted algo muy curioso: ese libro, que trata sobre la fundación de nuestra capital, pone de presente un primer litigio con los alemanes de Federmann, quienes argumentaban tener iguales derechos de fundación que el Adelantado Jiménez de Quesada. Pero, como dice su título, el español se había *adelantado* a otros conquistadores y antes que nadie fundó una aldea en el Valle de los Alcázares. Y aquí viene lo curioso del asunto, pues el conquistador letrado que fundó nuestra ciudad tiene algo en común con el alemán, ya que Federmann quiere decir Hombre de Pluma, escritor, que era lo que más envanecía al Adelantado, quien incluso desde estos andurriales se engarzó en disputas gramaticales con un italiano ducho en lenguas. Y algo más: Zweig me dijo que si se pronuncia suavemente el apellido del conquistador alemán, con una hache de por medio, se comprende su voluntad de gresca, pues *Fehde* significa querella, contienda, reto y, por lo mismo, Fehdemann es un sujeto de humor difícil, que estalla con el menor pretexto. Y resultó tan cierto ese temperamento que la querella de los conquistadores tuvo que resolverse en Valladolid, en la corte misma de Carlos Quinto, aunque a la postre significó, así le pesara al monarca, una derrota para los agentes alemanes y los intereses de la banca Welser.

¿Una pausa para la publicidad? No se preocupe. Interrúmpame cuando lo crea preciso y dígame en qué momento debo proseguir. Está bien, continuaré cuando se encienda la luz roja y aparezca la frase "Al aire". ¿Ya? Vuelvo a lo que le decía hace un rato, no quiero irme por las ramas. Después de haber conocido a Zweig durante su estadía en Buenos Aires, mantuvimos una relación estrecha que se incrementó luego, cuando se radicó en Petrópolis, a través de la puntual correspondencia. Vivía con Lotte en el número 34 de la Rua Gonçalves Dias y allí lo visité, en una ocasión, en compañía de Gabriela Mistral, por ese entonces cónsul de Chile en Río de Janeiro y quien también residía en la misma villa. Zweig estaba desmoralizado, pues al día siguiente

del bombardeo japonés a Pearl Harbour los Estados Unidos entraron en el conflicto y el mundo entero ardió. Incluso nuestro país le declaró la guerra a Alemania y el temor cundía por todas partes, pues uno de los objetivos confesos de Hitler era bombardear el Canal de Panamá. El temor no era infundado ya que en aguas del Caribe se habían detectado submarinos nazis y meses después nosotros comprobaríamos esa versión cuando una nave colombiana, *La Resolute*, fue bombardeada y hundida por los alemanes. Los tripulantes y pasajeros que se arrojaron al mar con la intención de salvarse y que sobrevivieron a los tiburones fueron ametrallados. De la nave no quedaron rastros al punto de que aún hoy día nadie se pone de acuerdo sobre si era una goleta o una fragata. No faltaron entonces los pescadores en aguas revueltas, como un político protofascista llamado Laureano, quien afirmó que *La Resolute* había sido hundida por los yankis para obligar a nuestro país a entrar en la guerra. En fin, otra novela de intriga por entregas. Panamá ofrecía otros riesgos y, paradójicamente, provenían de los aviadores alemanes que trabajaban para la *Scadta*, siglas de la Sociedad Colombo — Alemana De Transporte Aéreo, y de quienes se sospechaba podían intentar un ataque aéreo sobre el Canal. Y la verdad es que esa presunción no era desdeñable, pues con insistencia se hablaba de nuestro país como de una Quinta Columna alemana al extremo de que alguien tan sensato como el presidente Franklin Delano Roosevelt, en un discurso pronunciado en la Casa Blanca, denunció que en Colombia había varias bases alemanas. Para curarse en salud, nuestro gobierno nacionalizó inmediatamente la empresa de aviación, expulsó a los pilotos alemanes y los reemplazó por nativos y conformó una nueva compañía llamada *Avianca*.

— Claro está — dije como para suavizar esta conversación tan dramática — que ese cambio no fue muy afortunado, pues los pilotos de *Avianca* han propiciado más desastres y muertes que los que con saña hubieran podido cometer los alemanes en Panamá. Con decirles que tras la palabra *Avianca* se esconde una premonitoria advertencia: Al VIAjar No Confíe en Azafatas. En fin, esa empresa aérea, como nuestro país — agregué —, constituye un monumento al absurdo. Un monumento tal de despropósitos y fracasos, de malentendidos, que nadie en sus cabales puede encontrarle sentido alguno y donde todo, incluso lo prodigioso, es posible. Un país, en fin, donde a tenor de la más absurda tradición legalista se conculca el código genético o se apelan o derogan leyes como la de la gravedad. Tan absurdo es todo esto que, como dijo alguien, si Kafka hubiera nacido en Colombia sólo sería un escritor costumbrista.

Entonces Zweig encendió uno de sus cigarrillos y tras posar sobre mí sus ojos, que ahora tenían destellos como de brasas, dijo una de las cosas más sorprendentes que he oído en mi vida.

— Si Kafka no fue colombiano, estuvo a punto de serlo.

Gabriela Mistral y yo nos miramos atónitos. ¿Se habría vuelto loco nuestro amigo? Pero como si el creciente estupor no le importara, el escritor acarició suavemente la cabeza de *Plucky*, su pequeño fox terrier, que dormitaba a sus pies.

— ¿Sabían ustedes — prosiguió — que algunos de los tíos y primos de Kafka deambularon a sus anchas por Sudamérica y que lo que contaban en sus cartas deslumbró al joven Franz?

— ¿Conoció usted a Kafka? — preguntó Gabriela, cada vez más incrédula ante la historia que Zweig comenzó a narrar.

— La primera vez que oí hablar de él fue a través de Max Brod, que por ese entonces era un joven de veinte años, pequeño, delicado y de una modestia infinita ... Cuando le pregunté por sus inquietudes literarias, en lugar de una respuesta ensalzó a un tal Franz Kafka totalmente desconocido, verdadero maestro de la prosa y la psicología modernas, según dijo. Me lo presentó poco después y a partir de entonces, con alguna frecuencia, nos reuníamos los tres. Yo era uno o dos años mayor que Kafka y todo esto ocurrió alrededor de 1907. ¿Saben una cosa? Fue ése el año en que Kafka aceptó a regañadientes un puesto como auxiliar administrativo en la compañía "Assicurazioni Generali". Acababa de graduarse como abogado pero su gran sueño era tomar lecciones de español y emigrar a Sudamérica, con la esperanza — como escribió en una de sus cartas — "de sentarse algún día en los sillones de países remotos y contemplar por las ventanas de la oficina campos de caña de azúcar..."

— ¿Y eso qué tiene que ver — interrumpí yo — con lo que usted dice sobre la posible nacionalidad colombiana de Kafka?

— El sueño de 1907 se había incubado más de diez años atrás, cuando Alfred Loewy, uno de sus tíos maternos, estuvo involucrado en el desastre financiero de la Compagnie Universelle du Canal Interocéanique de Panamá y luego fue uno de los más eficaces instigadores para que el istmo se separara de Colombia. Otro tío de Kafka, Joseph, también trabajó en Panamá, aunque su actuación fue más discreta. La participación del tío Alfred, en cambio, fue tan decisiva que el propio presidente Theodor Roosevelt lo felicitó en público porque, tal como se lo dijo personalmente, "Lo que ha hecho por Panamá es extraordinario y me alegra sobremanera poder estrecharle a usted la mano". Este fue el tío que luego se desempeñó como Director de la Compañía de Ferrocarriles de Madrid y del Oeste de España, y es a él a quien se refiere Kafka cuando, desesperadamente, escribe: "O mi tío nos busca un empleo en España o tendremos que marcharnos a Sudamérica". Y Sudamérica, en su lenguaje cargado de expectativas, quería decir Panamá, territorio que en los sueños de su adolescencia todavía formaba parte de Colombia.

— ¿Kafka colombiano? — me pregunté en voz alta, totalmente seducido por la historia que tan bien hilvanada fluía en la prosa oral de Zweig. El crepúsculo comenzó a darle un tinte dorado al mar, que admirábamos nítidamente a

través de una de las ventanas del estudio. La visión de la bahía de Guanabara era realmente espléndida y como si adivinara nuestro pensamiento Lotte salió de su mutismo y sólo atinó a decir que cuando Magallanes pasó por este lugar había quedado tan fascinado que lo comparó con el Paraíso Terrenal.

— Lo que Kafka le atribuye al protagonista de su novela *América* no es más que una sublimación de la tantas veces anhelada fuga de la casa paterna — retomó Zweig el hilo de la conversación. En diversas ocasiones lo escuché referirse a este continente como a la más feliz de las utopías. Y no era para menos: su infancia y adolescencia estuvieron animadas por las aventuras de sus parientes en estos países. Porque al margen de los tíos de Panamá, también el primo Otto Kafka emigró a Buenos Aires a los 17 años de edad, cuando Franz sólo contaba 14 años. Este primo, que trabajó como camarero en un barco de vapor y luego se instaló en Paraguay, comparte con Franz la identidad del protagonista de *América*, que no por casualidad se publicó inicialmente con el título de *El fogonero*. Ante todo esto cabe preguntarse, ¿si Otto Kafka estuvo en Buenos Aires y en algún lugar del Paraguay por qué Franz no iba a cumplir su sueño de vivir en Panamá? Kafka hizo autobiografía cuando afirmó que "la literatura es la huida de la realidad". ¿Sabe usted qué pensaba él sobre la juventud?

La pregunta, a quemarropa, me descontroló por un momento. No, yo no tenía la menor idea de lo que pensaba Kafka sobre la juventud. Ya he dicho que no soy literato ni nada que se le parezca. A lo sumo soy una forma híbrida de historiador y periodista y, afortunadamente, esto me exime de dar algunas respuestas complicadas.

— En una de sus confidencias más memorables, Kafka aludió a la juventud, refiriéndose, una vez más, al protagonista de *América*. Decía que la juventud era feliz porque poseía la capacidad de descubrir la belleza. Cuando se pierde esta capacidad empieza el envejecimiento inconsolable, la decadencia, la desgracia. En fin, la juventud es lo contrario de la muerte en vida: es la felicidad que excluye a la vejez. Convendrá usted conmigo que el protagonista de *América* es la memoria de un sueño, un sueño que no es otra cosa que la realidad. Mi personaje no es judío, decía Kafka, pero nosotros, los judíos, nacemos ya viejos ...

Gabriela Mistral y yo advertimos cómo la cara de Zweig se ensombreció al citar estas últimas palabras.

— ¿El protagonista de *América* — me atreví a preguntar, como colofón de la larga charla — tuvo algún modelo preciso?

— Tuvo muchos modelos y ninguno. En fin, todo eso pertenece ya al pasado. Para Kafka, América era como su héroe: un símbolo de la juventud y del feliz deslumbramiento de la belleza. Por eso no debe extrañarle a ustedes que yo haya visto al joven Kafka corretear tras el paso firme de su tío Alfred en las calles de Calidonia, en Panamá. Si el tiempo me lo permite — dijo mientras le

dedicaba a su polaca una mirada preñada de presagios—, pronto publicaré un trabajo sobre las vicisitudes de Kafka en Panamá.

— Una Panamá que en ese entonces era parte integral de la República de Colombia — acoté yo, inflado de un súbito nacionalismo.

— Pero que pronto dejó de serlo gracias al comportamiento kafkiano de los políticos de su país — me interpeló sin piedad Gabriela Mistral.

— El protagonista de *América* no se embarca hacia Nueva York sino hacia el Caribe colombiano — prosiguió Zweig—. ¿Sabían ustedes que Kafka publicó un cuento inspiado en la experiencia de uno de sus tíos titulado *Recuerdos del ferrocarril de Caldas*?

Ni idea. Tampoco sabíamos eso. Por lo menos yo.

— La devoción del tío Alfred por Panamá era compulsiva — dijo Zweig—. A uno de los banqueros, compinche suyo en la quiebra financiera y en la posterior separación de Panamá, le escribió una carta en la que sin reparo alguno le decía cosas que imploraban la piedad o la lástima — y tras revolver algunos papeles sobre el escritorio entresacó una hoja y leyó—: "¡Gólgota! ¡Panamá! El milagro realizado en el uno, se consumará también en el otro. El grandioso proyecto de Ferdinand de Lesseps celebrará un día su resurrección, y Panamá será sinónimo de todo lo grande, de todo lo honorable, de todo lo noble de este mundo ... Usted, nuevo Moisés — prosigue sin pudor el tío lacayo, dice Zweig —, mostrará la Tierra Prometida y el camino que a ella conduce, pero, más afortunado que nosotros, le será dado llegar hasta ella, y mi única esperanza es que yo pueda formar parte de su séquito ...".

La noche ya se había filtrado por completo en el estudio y el perro Plucky comenzó a mostrarse inquieto. Ya es hora de sacarlo a pasear, pensé mientras me ponía de pie para despedirme de Lotte y Zweig. Acompañaría a Gabriela hasta su casa y luego haría en automóvil el trayecto entre Petrópolis y Río de Janeiro. En el camino, mientras evocaba algunos apartados de la conversación — ¿o sería mejor decir monólogo? —, me ratifiqué en la intención de invitar a Zweig a radicarse en Colombia. Si Kafka lo había conseguido, ¿por qué no él?

¿Cómo había llegado Zweig al Brasil? ¿Por qué se instaló precisamente en Petrópolis? Sencillamente, se enamoró del trópico cuando hizo escala en Río de Janeiro rumbo al Congreso que el PEN Club celebró en Buenos Aires en 1936. Ese Congreso fue por muchas razones inolvidable, comentaba Zweig con frecuencia. El lo recordaba como un acto multitudinario y polémico, pintoresco incluso, una auténtica merienda de cafres. Era tal la concurrencia a las sesiones, que el Teatro Colón no daba abasto para tanta gente. Los asistentes decidieron entonces reunirse en los jardines de Palermo. Recordaba Zweig a Victoria Ocampo, enredada en una feroz contienda, a grito partido, con el poeta Marinetti, quien tenía al público de su parte.

Otro recuerdo, menos estridente, fue el comienzo de su amistad con Baldo-
mero Sanín Cano, uno de los escritores participantes. La relación comenzó
cuando en una de las pausas el autor colombiano le relató a Zweig la forma en
que, en Berlín, cinco años atrás, alguien le dijo que no perdiera el tiempo
leyendo a Peter Altenberg, que mejor leyera a Alfred Polgar, "que es mejor".
Lo curioso es que el segundo admiraba plenamente al primero. La charla entre
Sanín Cano y Zweig se centró en un libro de Polgar titulado *Hinterland*, uno
de cuyos capítulos, llamado "Lejos del alcance del tiro", estaba integrado por
crónicas destinadas a poner de presente el horror de la guerra, a cuestionar los
comandos y — como decía el colombiano — "a provocar la rebeldía del solda-
do burlando la censura que es inepta en todas las zonas del planeta".

La guerra era lo único que explicaba que Zweig se hubiera radicado en el
Brasil. Y aunque se encontraba lejos de la línea de fuego, la guerra lo mató.
En una de sus últimas cartas y tal vez como complemento de su larga charla
sobre Kafka me transcribió un fragmento del autor de *Descripción de una
lucha*, que hacía referencia a la guerra, y creo que es válido recordarlo ahora,
si a usted no le importa. Decía Kafka que "a consecuencia de la guerra hemos
sido trasladados a un laberinto de espejos deformantes. Caemos de una pers-
pectiva ficticia en otra, víctimas desconcertadas de falsos profetas y charlatanes
que con sus baratas recetas de felicidad no hacen otra cosa que taparnos los
ojos y oídos de manera que, a través de los espejos, caemos como por ocultas
trampas de una mazmorra en otra". Estas palabras, por supuesto, las asumía
Zweig sin la menor vacilación. Por eso, cuando Sanín Cano y él hablaron en
Buenos Aires sobre la guerra el temor por lo que se avecinaba y la ira común
los unió. Hablaron también de Viena y los contertulios del *Café Central* y otra
vez de Polgar y Altenberg. Del primero, *El Tiempo*, de Bogotá, había publica-
do fragmentos de una divertida comedia en la que Goethe se presentaba a
examen haciéndose pasar por otro estudiante. Altenberg, por su parte, había
sido traducido por el poeta Guillermo Valencia, aunque nadie sabe de qué
idioma tomó su versión, pues el alemán no era uno de los fuertes del Píndaro
colombiano. Esto lo digo porque no siempre hemos estado a la altura de la
devoción de Kafka y otros maestros de la lengua alemana por nuestro país. Las
correspondencias no han sido las más idóneas y sólo me limito a mencionar el
caso de una pifia colosal, la de un vate que escribió un horrible soneto sobre
la catedral de Colonia y que estuvo a punto de conseguir lo que no pudieron
los ataques de la aviación aliada: derrumbar la majestuosa mole que se levanta
hacia Dios a orillas del río Rhin. Quiero finalmente decirle, para abreviar esta
larga evocación, que Zweig me contó que fue Sanín Cano quien le mencionó
por primera vez mi nombre.

Créame, me cuesta trabajo pensar que todo esto sucedió hace ya sesenta
años. ¿Que cuál es mi edad? Su padre no había nacido cuando yo ya había
sobrevivido a muchos peligros para caminantes. Con decirle que soy de las

pocas personas que han visto dos veces el mismo cometa. ¿Sabe qué es lo que más impresiona de todo eso? La cola. La cola del cometa, entiéndame. Y lo que he comprobado de viejo ya me lo decían de niño, que los cometas no presagian nada bueno. Y ya lo ve usted. Es verdad. La guerra lo precipita todo. Cuando Sanín Cano sacó a colación el capítulo de *Hinterland* sobre la rebeldía del soldado contra la censura el rostro de Zweig se descompuso y era como si hubiera vislumbrado su destino. Dos años después, al consumarse la unión de Austria y Alemania, el *Anschluß*, el escritor abandonó su residencia en Salzburgo y se estableció en Londres, donde una de sus pertenencias más exquisitas hacía las delicias de sus contertulios: el piano en el que Ludwig van Beethoven compuso sus sonatas. Pero los bombardeos nazis arreciaron sobre la capital inglesa y Zweig y Lotte se embarcaron rumbo al Brasil, país en el que, salvo esporádicos viajes, permanecieron hasta su muerte.

¿Otra pausa para la publicidad de los patrocinadores del programa? Está bien. Avíseme cuando debemos continuar. De todos los medios, siempre preferí la radio, pues los periódicos alegan carecer de espacio suficiente para los asuntos de cultura y la televisión me cohibe. En cambio, la radio llega a todas partes. Claro que también en este medio hay lugar para la contaminación. Pienso en un tipo llamado Hans Lungar, quien lleva cincuenta años en este país y todavía no es capaz de modular una frase correcta. Y lo peor es que cada domingo lee desde una emisora las solapas de algunos libros, que invariablemente tratan sobre la desaparición de los Templarios o de la mejor comida para perros. Qué falta de respeto con el micrófono, ¿no le parece? La luz roja se ha encendido otra vez. ¿Continuamos? Está bien.

Vuelvo a mirar los periódicos de estos días y pienso que, pese a los espías y mercenarios que parecen haberse dado cita en este país, no siempre tuvimos huéspedes tan poco presentables. No olvide usted que, tras los soldados de Federmann, nos visitaron también otra clase de nobles aventureros. Aventureros del espíritu y la ciencia, como el Barón Alexander von Humboldt. A propósito, fue él quien, para sorpresa de todos, encontró entre dispersos volúmenes de la biblioteca del ilustrado Moreno y Escandón una *Biblia* de Gutenberg. Nadie tenía idea de que un tesoro como ése estuviera refundido en un desván santafereño. Sin Humboldt nuestra Expedición Botánica no habría tenido la importancia ni gravitación mundial que luego tuvo. Y, recíprocamente, sin su experiencia en nuestro país su *Cosmos* estaría incompleto. Pero Humboldt no es sólo alta ciencia: también, como en las novelas y películas de moda, hay una buena dosis de sexo y política. ¿Ha leído usted los libros de Rodolfo Monsalve y Rafael Ontiveros? Bueno, ahí encontrará grandes ejemplos de lo primero, aunque me parece que a los autores se les va la mano cuando hablan de los gustos en contravía del naturalista. En cuanto a la política, ése es un capítulo que hay que investigar a fondo. En nuestras guerras de Independencia se habla mucho y creo que exageradamente de la Legión Británica y de

algunos oficiales franceses y polacos que vinieron a dar su vida por nuestra libertad. Sin embargo, no sé por qué se olvidan de la Brigada Humboldt, llamada así precisamente en honor del Barón y en recuerdo de su temprana amistad con el joven Bolívar en París y que fue financiada por algunos miembros de la subversión ilustrada con el fin de dar al traste con el despotismo español. No olvidemos que cuando los oficiales realistas fusilaban a algunos de los más brillantes miembros clandestinos de esta Brigada exclamaban: "¡España no necesita de sabios!" En el campo militar, hay que reconocer que la Brigada Humboldt tuvo un destacado papel en las acciones del río Sogamoso. Tras la desertión del coronel Iribarren con todo su batallón en el paso del páramo de Pisba, la Brigada Humboldt ocupó su lugar en la vanguardia y, con osadía y valor, estos soldados se dedicaron a hostigar, de día y de noche, a las fuerzas realistas del general Barreiro. En una de las operaciones menos conocidas entonces pero luego rescatadas por los discípulos del historiador Leopold von Ranke, los *prusios*, como llamaban a los alemanes, cruzaron el río y liquidaron a setenta soldados monárquicos y les expropiaron gran parte de las vituallas, decenas de cajas de municiones y ocho o diez caballos. Después, la Brigada se disolvió por heroica sustracción de materia en algunas de las operaciones llevadas a cabo en Corrales, Gámeza y Pantano de Vargas. Pero su historia ya había sido escrita y así lo registró el capitán Libermann en sus *Memorias* aunque también dejó filtrar frases preocupantes, como cuando dice que "La empresa que impulsaba Bolívar tenía algo de irreal, brumosa, como el pensamiento de un orate". Pienso que a lo mejor fue este tipo de prosodia lo que opacó la presencia de la Brigada Humboldt en los manuales de historia, pero nadie puede hoy en día negar el valor de los alemanes, como lo registra Schultze en su conmovedor libro *Azul de Prusia es la casaca de la Libertad*. Sin claudicar y de espaldas a las privaciones y sufrimientos, las huestes de desharrapados teutones — algunos de ellos habían sido húsares de brava memoria en las guerras napoleónicas — lograron responder a las expectativas que en ellos puso el Libertador al punto de formar parte de las tropas victoriosas allá en Boyacá. La leyenda sobre la participación alemana en la guerra creció hasta tal punto que, años después, un inquieto personaje llamado Geo von Lengerke quiso revivir la experiencia de sus connacionales y viajó y se instaló en los campos donde ellos ofrendaron sus vidas. Esos campos, sembrados de niños y bellas mujeres de cabello rubio y ojos azules, son los mismos que siglos atrás recorrieron las tropas de Federmann rumbo a su cita no pactada con Belalcázar y el Adelantado. Pero, como lo recuerda Maese Pedro, la historia de Geo von Lengerke es, en realidad, la historia del viaje de un piano Playel, embarcado en Hamburgo y que en medio de toda clase de peripecias atravesó el océano y sobrevivió a los rápidos del río Magdalena para, finalmente, dejar oír los acordes de la *Sinfonía Heroica* en el castillo de Montebello, en Santander del sur, Colombia.

Le conté todo esto a Zweig en una carta y él me contestó con otra, en la que, tras agradecerme los datos que le hice llegar, me decía que no me había escrito antes, pues estaba agobiado por el calor del trópico y un sin fin de ocupaciones. Me decía, también, que su editor americano no le había escrito todavía y que, además, se disponía a viajar a Bahía y el norte del Brasil, donde iba a hacer algunos estudios. Después, tendría que cumplir algunos compromisos en Nueva York, donde vería, en cuanto tuviera oportunidad, al director de la Viking Press. A continuación, prometía escribirme puntualmente. Antes de su suicidio, sólo volví a ver a Zweig en una ocasión y ahora lamento no haberlo frecuentado más. Pero, ¿cómo va uno a saber lo que fragua la mente de un hombre acosado por el dolor y la nostalgia? Compréndame usted, ha transcurrido más de medio siglo y mi memoria, de la que me precio, no me ha dado aún grandes sobresaltos. De lo que para nada me precio es de mi oído, pues estoy más sordo que las paisanas del expresidente Gaviria, quienes, como todos saben, cuando se les pide que se sienten esas señoras se acuestan. El asunto es que nadie se explica qué demonios hacía Zweig en Petrópolis. Los más ilustres escritores de lengua alemana habían elegido para su exilio diversas ciudades de los Estados Unidos y en ellas se refugiaron Brecht y Werfel, Adorno y Broch, Arendt y Döblin, quien escribió algo sobre Colombia en una de sus novelas. También en esos lares vivía la familia Mann. ¿Sabe usted una cosa? Conocí a Thomas Mann en un Congreso de escritores en La Habana y créame que se me cayó al suelo. Yo estaba encandilado, narcotizado por esa maravilla que es *La montaña mágica* pero al tratar personalmente a su autor quise ser analfabeto. Era un tipo engreído, olímpico, que se creía no sólo la reencarnación sino también la superación de Goethe. Intratable. Y encima, cuando recibió la noticia del suicidio de Zweig, le envió una carta a Friderike von Winternitz, la primera esposa del difunto, en la que lo destrozó por completo: lo tildó de egoísta y cobarde, de dejar desprotegidos a quienes creían en él, en fin, de considerar su vida un *affaire privée*. Friderike me enseñó esa carta poco tiempo después, en Nueva York, y no pude aguantar las lágrimas. Thomas Mann era de mármol: cuando años más tarde su hijo Klaus se suicidó, el autor de *Señor y perro* ni siquiera asistió a su entierro.

Pero, me dirá usted, ¿qué tengo yo que ver con la muerte de Zweig? Vuelvo al comienzo. Cuando se cumplieron los cuarenta años del doble suicidio del escritor y su mujer, y gran parte del mundo intelectual honró su memoria, un tal Rudolf Kohmes, corresponsal en nuestra ciudad de la revista *Der Sturm*, me acusó, por decir lo menos, de ser algo así como el responsable moral de la muerte de Zweig. Se apoyaba en un par de argumentos a cual más infames. En primer lugar, me reprochaba el haber estimulado en Zweig la ilusión de un inminente desplazamiento a Colombia, donde gozaría de todos los beneficios, culturales y afectivos, de que carecía en su exilio carioca. El alto cargo que por esas fechas yo ocupaba en el gabinete liberal facilitaba ese fecundo cambio

de domicilio, y eso es verdad, pues como ya le conté yo invité al autor de *El miedo* para que abandonara Petrópolis y se instalara en la Atenas sudamericana. Todo esto suena muy griego, muy clásico, ¿verdad? No sé qué ocurrió pero la invitación oficial no se formalizó a tiempo y la muerte de Zweig sorprendió a todo el mundo, sobre todo a mí. ¿Sabía usted que el interés de Zweig por conocer nuestro país era tan grande que incluso le sugirió a su amigo Robert Musil que abandonara su exilio en Ginebra y se radicara en Bogotá? Lo patético es que ninguno de los dos escritores austríacos pudo conocer la Tierra Prometida, como la llamaba el tío de Kafka, pues ambos murieron en 1942 lejos de casa. Pese a ello, nunca he dejado de fantasear con la deslumbrante posibilidad de que en nuestra patria hubiera deambulado a sus anchas *El hombre sin atributos*, aunque quien sí hizo carrera fue *El miedo*. Tampoco desestimo la eventualidad de que Kafka hubiera podido inspirarse en nuestra compleja realidad para forjar su *Metamorfosis*. En cualquier caso, y en vista de los hechos que nos agobian ante los ojos del mundo, nos queda el consuelo de que por lo menos bosquejó el texto de lo que podemos llamar *Narcomorfosis*.

El otro argumento en el que se apoyaba la acusación del corresponsal de *Der Sturm* era aún más venenoso, pues prácticamente me acusaba de ser un individuo presa de la envidia y además plagario. Así como lo oye. Decía, en suma, que yo no podía ver con buenos ojos que Zweig trabajara por esos días en un libro sobre Américo Vespucio, personaje que, como todos saben, ha sido protagonista o referencia inexcusable de por lo menos cinco libros míos. Y añadía que, llevado por los celos, yo había abandonado a mi rival a su suerte en ese suburbio tropical, como peyorativamente llamaba a la villa de recreo del Emperador Don Pedro II. Y lo peor de todo es que el corresponsal aducía pruebas, facilitadas de propia mano por Zweig. Incapaz de soportar semejante infamia decidí entrevistarme con Kohmes y, no sé por qué, se me ocurrió que el lugar idóneo para el encuentro era el mezanine de la Librería Buchholz, en presencia del dueño de la misma y algunas personas más, que él invitó, entre las que recuerdo a Helmut Goyer, Hans Stiefel y un par de señoras ya entradas en años, Sabine Holzmann y Stefany Voller, miembros todos del notablato alemán en nuestra ciudad. Pero creo que me equivoqué. No por los asistentes sino porque la simple presencia de Kohmes parecía deshonar el augusto lugar de la cita. Imagínese usted a un jabalí con su hocico baboso en medio de los libros más sabios y hermosos que sea posible imaginar. Rechoncho, enorme y mofletudo y con ojos saltones color vinagre, Kohmes parecía un tabernero bávaro en la primera noche del carnaval. Iba de un lado para otro, nervioso, exaltado, y atropellaba las palabras y si no me equivoco olía a salchicha y a repollo hervido. Como contraste, la torre de libros se alzaba majestuosa en la mitad de la avenida y cada uno de sus pisos era un regalo del pensamiento y la imaginación. Usted es muy joven y no puede imaginarse cómo era esa librería

en sus momentos de esplendor. Dispuesto a terminar cuanto antes, el anciano Buchholz se peinó con sus dedos su blanca y larga cabellera y recordó a los presentes el motivo de la reunión y debo decir que se portó de la forma más ecuánime que pudo. En medio de un ambiente totalmente tenso me dio la palabra y de inmediato le exigí al corresponsal las pruebas que decía tener en su poder. Y entonces, con un desenfado que aún hoy me sorprende, Kohmes extrajo de su portafolios una carta que Zweig me había remitido y que no sé cómo había caído en sus manos. Era una carta escrita en francés, fechada en Petrópolis el 22 de enero de 1942, es decir, un mes exacto antes del suicidio. Estaba escrita en papel de oficina y Zweig había tachado a medias el membrete, que no era otro que el de la Editora Guanabara, sita en el número 132 de la Rua Ouvidor de Río de Janeiro. Kohmes, que no me quitaba los ojos de encima y parecía gozar con mi evidente incredulidad y azoro, le mostró el documento a Buchholz quien, tras echarle un vistazo, tampoco daba crédito a lo que allí aparecía escrito, pero, aún así, como si fuera el árbitro le indicó a mi detractor que expusiera sus razones. Con voz semigangosa y maligna, Kohmes procedió a leer la carta en voz alta y creo que su francés acusaba tonalidades propias de la Picardía. Para ilustrar su primera argumentación, es decir, aquella según la cual yo había ilusionado vanamente a mi amigo, se detuvo en lo que llamó "deliberada falta de información sobre el domicilio", tras la ostensible promesa. Reproche que más o menos daba a entender que, luego de calentarle la cabeza al escritor y llenarla de sueños, yo desaparecí. Ese fragmento decía: "Je ne savais pas où répondre à votre lettre si cordiale et amicale, ne connaissant pas la durée de votre séjour dans l'Amérique du Nord. Hier enfin j'ai entendu par la chère Gabriela Mistral que vous êtes rentré en Colombie pour y occuper une position qui honore également vous et votre pays. Je vous félicite très sincèrement et j'espère que le jour viendra où je pourrai vous rendre visite et connaître votre pays autrement et mieux que par des livres..." Se detuvo, sonrió como un verdugo a punto de manipular la guillotina y repitió las tres últimas líneas. Era como si dijera que me dejara de promesas vanas, que una cosa era hablar de mi país a través de cartas y libros y otra muy diferente invitarlo que lo visitara de verdad. Nuevo reproche que Buchholz y los otros testigos, sobre todo las damas, abonaron a favor del corresponsal. Con un gesto que se me antojó parcial el librero alemán le pidió a Kohmes que prosiguiera.

El tercer párrafo era el que más parecía llamar su atención ya que con él sustentaba sus acusaciones de envidia y plagio. Carraspeó estridentemente y por un momento me sobrecogí al creermelo objetivo de sus flemas. A continuación se dejó oír, con algo de malsana alegría en la voz: "De moi-même il n'y a pas trop à raconter. Une petite étude sur Vespucci "Amerigo Vespucio" va paraître le mois prochain à New York. Ce n'est pas un œuvre scientifique et s'occupe très peu de géographie, mais un livre qui s'amuse à raconter tous les

détours, erreurs et mystifications grâce auxquels l'Amérique a obtenu son nom..." Detuvo la lectura y Buchholz me observó durante segundos que me parecieron siglos con evidente reproche. Y como si su fría mirada azul, empantanada como témpanos de tinta, no bastara, sacó de los anaqueles de la sección de historia varios volúmenes de mi autoría, entre los que era fácil detectar aquéllos en los que Vespucio y su familia constituían el asunto central. Supe entonces que todo comenzaba a salir contrariamente a lo que yo buscaba y que, sin proponérmelo, había propiciado mi propia encerrona y que mi suerte, por lo menos en esa polémica, estaba echada. Consciente de su triunfo y como para hacerme menos incómoda la derrota, Kohmes leyó el fragmento de la carta en que Zweig me anunciaba su autobiografía, titulada *Le Monde d'Hier* y prometía enviarme la traducción española "en quatre ou cinq mois". Y aquí mi detractor decidió aniquilarme de una vez por todas. Si la carta, como era notorio, estaba fechada un mes antes de su muerte y en ella Zweig me anunciaba para los próximos cuatro o cinco meses el envío de la edición española de su libro, ¿en qué quedaban las especulaciones de los amigos de Zweig en el sentido de que él había planificado su muerte con la minuciosidad y antelación con que redactaba sus libros? ¿Qué le había contestado yo en esa carta que, en el lapso de un mes, había precipitado su desgracia? ¿Por qué — me reprochaba Kohmes — me vanagloriaba yo de una conseja según la cual la noche misma de su muerte el escritor había cifrado la esperanza de conocer pronto Colombia, gracias a las gestiones de un amigo encumbrado en un gabinete de Santos? ¿Horas antes de matarse podía guardar tales esperanzas un hombre que se había despedido de sus seres queridos e incluso había escrito un minucioso testamento? ¿O tal vez llegó a pensar que el país en el que cifraba sus esperanzas era el país de la muerte, es decir, Colombia? Porque no hay que olvidar que, según la mala prensa internacional, la muerte es otra de las cosas que nuestro país tiene en común con Alemania. ¿Acaso el también judío y suicida poeta Paul Celan no decía que "la muerte es un maestro de Alemania"?

Zweig, antes de dejar la vida por voluntad propia y libre, con la mente lúcida, se despidió de Petrópolis y de sus amigos para quienes, con sus palabras, pide "les sea dado ver la aurora de esta larga noche". Aparte de sus allegados, el escritor se despidió de sus editores y hasta de su casera, ofreciéndole disculpas por las molestias que su determinación iba a causarle. Zweig y Lotte eligieron el domingo 22 de febrero para la ceremonia del adiós, pasearon y llevaron cartas al correo — en Petrópolis hasta los domingos trabajan los carteros de la muerte —, luego se vistieron como para asistir a una fiesta y finalmente se acostaron. Al día siguiente, junto a los cuerpos yertos, los criados encontraron dos copas de agua y frascos de Veronal. Todo esto es historia. ¿Por qué entonces Kohmes me ataca de nuevo? ¿Tal vez porque en alguna ocasión conté que la noche de su muerte el escritor habló con esperanza

de esa invitación que lo radicaría en nuestro país? ¿Cómo iba a hacer un comentario semejante horas antes de matarse? ¿Acaso Zweig y su mujer no murieron solos y sin testigos, la noche del domingo? ¿Estaba yo presente esa noche? Por supuesto que no. Es claro que al hacer ese comentario sobre su deseo de visitar Colombia me refería a la noche del sábado, cuando recibió en su casa a algunos amigos, entre ellos a Ernst Feder, que fue quien luego divulgó el deseo póstumo del escritor. Feder..., ¿se da usted cuenta? Ese apellido también significa pluma, como si todo lo que afecta a esta charla tuviera que ver con la literatura. En fin, Gabriela Mistral fue una de las primeras personas en llegar a la casa y durante un largo rato contempló los dos cadáveres en la cama, sumidos en la dignidad del adiós definitivo, pactado y compartido. Más tarde Gabriela me contó en detalle sus impresiones y créame que la historia era como para erizarle la piel al más bravo.

Con una extraña sensación, más de estafa que de derrota, me despedí de las señoras Holzmann y Voller, de Buchholz, Goyer y los otros, así como de Kohmes, pues su vulgaridad no interfería con mi cortesía, y subí a paso lento por la avenida Jiménez de Quesada, nombre puesto en honor de quien afianzó mi amistad con Zweig. Ya en ese libro sobre el Conquistador letrado hacía yo mención de Nicolás de Federmann, quien había llegado casi al mismo tiempo que el español al Valle de los Alcázares. Y entonces descubrí una dolorosa coincidencia: si el primer alemán que me puso en contacto con Zweig fue Federmann, el último que lo vio con vida fue Feder. Como le dije hace un rato, en ambos casos la escritura anda de por medio, no sé si por fatalidad o por feliz azar.

En cualquier caso, los alemanes parecen estar en todas partes, me dije con algo de congoja por el amigo tan dolorosamente evocado. Y entonces, mientras bebía un té con limón en el *Salón Mefisto*, recordé que en la carta que leyó Kohmes, y que todavía no sé cómo demonios llegó a sus manos, Zweig acusaba recibo de mi último libro. ¿Por qué razón el corresponsal no se detuvo en párrafos que *ahora* me parecen capitales y que explican sin duda, casi quince años después, los motivos de su despiadada diatriba? Zweig me comunicaba al comienzo del segundo párrafo: "J'ai reçu et lu avec le plus grand plaisir votre livre sur "Los alemanes en la conquista de América" qui a toutes les mérites de vos autres œuvres, la clarté de l'exposition de la matière, la documentation exacte sans encombrement avec des détails superflus et ennuyeux, et surtout ce style animé qui vous a rendu un des maîtres incontestables de la prose espagnole d'aujourd'hui..."

¿Para qué seguir? Ayer, cuando volví a leer en la prensa los pormenores del escándalo desatado tras la captura del espía Söldner y su mujer, presos como ya se sabe por mantener vínculos nada claros con las fuerzas más extremistas del país, detuve mi atención en un par de fotografías. La primera, tomada hace varios meses pero sólo ahora publicada, era divertida e incluso gozosa, y en

ella aparece Claudia Schiffer rozagante y perturbadora, con los pechos semi-desnudos y una falda cuya abertura lateral dejaba al descubierto su pierna izquierda, desde el tobillo hasta el nacimiento de la cadera. Lo que no entiendo es la actitud del tipo que aparece a su lado, un actor aborigen con la cara llena de dientes. La explicación, que aparece en bastardilla bajo la foto, es contundente: la modelo, a quien un periodista que roza la subnormalidad llamó "Diosa Aria", puso como condición para posar en ese spot publicitario, y que desde hace unos días inunda todos los medios, que su compañero de imagen no la mirara a los ojos. Esa es la razón por la cual el nativo orienta su bamba hacia las páginas judiciales del periódico. Y al seguir su mirada me encuentro con la otra foto, en la que aparece un rostro que me revuelve algo muy feo por dentro. Se trata de un sujeto, también detenido por las fuerzas de seguridad del Estado, y que en sus primeras declaraciones afirmó ser un funcionario que la embajada alemana nombró como asesor legal de los detenidos. Mi escalofrío aumenta cuando, al leer el nombre en el pie de foto, confirmo que no es otro que Rudolf Kohmes, mi viejo antagonista. Y al avanzar en la lectura de la crónica que acompaña la ilustración, descubro por fin la razón de su feroz inquina. Kohmes, entre diversos méritos, aparece como el autor de un libro que, según dice el cronista, en sectores especializados se considera definitivo: ni más ni menos que un tratado sobre la épica que los alemanes llevaron a cabo en la conquista de América a través de los agentes de la banca Welser.

Se ha vuelto a apagar la luz roja. ¿Otra pausa? Creo que ya está bien por hoy. Mis recuerdos, como mi garganta, están exhaustos. Además, dígame, ¿no fue en este punto donde usted y yo comenzamos a hablar hace ya un buen rato? Sería lamentable que por descuido o mala memoria, o por otras cosas propias de mi edad, de nuevo empezara donde debería terminar. ¿Podría usted ayudarme a poner de pie? Estaba tan cómodo en este sillón que me olvidé por completo de la hora que es. ¿No cree usted que olvidarse de la noción del tiempo es el mayor mérito de un historiador?

Sobre los autores

María Rosa Lojo, argentina, ha publicado poesía, novelas y crítica literaria. Su última novela es *La pasión de los nómades* (1994).

Rafael Humberto Moreno Durán, colombiano, es novelista y crítico literario. Ha publicado un libro sobre la literatura alemana de los siglos XIX y XX (*Taberna in fábula. La experiencia leída*, 2a ed. 1997); su última novela es *Mambrú* (1996).

Francisco Prieto, mexicano, es periodista, novelista y crítico literario. Su última novela es *La francesa del café de Tacuba* (1997).

Guido Rodríguez Alcalá, paraguayo, es poeta, narrador, ensayista, periodista y crítico literario. Su último ensayo es *Justicia penal de Francia* (1997).

David Sobrevilla, peruano, es profesor de filosofía en la Universidad de Lima. Ha publicado un libro sobre la cultura alemana (*Repensando la tradición occidental. Filosofía, historia y arte en el pensamiento alemán*, 1986); su último libro es *La filosofía contemporánea en el Perú* (1996).

MESA REDONDA

Neue Folge/Nueva Serie:

1. GINER, Salvador
La Modernización de la Europa Meridional. Una Interpretación Sociológica (März 1995)
2. HOFFMANN, Karl-Dieter
Ökonomischer Fortschritt und soziale Marginalisierung: Die historische Genese des brasilianischen Wachstums- und Entwicklungsmodells. eine Skizze (November 1995)
3. KOHUT, Karl/MERTINS, Günter
Cuba en 1995. Un diálogo entre investigadores alemanes y cubanos (November 1995)
4. LEWIS, Colin M.
the Argentine: from economic growth to economic retardation (1850s-1980s). A review of the economic and social history literature (September 1996)
5. ESSER, Klaus
¿Son competitivos los países latinoamericanos en el mercado mundial? Crecientes desafíos, difíciles respuestas (November 1996)
6. GOETZE, Dieter
Cambios actuales en las relaciones de género en España (Dezember 1996)
7. PRIES, Ludger/REICHEL, Richard/ZOLLER, Rüdiger
Lateinamerikas wirtschaftliche Öffnung. Versuche einer Zwischenbilanz (Februar 1997)
8. BODENMÜLLER, Thomas
El mundo del hampa a través de Quevedo: Análisis de la jácara "Estábase el padre Ezquerro" (Oktober 1997)
9. BERNECKER, Walther L.
De la Guerra Civil a la Transición: memoria histórica, cambio de valores y conciencia colectiva (Oktober 1997)

10. HOFFMANN, Karl-Dieter
"Pugna de poderes" und "ingobernabilidad": Ecuadors politisches Institutionengefüge im Dauerstreß (Februar 1998)
11. KOHUT, Karl (ed.)
La recepción de la cultura alemana en América Latina. Cinco visiones (Februar 1998)



